
Un bebé para
el hermano de mi
mejor amiga
ANNIE J. ROSE

UN BEBÉ PARA EL HERMANO DE MI MEJOR AMIGA

UN ROMANCE PROHIBIDO CON UN BEBÉ SECRETO

ANNIE J. ROSE

Copyright © 2025 Annie J. Rose Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Descripción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Enamorarse de la Niñera (Vista previa)

¡Por favor no olvides dejar un comentario!
Sobre la autora

DESCRIPCIÓN

Callum es el hermano mayor de mi mejor amiga,
Serio, formal… y ardiente como el infierno.
Nunca he sido la típica dama en apuros,
pero ahora que los dragones llaman a mi puerta,
me vendría bien un caballero de brillante armadura.

Alcancé el éxito en Los Ángeles, pero también me metí en líos.
El mánager que creí que apostaba por mi música,
solo quería controlarlo todo de mí.
Escapé… directamente a los brazos de Callum.
Él es todo lo que pensaba que no quería,
demasiado serio y correcto para su propio bien.
Un padre soltero que obedece todas las normas,
pero ahora está dispuesto a romperlas… por mí.

Callum Evans cree que puede protegerme.
Pero cuanto más tiempo paso bajo su techo,

más problemas me busco.

CAPÍTULO 1

QUINN



Cuando era pequeña, Belmont Springs me parecía un paraíso. No por su desbordante encanto—el barrio quedaba perdido en las afueras y nadie se molestaba en adecentarlo—, sino porque era nuestro territorio. Las casas, cajoncitos bajos alineados con precisión casi militar, habían ido ajándose con los años. La asociación de vecinos se vino abajo a finales de los dos mil, cuando el mercado inmobiliario se desplomó. Por aquel entonces no estaba el horno para bollos; la gente tenía bastante con llevar algo a la mesa como para preocuparse de si la valla del vecino lucía barniz roble claro o pacana, así que dejaron de pedir permisos para sus reformas y chapuzas. Mis padres, sin ir más lejos, levantaron en la esquina del jardín una casa del árbol tan grande que podría haber servido de torre de vigilancia. Un puente hecho con tablones —demasiado separados para ser seguros— la unía con el patio de mi mejor amiga, Renee, y desembocaba en su propia guarida aérea.

Mis amigos y yo prácticamente crecimos colgados de aquellas casas del árbol. Cuando no estábamos arriba, corríamos como salvajes por las casas y los patios de unos y otros y, más adelante, por el bosque que abrazaba la urbanización. Fundamos nuestra primera banda en el garaje de Renee. Perdí la virginidad en el sótano de David Elijah. Aprendí a conducir dando vueltas a la glorieta al final de la calle de Joanne, y casi me quedo sin pelo el día que Mia intentó alisármelo

con una plancha en su cocina. El barrio era mi piel, mis huesos y mis vísceras.

Pero me aterra que, cuando regrese, nada sea igual.

—No ha pasado *tanto* tiempo —dice Renee al recogerme en la parada del autobús—. Jamás habría imaginado regresar al pueblo así: con lo puesto, mi guitarra y una mochila improvisada colgada a la espalda.

—Han pasado siete años.

Siempre pensé que me quedaría por aquí. No para siempre, claro, pero sí como base: el lugar al que volvería entre giras, donde vendría a curar mis corazones rotos, a recuperarme del *show business* en general. Pero luego mis padres se divorciaron y vendieron la casa, y mi carrera despegó de un modo que jamás imaginé. Estalló como un cohete y yo me limité a agarrarme como pude, dejándome arrastrar de un lado a otro durante los últimos siete años.

Ahora por fin estoy de vuelta. No porque esté entre giras—aunque lo estoy—ni porque tenga el corazón especialmente hecho trizas—nunca he conocido a nadie por quien merezca la pena llorar. No, he vuelto porque me persiguen. El rostro de Jason Cain cruza por mi mente y todo mi cuerpo se tensa.

No pienses en él ahora. Aún no.

—Todavía no me creo que hayas comprado la casa de tus padres —murmuro, intentando apartar de mi cabeza los pensamientos sobre mi mánager. Giro la cabeza y observo cómo los árboles se deslizan tras la ventanilla. Seguimos en la autopista, pero pronto tomaremos nuestra salida y podré comprobar si todo me resulta todavía familiar.

—Yo aún no me creo que Callum lograra convencerlos de que la vendieran —la voz de Renee rezuma asco. Se aparta la melena salvaje y ondulada tras la oreja y alcanzo a ver el tatuaje de su dedo índice: una B elaborada que se enrosca desde la primera falange

hasta la distal. Yo llevo el mismo tatuaje. Nuestra banda se llamaba *The Belles*, en honor a Belmont Springs, y nos encantaba la ironía: el nombre evocaba a muchachas recatadas con largos vestidos blancos y modales exquisitos. El contraste con nosotras—pelos indomables y actitud de *aquí estoy yo*—nos seducía entonces y, joder, aún lo hace.

Emito un gruñido ambiguo. A diferencia de Renee, a mí no me sorprendió cuando supe que su hermano mayor había trasladado a sus padres a Waterford Village, la zona pija de la ciudad, donde posee una mini-mansión de cinco dormitorios y siete baños cuya sombra se alarga más allá del seto al atardecer. Jamás le gustó Belmont Springs. No quería casas del árbol ni libertad; prefería clubes de campo y céspedes segados al unísono.

—Callum sufre el síndrome del primogénito —comento mientras me examino mi propio dedo índice. Nos tatuamos la B a los dieciséis, junto con Mia y Joanne. Le suplicamos a Callum que nos llevara a un estudio de tatuajes y fingiera ser nuestro tutor, pero se negó. Al final dejamos que el primo de David Elijah nos la grabara con su máquina clandestina y la solemne promesa de que sabía lo que hacía.

—Tiene síndrome de capullo.

La diferencia de diez años entre Callum y Renee no les ha impedido discutir como si hubieran crecido pegados el uno al otro. Seguro que hubo un par de años tranquilos, cuando ella era demasiado pequeña para sacarle de quicio y él demasiado mayor para fijarse en ella, pero en cuanto Renee pisó la adolescencia y él salió de la universidad, las trifulcas se dispararon. Y, por lo que veo, siguen a pleno rendimiento.

—Pero la casa es bonita, ¿no? —intento ser justa. Quizá, al entrar en Belmont, yo tampoco la vea tan magnífica. Tal vez también me haya malacostumbrado al lujo.

—Inmaculada —escupe Renee, como si el adjetivo fuera un insulto —. Mármol *por todas partes*.

—¿Hasta los colchones?

—No, esos son de granito —Renee esboza una sonrisa—. De ahí que todo el mundo en Waterford camine como si tuviera un palo metido en el culo.

Esbozo una sonrisa, preguntándome qué pensaría si viera la mansión de Los Ángeles en la que viví, muy brevemente. No era mía—gano buen dinero, pero no *tanto*—; pertenecía a un actor con el que salí más tiempo del que debí.

El rostro de Jason Cain vuelve a cruzarse ante mis ojos y mi sonrisa se marchita por los bordes. Me lleva un segundo recordar que ya no estoy frente a la prensa; esto no es una gala ni un *late night*. Puedo permitirme dejar que la sonrisa se borre por completo. A medida que las comisuras se relajan, también lo hacen mis hombros. Exhalo y me pregunto cuánto tardará mi cuerpo en desprogramar ocho años de adiestramiento.

Ahora me avergüenza reconocer lo bien que Jason me entrenó. Por eso no dejé al actor la primera vez que lo pillé en una mentira. Con su magnífica y terrible habilidad para convencerme de cualquier cosa, me persuadió de que esperara: no era buen momento; ¿quería que la prensa cubriera mi ruptura o mi disco? No fue hasta que lo encontré en la cama con otra persona cuando, por fin, lo mandé a paseo.

Y Jason echó chispas.

—Gracias por dejarme quedarme contigo —le digo a Renee, volviendo la vista hacia la ventanilla. Intento expulsar a Jason de mi mente. Hemos salido de la autopista y circulamos por la vía principal que separa la parte nueva del pueblo de la antigua. Si giramos a la derecha en el McDonald's, las carreteras se ensancharán y mejorarán; habrá medianas ajardinadas con frutales plantados a intervalos regulares y las entradas de las urbanizaciones estarán marcadas por majestuosos arcos de ladrillo. Algunas incluso cuentan con fuentes.

Al torcer a la izquierda, las calles se vuelven más ásperas mientras la naturaleza reclama su sitio. En lugar de desvíos hacia urbanizaciones, hay pequeños aparcamientos de grava donde la gente deja el coche para recorrer alguna de las decenas de sendas señalizadas. Nosotras siempre hemos preferido las que no lo están. En cuanto nos internamos en Belmont Springs, una tensión que ni sabía que contenía se me escapa; es tan visceral que noto las lágrimas aflorar.

—El mismo Belmont de siempre —digo feliz, con la voz cargada de emoción.

Renee me lanza una mirada de soslayo. Por un segundo parece creer que exagero para demostrar que siete años en LA no me han cambiado, pero enseguida capta que hablo en serio y sonríe. —Hasta siguen en pie las viejas casas del árbol.

Me alegro. Han resistido una docena de ataques de la revitalizada asociación de vecinos. Cuando los padres de Renee decidieron vender, la HOA creyó que, por fin, se saldría con la suya: imaginaban que los nuevos propietarios no serían tan complacientes como los que compraron la casa de mis padres y dirían: «Eh, no podemos permitir esta aldea de casas del árbol en nuestra parcela. ¡Tiradla abajo!»

Y entonces Renee la compró, destrozando sus esperanzas.

—¿Sigues subiendo allí?

Se encoge de hombros, el gesto que utiliza siempre que la respuesta es *sí* pero no quiere admitirlo.

—Quiero subir —murmuro, más para mí que para ella. Incluso después de abandonar la fase de piratas, fugitivas o lo que tocara, seguíamos pasando horas sobre aquellos tablones desnudos con nuestras compañeras de banda, Joanne y Mia. Callum nos acusaba de subir allí para fumar y beber—y no se equivocaba—pero, sobre

todo, era el lugar donde podíamos soñar a lo grande. En la casa del árbol todo parecía posible.

Me pregunto si eso sigue siendo verdad. Hoy necesito creer que todo es posible aún más que cuando era adolescente. Entonces mi única limitación era la edad; mis padres nunca intentaron atarme con sus expectativas. Con la perspectiva del tiempo entiendo que estaban demasiado ocupados ocultando que su matrimonio se desmoronaba, pero el resultado, al fin y al cabo, fue libertad.

Ahora, siete años después, no soy libre. Entregué mi libertad a cambio de la oportunidad de hacer realidad mis sueños. No firmé el contrato con sangre, pero fue un pacto con el diablo igualmente. Jason Cain lucía todos los adornos de un arcángel—pelo blanco como la nieve y ojos azul cristalino—pero debí mirar mejor. Debí ver el fuego infernal en sus pupilas. Tal vez lo vi y lo aparté, me dije que lo estaba imaginando. Luego hice el sacrificio de rigor y estampé mi nombre sobre la línea de puntos.

Renee, Mia y Joanne fueron el sacrificio. Jason no quería fichar a *The Belles*; solo me quería a mí. Entonces creí tener una suerte inmensa de contar con unas amigas que me animaban a aceptar el trato de todas formas. Ahora desearía que al menos una de ellas hubiera sido más egoísta, me hubiera dicho que marcharme me convertía en una imbécil imperdonable y me hubiera detenido.

Habría sido mejor que acabar convertida en la marioneta cuyas cuerdas mi representante ha manejado durante tanto tiempo.

—Eh. —Renee me roza el brazo y reparo en que ya estamos en su entrada. Ni siquiera he notado cuándo ha apagado el coche; estaba demasiado absorta en mis pensamientos. Su mirada verde, intensa, recorre mi rostro, buscando lo que trato de ocultar—. Todo va a salir bien.

Quiero creerla, pero ella no conoce toda la historia.

Nadie la conoce.

CAPÍTULO 2

CALLUM



Cuando Renee llamó, todavía estaba en la oficina a deshoras, intentando ultimar los detalles de un acuerdo de pago con una autora famosa; llevábamos ya una semana de retraso porque Joy Jones no paraba de cambiar de opinión sobre lo que necesitaba en su camerino.

Si no salía de allí en los próximos cinco segundos, iba a llegar tarde a recoger a Noah de la guardería; así que, al ver el nombre de Renee en la pantalla, pensé: *Genial, ella puede echarme una mano*.

Sin embargo, Renee se me adelantó.

—Callum, se ha congelado el infierno. Necesito tu ayuda —soltó en cuanto descolgué.

—Yo necesito la tuya también —respondí mientras repasaba el documento, cerciorándome de que todos los cambios quedaran incorporados—. ¿Puedes recoger a Noah del cole?

—Tengo a Quinn.

—¿Quinn Collins? —Las palabras de la pantalla empezaron a bailar. Cerré los ojos y me presioné el puente de la nariz, preguntándome si estaba perdiendo la cabeza. Aunque Quinn se había criado justo al lado y era la mejor amiga de mi hermana, hoy era más fácil trabajar con ella que verla por el barrio. Ahora vivía en LA y, de vez en

cuando, me pedía que revisara sus contratos, aunque jamás llegaban a mi bandeja de entrada.

—Sí, acabo de recogerla de la parada del autobús.

¿De la *parada del* autobús? Me pellizqué el puente de la nariz con más fuerza. Da igual; ya averiguaría después por qué Quinn había tomado un autobús en lugar de conducir los ochenta kilómetros de vuelta a Belmont Springs.

—Oye, ya que hoy andas de chófer, ¿por qué no recoges también a Noah por mí? Puedes llevar a Quinn contigo.

—¿Y entonces me ayudarás? —La voz de Renee sonó extrañamente seria.

—Claro, pero no llegaré a casa en al menos una hora, así que quizá podrías…

—¿Darle de cenar? Sin problema.

—Gracias.

Renee gruñó y colgó. Sabía que no estaba enfadada. Muchas cosas podían irritar a mi hermana, pero los niños eran inmunes. Adoraba a Noah más que a nadie y era tan dulce con sus alumnos de primaria que a veces costaba reconocerla. Eso sí, seguía siendo un desastre en la cocina y probablemente le daría la cena en un autoservicio, pero una hamburguesa de comida rápida no iba a provocarle escorbuto.

Aliviado, rematé los últimos detalles del contrato y lo envié al mánager de Joy Jones. No fue hasta que salí de la oficina y enfilé la autopista hacia el norte cuando me golpeó lo extraño que resultaba que Quinn apareciera de pronto por el pueblo. No conocía su agenda al dedillo, pero su representante, Jason Cain, tenía fama de mantener a sus artistas en una rueda de hámster. El chiste era que el diablo trabaja duro, pero la cartera de clientes de Cain trabaja más, y Quinn era la joya de su sello.

También era inusual que Renee, tras veinticinco años de orgullo a prueba de bombas, me pidiera ayuda. Dos rarezas en un mismo día, y yo no creía en casualidades. Mi curiosidad se disparó al tomar la salida hacia Belmont Springs. El viejo cartel de madera había sido sustituido desde mi adolescencia, pero la tradición se mantenía: algún adolescente aplicado había cambiado la B por una H y añadido un trazo de spray para que se leyera Hellmont Springs. El asco que me provocaba aquel nombre me distrajo un segundo de la cuestión de Quinn y del favor de Renee. Tardé años en convencer a mis padres de que abandonaran este agujero y, en cuanto lo logré, Renee se instaló en su lugar. Quizá Quinn lograra hacerla entrar en razón. Ella sabía, mejor que nadie, qué paisajes visitar cuando dejaba Hellmont Springs en el retrovisor, que es donde debía quedar.

Al meterme por el camino lleno de baches que la HOA debería haber reasfaltado años atrás, vislumbré un destello de pelo rojo fuego entre las copas de los árboles. Quinn estaba otra vez en su casa del árbol, cruzando el puente tambaleante que la unía con la nuestra. Al bajar del coche oí las risas de la pareja que había comprado su antigua vivienda; adoraban la plataforma. Y, a juzgar por sus carcajadas, también adoraban que Quinn Collins hubiera aparecido de pronto en su jardín.

—*Thanks* —gritó Quinn cuando entré por el portón lateral.

Aún no me había visto, pero yo sí advertí sus piernas largas y elásticas embutidas en unos vaqueros que parecían pintados sobre la piel. Sobre ellos, una camiseta negra holgada apenas rozaba la cinturilla; cuando la brisa la levantaba, dejaba al descubierto el vientre terso. Sus pies, pequeños y estrechos, iban descalzos; se apoyaban con absoluta seguridad, impulsándola rápido y sin esfuerzo a lo largo del puente.

Mientras la veía tomar tierra en la casa del árbol de Renee, advertí algo más: Noah estaba plantado en la ventana, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Renee! —ladré, sobresaltándolos a los tres.

Mi hermana asomó la cabeza por la ventana con el ceño ya fruncido. Sabía lo que iba a decir y también que no le iba a gustar.

—¿Cuántas veces te he dicho que Noah no puede subir ahí arriba?

—¿Y cuántas veces te he dicho *yo* que no dejar a un crío jugar en una casa del árbol es un jodido delito? —replicó.

Quinn asomó también la cabeza. Dios, seguía exactamente igual: salvaje hasta rozar lo descuidado; hermosa y afilada. Solo después de mirarla un momento reparé en que sus labios, antes perpetuamente mohínos, ahora estaban menos tensos, aunque sus ojos tampoco brillaban igual. Se clavaron en los míos, de un marrón grisáceo, casi cuarzo ahumado, enmarcados por un delineador oscuro. Parpadeó despacio, evaluándome como un gato indolente que estudia a su presa.

La voz de Renee irrumpió, afilada y ácida.

—Madre mía, Callum. Hazle una foto. Seguro que te la firma.

Aparté la mirada de Quinn para fulminar a mi hermana.

—Deja de subir a mi hijo ahí arriba, Renee. Hablo en serio. No es seguro.

—Sí que es seguro, papá —Noah sacó la cabeza por la otra ventana, y rodeé el árbol para mirarlo—. No cruzo el puente y la tía Renee me ayuda a subir la escalera.

—Estás a tres metros del suelo, Noah. Nada que cuelgue a esa altura, construido por un ingeniero de software que ni siquiera sabía cambiar una rueda, es seguro.

—Mi padre ayudó —puntualizó Quinn, y aquello era un dato razonable. El suyo tenía una empresa de construcción.

—No te metas —le solté. No había llegado a socio del bufete discutiendo puntos que sabía perdidos.

Quinn arqueó las cejas. Ella y Renee se miraron, y tuve un déjà vu. Habíamos estado exactamente así antes: yo dando consejos sensatos con los pies en tierra firme; ellas, con la cabeza en las nubes, ignorándolos. Era una cosa cuando eran adolescentes, pero ahora eran adultas. Y lo más importante: tenían la responsabilidad de mi hijo.

—Baja, Noah. —Me coloqué al pie de la escalera con los brazos extendidos.

Con destreza practicada, Noah retrocedió hasta el borde de la plataforma, sujetándose a la barandilla mientras colocaba los pies en los peldaños. Descendió los escalones como si lo hubiera hecho mil veces, saltó el último y se dio la vuelta con una sonrisa ancha y orgullosa.

Era la sonrisa de Emma. La misma que lucía en nuestras fotos de compromiso, una de las cuales adorna ahora su lápida en un óvalo diminuto sobre la inscripción «Amada esposa y madre». Yo no quería ponerla, pero los padres de Emma pensaron que ayudaría a Noah a entender dónde estaba mamá.

—Te dije que no subieras a la casa del árbol, Noah.

Su sonrisa se apagó al oír el raspón áspero de mi voz.

—La tía Renee dijo…

—La tía Renee no debería haberlo hecho.

Renee bajó la escalera tan deprisa y fácil como Noah. Se plantó a su lado con una mano en su hombro. Noah se apoyó en ella, la barbilla firme y los labios apretados. Sabía que era mejor no discutir, pero su silencio me dejaba claro lo que sentía.

—Ha sido culpa mía —dijo ella—. Enfádate conmigo, no con el crío.

—Aquí hay culpa de sobra —contesté con calma.

Renee me lanzó una mirada indescifrable y luego dijo:

—Vamos, Noah. A lavarnos esas manos, ¿vale? Después tienes tus nuggets de pollo.

Me quedé junto a la escalera viéndolos alejarse, con la frustración y el miedo anudándose en mi garganta. Quería gritarle a Renee; quería explicarle a Noah que no podía permitirme perderlo, pero no conseguía hacer ni lo uno ni lo otro.

Entonces alguien carraspeó con delicadeza sobre mi cabeza y recordé que Quinn seguía allí. Alcé la vista y la vi sentada en la plataforma, los brazos cruzados sobre la barandilla y los pies colgando en el aire.

—Eres un poco duro con el crío, ¿no?

—Es *mi* crío.

—Lo sé, pero… —inclinó la cabeza—. Es una casa del árbol, Callum. No un fumadero de opio. Al menos ya no —bromeó.

Retrocedí un par de pasos para mirarla sin doblar el cuello. Sonrió, un gesto casi reflejo, que borró enseguida para fruncir el ceño. Fue tan rápido que quizá no lo habría notado de no estar observándola tan de cerca, pero lo hice. Y eso me hizo pensar.

«Hazle una foto», había dicho Renee. No la necesitaba. El rostro de Quinn Collins no se olvida: esos ojos acerados con destellos ámbar cuando era feliz; ese pelo rubí y salvaje que ridiculiza a la naturaleza; un cuerpo que de niña fue escuálido, de adolescente larguirucho y ahora letal dentro de sus vaqueros ajustados y la camiseta que dejaba al aire su ombligo.

Alzó una ceja, demasiado acostumbrada a que la miraran para incomodarse. Despacio levantó una mano y simuló tomarme una foto. Luego formó un marco con los pulgares y los índices y me encuadró dentro.

—¿Qué haces de vuelta por aquí, Quinn? —pregunté, sombreándome los ojos contra el resplandor del sol que empezaba a

hundirse tras ella.

Por un instante su rostro se endureció. Sus ojos titilaron. Entonces dejó caer la foto imaginaria y suspiró con amargura.

—Escalar un árbol, Callum. ¿Qué si no?

CAPÍTULO 3

QUINN



Callum Evans no ha cambiado ni un ápice. Su torso sigue fuerte y fibroso; los brazos, repletos de músculo. La mandíbula, firme como la corteza de un roble, parece esculpida a cincel. Sus ojos, de un verde apio recién brotado, destellan bajo la luz tibia del recibidor, y su voz nace de lo más hondo, un barítono rico y vibrante que me impulsa a cerrar los ojos y saborear cualquier palabra que se digne a pronunciar.

Hasta que abre la boca y me entran ganas de enroscarme los carísimos tapones de oído —los mismos que compré para no quedarme sorda cuando Joanna aporrea la batería en el escenario—.

No entiendo cómo se puede ser hermano de la salvaje Renee y, aun así, resultar tan convencional. Cuando éramos adolescentes, cada frase que le oía sonaba a cita calcada de su padre. Ahora, diez años más tarde, se ha convertido en ese padre que siempre apuntaba a ser: pesado y mandón. Y, sin embargo, no puedo evitar fijarme en que, por muy estirado y aburrido que sea, Callum Evans está aún más indecentemente bueno de lo que recordaba.

Ahora su pecho es todavía más ancho, y una melena controlada ha desterrado el rapado militar de los veinte. Viste un traje gris claro sobre una camisa blanca impoluta y, por supuesto, ni siquiera se ha aflojado un milímetro la corbata azul marino.

Suelto un suspiro por la lástima que da que tanta belleza masculina vaya adherida a un palo meticuloso y coñazo como Callum. No me miraba dos veces cuando yo era una cría y él rondaba los veintitantos, pero ahora podría convertirse en un entretenimiento más que decente.

Y vaya si necesito buenos entretenimientos.

La tensión vuelve a clavar sus garras en mi nuca. Belmont Springs apenas me concede un alivio fugaz, como un chute de cortisona directo a una articulación inflamada: lo justo para sobrevivir al siguiente concierto, a las próximas horas. Con el cuerpo todavía hecho un nudo, bajo la escalera hacia donde Callum sigue esperándome. Al pisar el último peldaño, me sorprende verlo un paso más adelante, brazos extendidos como antes por si tiene que atrapar a Noah. En cuanto me vuelvo, retrocede y deja caer los brazos a los costados.

—Peso un poco más que un niño de seis años —suelto con sorna, empeñada en disimular lo incómoda que me pone su cercanía inesperada.

No es que me sienta incómoda. Callum es tan distinto de Jason como el sol y la luna. Es, más bien, que hace mucho tiempo que ningún hombre se me acerca sin agenda; que da un paso adelante solo para estar ahí por si necesito ayuda.

«No tanto.» Sus ojos verde apio me escanean de un vistazo. «Necesitas una buena comida, Quinn.»

Me encojo de hombros, irritada de que se dé cuenta, aunque no me sorprende. El estrés de los últimos meses—de los últimos años, en realidad—me ha dejado sin apetito.

—Menos mal que estoy a punto de zamparme una hamburguesa con queso y patatas.

Su labio se curva en una mueca irónica. —McDonald’s no es una cena.

La única gira que hicimos con *The Belles* aquel verano entre junior y senior lo demuestra. Tiramos del menú del dólar de McDonald's y dormimos de dos en dos en camas cutres de motel; era la única forma de salir a cero en vez de palmar pasta en los tugurios donde tocábamos. Igual lo pasamos de puta madre. Pensábamos que era un medio para un fin, el principio de algo, y teníamos razón.

El comienzo de Jason Cain.

El final de *The Belles*.

—Ya, bueno. A mí me sabe a cena —digo por fin.

Cuando entramos, Noah come sus nuggets y bebe su vaso de leche en la mesa. Sonríe a algo que le cuenta Renee, pero su carita se tensa en cuanto ve a su padre.

—Eh, colega —dice Callum, intentando ser amable—. ¿Qué tal los nuggets?

—Bien —responde Noah, curvando el brazo alrededor del plato con nada de sutileza, como si creyera que su padre se lo va a quitar para sustituirlo por un cuenco de brócoli.

—Y son de pechuga —añade Renee—. Así que son sanos.

Callum parece querer discutirlo, pero no lo hace. En lugar de eso, me roba una patata del plato —Renee ha servido la comida en platos de verdad para que parezca más decente ante Callum— y se sienta junto a su hijo.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunta expectante cuando ya estamos todos sentados alrededor de la mesa.

Levanto el pan superior de mi hamburguesa e intento sonar casual. —¿Por qué piensas que pasa algo?

—Para empezar, apareces de la nada —Callum gira la palma hacia arriba, como si presentara una prueba—. Y además, creo que el

infierno se ha congelado cuando Renee me ha dicho que necesitaba un favor.

Estoy quitando con cuidado los mini daditos de cebolla de mi cheeseburger, pero ahora levanto la cabeza de golpe. Pensaba que Callum solo estaba aquí para recoger a Noah.

Renee fulmina a su hermano con la mirada. —Esa llamada estaba protegida por el privilegio abogado-cliente.

Callum le devuelve la mirada, impasible. —Eres mi hermana. Me llamaste al móvil personal. No firmaste ninguna provisión de fondos y, mucho menos, pagaste mis honorarios.

—Di por hecho que era pro bono.

—Te pedí que esto quedara entre nosotras —le digo al perfil de su cara.

Aprieta la mandíbula; la tozudez es una de las pocas cosas que comparte con Callum. —Y te dije que te ayudaría.

—¿Ayudar con qué? —pregunta Callum. No parece sorprendido de descubrir que la ayuda que Renee pedía era en realidad para mí. Me pregunto cuánto sabe sobre Jason Cain.

La idea me hace entrecerrar los ojos con fuerza. Ya es bastante malo que yo no pueda olvidar cómo ese cabrón me puso las manos encima. No quiero que nadie más se lo imagine. Que sienta lástima por mí. Que se pula la armadura de caballero blanco y desempolve su viejo lema: *Te lo dije*.

—No necesito ayuda —corto las palabras en staccato. Si fuera una canción, estaría pellizcando las cuerdas de la guitarra en lugar de rasguearlas. Aparto la hamburguesa intacta y me levanto—. Tienes razón. No debería haber aparecido sin avisar. Me marcho.

—Espera un segundo —salta Renee, apartando la silla también.

—¿Adónde vas? —Callum también se pone en pie.

Las voces de los hermanos se pisan, pero yo ya pongo distancia entre ellos y yo. A mitad del salón, mientras ellos aún rodean la mesa para seguirme. Abro la puerta principal cuando todavía se están calzando. Y ya estoy en el camino de entrada cuando recuerdo que no tengo cómo marcharme.

Un largo grito interno de *fuuuuuuck* resuena en mi cabeza mientras valoro mis opciones limitadas. Puedo volver y quedar como una idiota, o puedo seguir largándome. La segunda opción no es brillante: a menos que quiera caminar hasta la parada del bus, no voy a llegar lejos.

Aun así, estoy demasiado cabreada con Renee por chivarse a su hermano mayor para admitir la derrota, así que tomo rumbo hacia el cartel de Hellmont Springs. Hay como media milla hasta la entrada de la urbanización, y quizá otras cinco millas hasta la avenida principal que parte el pueblo. No lo visualizo del todo, pero seguro que hay algún hotel cutre al lado del Wal-Mart o detrás de la gasolinera Exxon.

No he avanzado mucho cuando oigo pasos. Son demasiado pesados para ser de Renee, y además ella sabe que no debe seguirme hasta que me enfríe. Lanzo una mirada asesina por encima del hombro a la figura alta e imponente que me persigue. —Vete a casa, Callum.

Ahora está demasiado bien educado para burlarse como recuerdo que hacía a los diecisiete, antes de salir con Emma Harding —de los Harding de Waterford Village—. Aun así, capto un atisbo de sorna en su voz cuando dice: —Esta no es mi casa, Quinn. Estoy aquí porque Renee dijo que necesitabas ayuda.

—Mierda. Estás aquí porque no fuiste capaz de recoger a tu puto crío a tiempo.

Los ojos verdes de Callum se endurecen. No le gusta. A Callum nunca le ha gustado que la gente note que no es perfecto. Veo cómo se debate sobre qué echarme en cara. ¿Que su esposa murió y por eso no tiene ayuda? ¿Que es el socio más joven del bufete y

por tanto está *ocupado*? Pero no, le veo decidir: no va a pelear conmigo. Justo lo que yo quiero.

—Si no quieres mi ayuda, me voy.

—No quiero tu ayuda —replico al instante.

—Perfecto. —Callum se detiene en seco.

Yo también me detengo y me giro hacia él. No parece desaliñado, nunca. Pero la persecución imprevista y la discusión hacen que su pecho suba y baje más deprisa. Su boca es una línea dura por contener todo lo que quiere decir; las cejas, inclinadas, desmienten su tono calmado y lo hacen parecer casi furioso.

Aunque sigo cabalgando mi propia ira justificada, tengo la extraña necesidad de ver a Callum reaccionar. De ver cómo se resquebraja su compostura cuidadosamente controlada.

Callum decide que la conversación ha terminado y se da la vuelta. «El hotel más cercano está a diez millas», me grita por encima del hombro.

—Dormiré en la casa del árbol —le grito.

—Genial. Hasta luego, Quinn. Me alegro de que al final no necesites ayuda.

Su voz rezuma sarcasmo en esa última parte, como si estuviera segurísimo de que le necesito. Me entran ganas de quitarme las chanclas y lanzárselas a la nuca perfecta. Lo único que me detiene es que tiene razón. Le necesito. Necesito todos los amigos posibles ahora mismo, sobre todo los que tengan un título en derecho del espectáculo.

Callum casi ha llegado ya a la entrada cuando el enorme nudo de mi orgullo por fin baja por mi garganta y empiezo a caminar tras él.

—Espera.

Él se gira, tal y como sabía que haría. Puede que Callum esté cabreado conmigo. Puede que piense que sigo siendo la misma idiota adolescente de cuando me fui. Pero jamás me dejaría tirada.

—Quizá necesite un poco de ayuda. —Mis pasos se ralentizan al alcanzarlo, pero no me detengo hasta que casi chocamos con la punta de los pies—. Puedo pagar.

Él niega con la cabeza, rápido e irritado. «Eres de la familia».

Una negación vehemente se me sube a los labios, pero también me la trago. «Un poco de ayuda», repito. «Y pagaré».

—Vale, como quieras. —Callum me estudia la cara, los ojos entornados mientras intenta encontrar los míos detrás de los cristales oscuros de mis gafas—. Vamos dentro.

Asiento como si fuera a seguirle en el acto, pero no es hasta que está en el escalón de la puerta, la mano en el pomo, volviéndose para ver dónde estoy, cuando por fin logro que mis pies se muevan.

Soy cantautora. Pongo mis miedos, vulnerabilidades y dolor a un ritmo y los canto delante de miles de personas. Pero lo que estoy a punto de contarle a Renee y a Callum es un secreto que llevo atado dentro, enterrado lo más hondo posible, convencida de que jamás se lo contaría a nadie.

Eso era antes de descubrir hasta dónde podía empeorar todo.

CAPÍTULO 4

CALLUM



Nos sentamos de nuevo a la mesa del comedor, pero Quinn ya no toca su hamburguesa. En su lugar, toma una patata frita del borde del plato y la aplasta entre los dedos. Su mirada distraída naufraga en Noah.

Lo capto al instante. —Eh, campeón, ¿por qué no te llevas los deberes al salón? —sugiero.

Noah se escurre de la silla sin protestar y se cuelga la mochila al hombro. Mientras se acomoda en la mesita baja con su carpeta roja, enciendo la tele y busco Nickelodeon. —Quédate aquí un rato, ¿vale?

Asiente, todavía sorprendido de que le haya puesto dibujos antes de revisar los deberes. Regreso a la cocina y encuentro a Quinn con la misma maldita patata frita entre los dedos, reduciéndola a pulpa mientras murmura algo a Renee.

—Tenemos por lo menos cuarenta y cinco minutos antes de que se canse de la televisión —digo, arrastrando de nuevo mi silla.

Quinn se recuesta en la silla y una sombra le cruza la cara. Ya no queda ni rastro de ámbar en sus ojos; son puro acero. —Dime qué sabes de Jason Cain —exige.

—¿Lo que sé o lo que he oído? —pregunto. Al no contestar, entrelazo los dedos y respiro hondo—. Sé que es uno de los

mánagers de música *indie* más grandes del momento —añado despacio—. Su sello tiene, ¿qué?, cincuenta artistas. Tú eres de las más importantes.

Quinn parece totalmente indiferente, como si eso no significara nada para ella. Tal vez no signifique nada.

—Sé que tiene estándares muy altos —admito, eligiendo cada palabra con cuidado—. He oído que, a veces, sus expectativas son poco realistas.

Quinn me corrige al instante: —Siempre son poco realistas.

Busco más cosas sobre Jason Cain, pero lo que me llega son rumores. Insinuaciones. Especulaciones. Nada que un abogado con orgullo profesional repetiría sin pruebas. «Eso es todo», concluyo. «Pero la pregunta real es qué sabes *tú* de Jason Cain, Quinn.»

—Le conoces desde hace mucho —le recuerda Renee en voz baja cuando Quinn solo contempla la patata hecha trizas que aún sostiene—. Desde que teníamos dieciocho.

«Entonces era normal.» La voz de Quinn suena extraña, vaciada. Normalmente es suntuosa y ahumada, siempre a medio camino entre hablar y cantar. «Me trataba como a una hermana pequeña. Me advertía sobre otros tíos del sector. Apoyaba mi visión para el primer álbum.»

Su primer álbum vendió más de quinientas mil copias y obtuvo disco de oro. Un exitazo para una artista de un sello *indie*. El single de lanzamiento se coló en la banda sonora de la película más taquillera del año. No era mi favorito, la verdad. No mostraba esa voz única, lánguida y brumosa que me hace sentir que me hundo en brandy. Aquella canción fue una anomalía, pero luego su segundo álbum se llenó de réplicas.

—Pero mi segundo álbum… —Quinn niega con la cabeza, asqueada —. Me obligó a incluir canciones que no quería.

—Odié tu segundo álbum —suelta Renee sin filtro.

—Lo sé. Yo también. Y, por lo visto, la mayoría de la gente. —Quinn casi parece satisfecha con ese dato; los ojos le chispean un segundo antes de volverse duros y planos otra vez—. Y ahí fue cuando empezó lo malo.

—¿Malo cómo?

—Se volvió muy cruel. Incluso abusivo. Empezó a presionarme para que vistiera más sexy. Me concertó un bronceado con spray. —Quinn estira los brazos y los examina. Su piel, pálida y nacarada, deja ver las venas azuladas; el pelo le arde encima, un contraste de fuego y hielo. Jason Cain es un puto idiota por intentar cambiarle ni una coma.

—Y luego me empujó. —Quinn retira los brazos y los cruza, alzando la barbilla—. Por lo visto había pedido mil favores y me había encasquetado un hueco en los VMA. Quería que cantara una canción que ya me había negado a grabar; decía que me devolvería a lo más alto. Cuando dije que no e intenté irme, me empujó.

—Qué hijo de puta —escupe Renee, con los ojos brillando de furia.

Pienso lo mismo, pero mientras Renee acostumbra a soltar lo primero que le viene a la cabeza, yo suelo sopesar cada palabra. Decido qué airear y qué tragar. Una rabia oscura y nociva empieza a vibrar en mi pecho, pero sigo callado. Intuyo que Quinn no ha terminado.

—Le dije que lo nuestro se había acabado —continúa—. Me contestó que aún le debía otro álbum y que, si no lo hacía, me demandaría. Acabaría con mi carrera.

Quisiera retroceder en el tiempo y rodear el cuello de Jason Cain con mis manos, apretando hasta que se le pusiera morado.

—Yo le habría pateado los huevos —declara Renee demasiado alto para tener a mi hijo tan cerca. Le lanzo una mirada. Empieza a

añadir algo más belicoso, pero Quinn la detiene.

—Puede que tú lo hubieras hecho. O puede que no.— Su voz, humeante, suena mortalmente baja, sin emoción.—Yo no lo hice.

Renee se muerde el labio, dándose cuenta de su error y recordando que nunca sabes cómo reaccionarás hasta que te pasa. —¿Qué *hiciste*? —pregunta con suavidad.

—Intenté negociar.— Una comisura de la boca de Quinn se curva en una sonrisa autodespectiva.—Le ofrecí un cumpleaños.

Renee ladea la cabeza, como si no hubiera oído bien. ¿Qué pintaba un cumpleaños? ¿Cómo sustituía a los VMA? Yo sí lo sé: he supervisado esos contratos. Multimillonarios pagando un millón o dos, más gastos, para que su artista favorito cante villancicos en la fiesta de Navidad.

—Eran quinientos mil en efectivo por un set de tres canciones en el cumpleaños de una adolescente. Dinero fácil. Le dije que podía quedárselo todo si después me liberaba del contrato.

—No fue fácil, ¿verdad?

Quinn alza los ojos y me sostiene la mirada. —No. Fue en una isla privada; Jason creyó que eso significaba que no había reglas —añade antes de mirar a Renee—. Esa vez *sí* le di una patada en los huevos, aunque no sirvió de mucho.

El aire se ha esfumado de la habitación. El rostro de Renee se ha vuelto casi translúcido, sus ojos verdes ardiendo como fuego nuclear. —¿Te…? —balbucea.

—No. Casi, pero salí de la habitación. El padre de la cumpleañera fue un buen tipo. Me mandó a casa en su avión esa misma noche.

La rabia me oprime la garganta. —Un buen tipo habría llamado a la policía —gruño, la voz estrangulada—. Ese solo quiso evitar un escándalo.

—Entonces quizá el listón de buen tipo me ha bajado mucho.— La voz de Quinn raspa de sarcasmo y me mira como si *yo* fuera el capullo.—El caso es que Jason rompió su palabra, sin sorpresa. Me acosa para que haga más actuaciones privadas antes de soltarme.

—Ni de coña —decimos Renee y yo a la vez.

Un destello de diversión atraviesa el gesto lúgubre de Quinn. —Eso mismo le dije. Entonces apareció en mi casa. Salí por la puerta de atrás, pedí un Uber hasta la parada de autobús y aquí estoy —trata de contener el escalofrío que la recorre, pero lo veo.

—Has venido al sitio correcto.

—Has venido a casa. —Renee alarga la mano y envuelve el brazo de Quinn con sus dedos largos—. Callum lo arreglará. Es el mejor puto abogado de entretenimiento de California.

Desde luego es un día para el recuerdo. Primero Renee pide ayuda y ahora reparte halagos. Otro día habría contestado algo, pero hoy no. Hoy todo va de Quinn.

—Lo arreglaré —confirmo—. Mándame tu contrato. Proyectar seguridad es casi un acto de fe. No contradigo a Renee—sé lo que valgo—, pero Jason Cain no es un chapucero. Solo queda esperar que, hace siete años, su equipo legal no fuera tan hábil como ahora.

Veo que Quinn está agotada. Ha vivido de la adrenalina, pero ya se le escapa. Apoya la cabeza en el hombro de Renee y cierra los ojos. Sus pestañas negras hacen que la piel parezca aún más pálida.

Pongo una excusa para marcharme y voy al salón a recoger a Noah. Guarda la carpeta roja y sujeta la cajita de nuggets con las dos manos.

—La quiero para un tentempié de medianoche —me dice.

—Tú te acuestas a las ocho.

—Pues la quiero a las ocho.

—Vale, campeón.— Estoy reventado yo también. La historia de Quinn ha sido un par de puñetazos al estómago. Ella vive en LA. Yo trabajo en LA. Todo esto pasaba bajo mis narices y ni me molesté en comprobar cómo estaba. Ni me molesté en verlo.

Camino con Noah hasta la furgoneta grande que compré tras el accidente de Emma porque era el sitio más seguro para mi hijo. Ya usa alzador en vez de sillita, pero me quedo a su lado para asegurarme de que se abrocha bien. No me doy cuenta de que Quinn nos ha seguido hasta que me giro y me la encuentro de frente.

—Quería darte las gracias.— Escupe las palabras deprisa, como si su madre la hubiera mandado bajo amenaza de castigo. Lleva en la cara una expresión como si la gratitud fuese cristal molido.

Me aparto del hueco de la puerta para que pueda cerrarse. Ese movimiento me acerca a Quinn, pero ella no retrocede. Intuyo que lo toma como cuestión de orgullo.

—Aún no he hecho nada.

Sus ojos se alzan hacia los míos. —Ya, pero lo harás.

Pliego los dedos de una mano contra la palma de la otra y me crujen los nudillos. Un viejo tic nervioso. Hace tiempo que no me enfrentaba a un reto como este. El derecho del espectáculo es un juego de gallinas y tornillos, pero sin misterio. Sacar a Quinn del contrato con Jason Cain va a exigir todo mi ingenio, y la apuesta es alta.

—Lo haré —repito, procurando que mis dudas no asomen a la cara.

Detrás de Quinn, el sol desciende bajo sobre la casa de mi infancia, a punto de esconderse tras el tejado que mis padres cambiaron hace dos años. Por encima, las copas de los árboles se extienden, frondosas, todavía verdes a finales de septiembre. El rostro de Quinn se alza; su piel resplandece contra la camiseta oscura y el cabello incendiario. Parece la misma chiquilla de los dieciocho hasta que

miras sus ojos: esos son demasiado viejos. Una punzada de culpa me atraviesa, aunque sé que no tiene puto sentido. Quinn ya no es la cría del vecindario. No ha sido un matón cualquiera quien la ha tocado mientras yo miraba a otro lado. Probablemente no hubiera podido impedirlo aunque hubiera estado pendiente.

Pero eso no cambia que sienta hacia ella una responsabilidad tan fuerte como la que siento por Renee o por cualquiera de los chavales a los que vi crecer aquí. Y yo *conocía* la reputación de Jason Cain.

—Eso —repito, y esta vez mi voz suena fría e incisiva incluso para mí —. Voy a reventar a ese cabrón, Quinn. Ya no tendrás que preocuparte por él.

Quinn esboza una sonrisa leve, los brazos aún cruzados con fuerza. —Creo que eres la única persona capaz de decir algo así sin hacerme reír.

—¿Por qué?

—Porque creo que eres la única persona que lo dice en serio.— Por fin, como un cuarzo girando al sol, sus ojos se templan; el ámbar atraviesa el acero helado.—Siempre has cuidado de nosotras, ¿verdad?

—Lo intenté —respondo con modestia, recordando lo difícil que me lo pusieron.

—Y nosotras te hicimos la vida imposible, ¿no?

Una sonrisa irónica me curva la boca. —Lo intentasteis.

—Sé que lo conseguimos. —Da otro paso, tan cerca que podría posar las manos en sus hombros sin estirar del todo los brazos—. Gracias, Callum. Por todo.

Se me seca la boca. —De nada, Quinn.

Durante un largo momento nos miramos, la tensión y la expectativa vibrando en el espacio estrecho que nos separa. Tengo la sensación

de que está sopesando algo. Luego me dedica una sonrisa ladeada y se da la vuelta.

La observo hasta que la puerta se cierra tras ella, preguntándome qué demonios acaba de pasar.

Preguntándome por qué no quiero darme la vuelta todavía.

CAPÍTULO 5

QUINN



—¿Pero qué coño ha sido eso? —pregunta Renee en cuanto cierro la puerta tras de mí. Está plantada en el umbral del salón, con los platos de la cena apilados en un brazo. A través del ventanal lo ha visto absolutamente todo.

Mi corazón sigue martilleando y sé que Renee me ha cazado con las manos en la masa, pero aun así me encojo de hombros e intento parecer inocente. —¿El qué?

—Ni lo intentes —Renee se cambia los platos al otro brazo y, acusadora, me señala con el índice—. No olvides que ya he visto ese numerito, QC.

—Oh, por Dios, no hay *numerito*, Renee. Miro también por la ventana. Callum rodea el coche y se sienta al volante. Eso significa que me ha visto marcharme. El fantasma de algo muy parecido al placer me cosquillea el pecho.

Renee lo aplasta de un pisotón. —Créetelo, hay un numerito y hasta una coreografía entera. ¿Te crees que no me crié viendo la partida de ajedrez amoroso de Quinn Collins?

—¿De *amor*? —Aparto la mirada del hombre alto, guapo y caballeroso que espera fuera y casi me atraganto con la palabra—. Por favor, no he comido lo suficiente como para vomitar.

—Bobby Randolph. —Renee blande el nombre como una abogada que exhibe ante el jurado una prueba irrefutable—. Había empezado a salir con Janine Marshall, pero decidiste que lo querías tú. Yo estaba al lado de Janine cuando te acercaste a él en el aparcamiento, hiciste ese ladeo de cabeza, te colocaste *un poquito* demasiado cerca y ¡bam! La siguiente vez que supimos de ella, Janine se había quedado sin cita para el baile de *Homecoming*. ¿Sabes lo incómodo que fue para mí? Me sentí como una imbécil.

Una risa empieza a burbujear muy dentro; nace en el vientre y no en los pulmones. Me pilla por sorpresa, porque hacía mucho que no reía así. Normalmente tengo el estómago demasiado tenso, preparado para lo que venga. Sé que no es el momento de dejarla escapar como burbujas de helio—Renee habla en serio—, pero no puedo evitarlo.

—Carter Terry —prosigue Renee, ignorando mi risa—: el de la camioneta azul.

Pongo los ojos en blanco; recuerdo demasiado bien a Carter Terry.

—Austin Cameron.

—Recuérdame quién era.

—El del Altima negro.

—Ah, sí. —Contengo la risa y me seco las lágrimas que me humedecen los ojos—. ¿Y ahora crees que tu hermano, con su monovolumen tan sexy, es mi siguiente jugada?

—Por muy raro y asqueroso que suene, sí. —Renee entrecierra sus ojos verdes—. Y no me hace gracia.

Con otro encogimiento de hombros inocente, le quito los platos y me adentro en la cocina. Pienso que quizá Renee se equivocó de carrera: será una profesora de música increíble, pero debería haber seguido a su hermano al mundo legal… o hacerse detective, porque, joder, tiene razón. En serio, solo había seguido a Callum para darle

las gracias, pero algo cambió cuando estábamos fuera. Es tan malditamente atractivo y caballeroso. Los caballeros de armadura reluciente nunca fueron mi tipo, pero eso era antes de conocer a los dragones del mundo. Sea lo que sea, estoy segura de que se me pasará. No merece la pena discutir con Renee.

Ella me sigue y fregamos los platos codo con codo en silencio. Cuando ya no queda nada que meter en el lavavajillas, se apoya en la encimera y me clava la mirada hasta que cedo y la miro.

—Déjale en paz, Quinn —dice en cuanto encuentra mi mirada—. Ya ha pasado bastante.

Ligeramente ofendida, enderezo los hombros. —Yo no voy por ahí haciendo daño a la gente, Renee.

—No a propósito.

La estancia queda en silencio, salvo por el tic-tac del gran reloj-gato sobre la encimera y el burbujeo inicial del lavavajillas. La ligereza que sentía antes vuelve a pesarme.

—No soy una imbécil —digo.

—No a propósito —repite; luego esboza una sonrisa para que sepa que bromea. Después, su tono vuelve a ponerse serio—. Sé que no lo eres. Pero eres *tú*. Harás que se enamore de ti sin querer y no te quedará otra que partirle el corazón. Suena frustrada, como si me obligara a escuchar algo tan evidente que debería sobrar. Se pasa una mano por el pelo oscuro y salvaje antes de cruzarse de brazos.

Veo nuestro reflejo tembloroso en la puerta corredera de cristal y me doy cuenta de que somos imágenes especulares: la mano izquierda sujeta el codo derecho, la derecha descansa en el costado. La familiaridad disipa parte del dolor que se acumula en mi pecho. ¿Cuántas veces nos hemos enfrentado así? Discutiendo un cambio de acorde, quién conducía o quién había desafinado la última nota. Por lo menos cien. A veces era el comienzo de una batalla larga;

otras, un bache que se alisaba enseguida. Pero siempre volvíamos porque éramos más que amigas. Éramos hermanas.

Y, lo supiera ella o no, yo también quería a Callum. Solo que ya no de la forma fraternal de antes. Sé que la muerte de Emma lo destrozó. Puso un soplete sobre sus planes, y la vida de Callum está levantada sobre un plano que dibujó a los diecisiete. Lo trazó cuando empezó a salir con la guapísima rubia del barrio bueno. Sé que no le resultó fácil asumir el plan de contingencia que la muerte de ella garabateó sobre sus líneas cuidadas. Pero ha sacado lo mejor: algún día encontrará a otra chica de Waterford Village, tendrá al menos otro hijo rubio perfecto y se dará una segunda oportunidad en el felices para siempre. Su trayectoria es tan clara como la mía lo fue en su día.

Nunca me interpondría.

Solo quiero divertirme un poco, nada más. Me lo merezco después de estos últimos años tan tensos y horribles.

—No se enamoraría de mí —le digo a Renee, como si negociara la custodia de Callum. *Me quedo con su cuerpo durante un mes pactado, pero su corazón se queda intacto.*

—No puedes saberlo, QC.

Que use mi apodo me ablanda. —Venga ya, tampoco soy *tan* adorable.

Ella resopla y ambas aflojamos la postura rígida. —Eres un coñazo, pero sí, lo eres.

Trago lo que parece un resplandor cálido: se escurre por mi pecho y expulsa parte del hielo que se me ha ido acumulando entre las costillas con los años. Quiero prometerle que mantendré las manos lejos de su hermano para que podamos tomarnos una cerveza y subir a la casa del árbol dando por zanjado el asunto. Nunca le miento a Renee y no estoy segura de poder cumplirlo. «Tendré cuidado con él», digo al final.

Ella suspira y pone los ojos en blanco. —Sé que lo intentarás.

—Haré más que intentarlo, Renee. Lo conseguiré. Lo trataré con…

Me corta con un sonido de arcadas que me recuerda a cuando teníamos doce años. Yo me volví loca por los chicos antes que ella, e hizo ese mismo ruido cuando besé a Keith Bowen por primera vez.

—Ay, ya basta —le doy un manotazo en el brazo.

—*Tú* deja de contarme cómo vas a manejar a mi hermano.

Reñimos, reímos y, finalmente, cogimos esas cervezas y salimos fuera. No volví a mencionar a Callum, pero pensé en él. Pensé en él mucho. Y luego me dije que parara, que dejara de pensar en él.

Más tarde, ya de noche, me tumbo en una cama de invitado recién estrenada, con sábanas aún rígidas de haber estado envueltas en plástico, y miro un techo tan familiar como el mío. He pasado mil noches bajo este cielo de gotelé. De las cinco mil estrellas adhesivas que pegamos Renee y yo a los nueve años quedan unas pocas, dispersas y brillando débilmente. La ventana rota que tanto maldecíamos porque nos obligaba a bajar de puntillas a la habitación de invitados—pasando junto a la de Callum—para escaparnos ha sido sustituida. Las paredes siguen siendo de ese rosa pálido que eligió la madre de Renee cuando supo que iba a tener una niña, pero hay marcas rectangulares donde la pintura se arrancó y asoma el blanco de obra. Incluso tantos años después puedo imaginar cada póster que sujetaba cada trozo de cinta: *The Runaways, The Saturdays, The Veronicas.* Todo un abanico de *The* algo. Habíamos imaginado nuestro póster allí algún día: *The Belles*.

Me giro de lado, irritable. Habría que estar ciega para no ver que Callum es un hombre ahora. De verdad: con un crío, una hipoteca y un trabajo que no exige pasar la mitad del tiempo en clubes nocturnos. Si hace un año me hubieras preguntado si eso me atraía, habría respondido con un rotundo *no*. Aunque las cosas empezaron a torcerse con Jason cuando mi segundo álbum fracasó, todavía

disfrutaba de mi vida itinerante y artística. Me sentía bohemia y muy afortunada. Cerré los ojos a muchas señales de alarma porque no quería perder lo que tenía. Hubo un tiempo en que fue bastante genial.

Ahora me doy cuenta de que esos tiempos ya quedan lejos. Los últimos cuatro años han sido duros. Mis pensamientos empiezan a deslizarse peligrosamente hacia el último año con Jason antes de que los empuje de vuelta al tema mucho más agradable de Callum. Callum, el guapo, fuerte y brillante Callum, cuyo pecho es tan firme como sus convicciones. Miro fijamente la oscuridad y dejo que su imagen se forme en ella: primero, un par de ojos verdes luminosos; después, la mandíbula firme y la nariz que se rompió dos veces jugando al fútbol en el instituto. En algún momento cierro los ojos—aunque no noto diferencia—. Solo sé que me estoy quedando dormida porque la imagen cambia: el cabello se aclara hasta casi blanco y los ojos se vuelven gemas azules relucientes, demasiado juntos sobre una nariz aguileña y unos dientes tan rectos y blancos que casi brillan en la oscuridad.

Intento recuperar la imagen de Callum, pero, como pasa en los sueños, se me escurre. Me quedo atrapada con el recuerdo de Jason Cain y mi noche —igual que mi día— se convierte en pesadilla.

Cuando me despierto, jadeando, un rato más tarde, desisto de obligar a mi mente a apartarse de Callum Evans. En su lugar, envuelvo el recuerdo de haber estado un poco demasiado cerca de él hace unas horas alrededor de mí como si fuera una manta protectora.

Y cuando por fin vuelvo a dormirme, sueño con estar a salvo.

CAPÍTULO 6

CALLUM



Lo primero que hago cuando Quinn me envía su contrato a la mañana siguiente es buscar las lagunas. Todos los contratos las tienen; solo es cuestión de lo desesperado que estés por zafarte de ellos. Por ejemplo, ¿estará dispuesta—y podrá—pagar la tasa de rescisión temprana diseñada ex profeso para atrapar a un artista emergente? ¿Existe una cláusula de moralidad que pueda infringir a propósito? No es que esa vaya a ser mi recomendación oficial.

Descubro enseguida que no existe ninguna cláusula que estipule que, si la persona que la fichó para el sello se marcha, ella queda libre. Tampoco sería una gran pérdida: Jason Cain la contrató en persona y no tiene pinta de irse a ninguna parte. Pero lo verdaderamente crucial es otra laguna: el contrato no exige que sus discos resulten comercialmente aceptables. Jason se lució al redactar esto; esa omisión implica que, en el peor de los casos, Quinn podría grabar un par de temas basura y decirle a Jason que su compromiso ha terminado.

Satisfecho, estiro los brazos y entrelazo las manos detrás de la nuca; la espalda cruje al arquearse de cóncava a convexa.

Un timbre grave resuena en el umbral. —Parece que acabas de hacerme ganar dinero.

Levanto la vista y me topo con mi exsuegro, Marshall Harding, plantado en el marco de la puerta con una sonrisa comedida. Es

dueño del edificio y mi jefe desde hace diez años, y aun así aguarda, cortés, a que lo invite a pasar. Viste uno de sus trajes a medida de Savile Row; tiene diez y los manda a la tintorería una semana sí y otra no. Tan puntual como un reloj suizo, viaja a Londres cada año para encargar otro y dona el más antiguo.

Le hago un gesto para que pase y cierre la puerta. Marshall alza las cejas grises—impecablemente arregladas—y obedece. Lo conozco tan bien que casi puedo leerle la mente: venía solo a saludar y me ha pillado tramando algo.

—¿Es mucho dinero, hijo? —pregunta con alegría impostada mientras acerca una silla. Marshall ya posee más de lo que podría gastar en toda su vida.

Niego con la cabeza. —No es dinero. Es venganza.

—Sigue. —Se frota las manos; esta vez la alegría es auténtica. A Marshall le fascina una buena vendetta profesional. No puedo evitar fijarme en que todavía lleva la alianza de oro, a pesar de que mi suegra murió hace dos años. Oficialmente, de cáncer—un linfoma que regresó—; extraoficialmente, pienso que fue la muerte de Emma la que acabó volviéndose maligna. Curioso que él conserve la suya cuando, hace poco, me animó a quitarme la mía.

Todavía estás vivo, hijo. Compórtate como tal.

Ya le preguntaré más tarde; ahora necesito concentrarme en Quinn.

—¿Sabes quién es Jason Cain? —Es una pregunta retórica: cualquier abogado del entretenimiento conoce a Jason Cain, y casi siempre por algo desagradable. Se le tolera porque maneja a varios talentos enormes, pero no se le confía nada. Ni un ápice.

—Conozco a Jason Cain —confirma Marshall. Le estudio, intentando adivinar cuánto sabe; su cara es un póker perfecto. La sonrisa sigue siendo amable, los ojos, vivos.

—Es el mánager de una amiga mía.

—La mejor amiga de Renee: Quinn Collins.

—Exacto. Ella ya no quiere que la represente, pero le debe al sello un tercer álbum.

Marshall asiente; es un problema habitual. —Lleva con él desde el principio de su carrera, ¿no?

—Sí, pero ahora tienen visiones muy distintas de adónde debe ir esa carrera. —Entrelazo los dedos, preguntándome cuánto contarle—. Se ha pasado varias líneas, señor.

Marshall deja caer su sonrisa. —Callum, ¿qué tengo que hacer para que dejes de llamarme señor?

Una lobotomía. Llevo llamándole señor desde que Emma me llevó a su casa por primera vez. Me impresionó que se pusieran de etiqueta para cenar en su mansión de Waterford Village, con vistas al lago y casi un acre de terreno rodeando los cuatrocientos metros cuadrados de casa. Marshall, cómo no, lucía uno de sus Savile Row. Su madre llevaba diamantes. Para mí quedaron grabados como *señora* y *señor*, y da igual cuánto tiempo pase.

Marshall se encoge de hombros como si la palabra le pesara y quisiera quitársela de encima. Luego me dedica una mirada acerada: —He oído que Jason Cain se pasa muchas líneas con mucha gente.

—Yo también.

—¿Quinn Collins te ha contratado oficialmente?

—No… —me trago el *señor*—. Aún no.

—Quizá sea lo mejor.

—¿Por qué?

—Te conozco, hijo. Vas a tomarte este asunto como algo personal. Me resultará más fácil si lo que hagas por la señorita Collins no salpica directamente al bufete.

—Jamás haría nada que…

—Lo sé —me corta—. Pero vamos a ir sobre seguro, ¿vale? Llévalo por tu cuenta. No diré ni pío mientras no descuides el resto.

Me hierve la sangre, pero antes de soltar palabra Marshall se pone en pie. Se sacude las impecables líneas del traje y me regala una sonrisa triste, cansada, pesada con la pérdida que compartimos. —Sé que protegerás a Quinn, aunque tengas que ensuciarte las manos. Por eso te pido que lo mantengas fuera de nuestros libros.

Pienso en la familia que no logramos salvar. Y pienso que, a diferencia del cáncer o de los accidentes de coche, Jason Cain es un enemigo al que puedo plantar cara. Puedo anudarle una soga legal al cuello y dejarlo balancearse. Si hace falta, también cerraría mis propias manos alrededor de su garganta. Y, por si fuera poco, cuento con la bendición absoluta de Marshall.

Abro la boca para darle las gracias, pero él ya está en la puerta. Mejor así: habría añadido *señor* y lo habría vuelto a cabrear.

Esa noche, tras acostar a Noah, me planteo llamar a Quinn para explicarle lo que debería hacer. Sin embargo, cuanto más lo pienso, menos seguro estoy. Podría grabar un tercer álbum basura, mandar las pistas a Jason y dar el trámite por zanjado, pero ¿qué ocurriría con su carrera? No me extrañaría que él publicase ese disco cutre solo para hundirla: su retorcida versión de *si no es mía, no será de nadie*. También cabría declararse en quiebra si demostramos que el sello destroza sus finanzas. Y, por supuesto, siempre queda la vía de violar la cláusula de moralidad.

Quiero algo mejor. Quiero mirarla a los ojos y prometerle que nunca más tendrá que tratar con Jason Cain, en ningún ámbito. Que ya lo he arreglado. Y la única forma de lograrlo es ocuparme yo mismo.

Sin pensar demasiado en por qué me importa tanto, llamo a mis padres. Viven a cinco minutos y casi siempre están en casa.

Contesta mi padre al momento. Cuando pregunto si pueden venir a quedarse con Noah, casi parece que se alegran de tener algo que hacer.

Media hora después estoy en la autopista rumbo a Los Ángeles, tras ponerles la tele y decirle a mi madre que no limpie nada. No sé si me hará caso, pero ojalá. Quiero que se relajen en su jubilación. Por eso les compré el piso sin hipoteca y mando una empresa de limpieza cada semana. Se lo merecen.

Ojalá lo disfrutasen más.

Tras unas cuantas llamadas, averiguo que uno de los clientes de Jason Cain presenta su álbum en una discoteca de la ciudad. Dos gestiones más y consigo una invitación con acompañante. No es complicado: para estos saraos se necesita un local abarrotado, y este artista no está entre los top de Jason. Él incluso se alegrará de verme… hasta que descubra el motivo.

No tengo ni idea de qué se lleva en una discoteca, así que voy con el mismo traje del trabajo. Desentono a kilómetros. Los estilos van de la vanguardia extrema a lo directamente estrafalario. Algunos me dedican una mueca—*mirad al gilipollas con traje*—; la mayoría asume que es una declaración irónica. El contraculturalismo ha dado la vuelta completa.

Me da igual. Lo único importante es que el portero encuentre mi nombre en la lista—añadido a mano al final—y que localice a Jason Cain. No tardo nada: es imposible pasar por alto a ese cabrón, apostado al borde del escenario hablando con, supongo, el DJ. El gentío, el ruido y las luces palpitan a mi alrededor, un mar oscuro salpicado de flashes de neón, pero él parece bajo un foco. Me abro paso sin perderlo de vista, sorteando un camino laberíntico.

Sus ojos se clavan en los míos como si hubiera percibido la intensidad de mi mirada. La sonrisa se le curva, gélida, mientras calcula de qué me conoce y si merezco la pena. Percibo el clic en su cerebro; la sonrisa se hiela aún más y acaba en una mueca. A Jason

Cain los abogados ya no le gustan nada: siempre aparecemos con prohibiciones, con todo lo que no puede hacer, con todo lo que no debe.

En lugar de esfumarse, concluye su charla con el DJ—sin apartar de mí la mirada—y se acerca a los escalones donde yo aguardo, unos peldaños más abajo.

—¿Vienes a notificarme algo, licenciado?

—Vengo a negociar.

Su interés se afila y entorna los ojos: —¿En nombre de quién?

—Quinn Collins.

—Quinn. —Los labios se le retuercen en una mueca—. ¿La has visto?

Le sostengo la mirada sin confirmar ni negar.

Jason asiente para sí. —Sí, la has visto. Y te manda para que la libres de grabar mi tercer álbum.

—*Su* tercer álbum.

—Para mí. —Desciende los escalones tan deprisa que, al llegar a la pista, quedamos nariz con nariz; no me da tiempo a apartarme. Ni pienso hacerlo.

Le sostengo la mirada. Somos de la misma estatura. Él es más ancho; ignoro si es grasa o músculo. A esta distancia advierto que sus pupilas no solo están dilatadas por lo que se haya metido ni deformadas por años de abuso: tienen forma irregular, no son círculos perfectos.

Sea cual sea la causa, el efecto es demoníaco. Se me revuelve el estómago solo de pensar que este tipo controle cualquier parte de la vida de Quinn. Olvídate del álbum basura: tengo que sacarla de aquí *ya*.

—Quinn está dispuesta a darte doscientos mil dólares para rescindir el contrato.

Jason suelta una carcajada; sus ojos se reducen a rendijas, pero no aparta la mirada. —Quinn me debe un millón.

—Vete a la mierda —escupo. No conozco al detalle el patrimonio de Quinn, pero sí el rango: su dinero procede únicamente de la música; no tiene patrocinios ni línea de cosméticos. No hay manera de que Jason Cain saque un millón de ese tercer disco.

—Un millón —repite, saboreando lo mucho que me chirría la cifra—. Pero te propongo algo, licenciado: tengo varias ofertas de conciertos privados para ella. Si los acepta, la dejo libre.

Recuerdo la última vez que actuó en una de sus malditas fiestas privadas. —Ni de coña.

Las cejas oscuras de Jason se arquean. —¿Dices que eres su abogado, licenciado?

Lo miro sin confirmar ni negar; no pienso darle información útil.

—Sonar, suenas más a novio celoso que a abogado —dice, repasándome con la mirada—. Sí, tienes ese aire de niño bien que le gusta a mi chica. Apostaría a que conduces una Honda Odyssey.

—No es tu chica. —Paso de lo demás; qué le guste o qué conduzco no importa—. Y no va a aceptar tus fiestas privadas. No después de lo que pasó en la última. —Quiero que la amenaza implícita se le cierre como un cepo de oso, que le destripe las tripas, pero ni parpadea.

—En la última no pasó nada.

El *que puedas demostrar* late en el aire, burlón.

Aprieto los puños y el pulso se dispara; la rabia se clava en mi pecho. —Sí pasó, y no volverá a ocurrir jamás.

Jason enseña los dientes en un destello blanco. —No estás aquí como su abogado, licenciado. Así que tendré que tomar eso como una amenaza.

La sangre me hierve y la vista se me nubla; no propino un puñetazo desde los quince, pero cada músculo lo ansía como si llevara veinte años esperando. —Tómalo como quieras, pero Quinn no te hará ganar un céntimo jamás. Ya he visto al menos dos vías para romper su contrato con Cain Records, y encontraré más.

Eso no le gusta. Por primera vez se resquebraja su fachada helada. —Dile a esa zorra que solo hay una forma de salir de este contrato.

Se inclina hasta pegar la boca a mi oído; no existe grabadora capaz de recoger el susurro que se desliza entre sus dientes relucientes.

—Y es en una bolsa para cadáveres.

CAPÍTULO 7

QUINN



Mi amiga más cercana en la ciudad es una manicurista llamada Nancy. No soporta hablar de sí misma ni de sus orígenes. Me cae bien porque es franca y prefiere cocinar en casa antes que arrastrarme de bar en bar. Gracias a ella consigo comida casera y un veredicto sobre mi último tema tan dolorosamente sincero que araña.

—Tan sosa. Dios, ¿qué te ha hecho Jason Cain? —Levanta la solapa de mi abrigo—. ¿Puede salir *por favor* la auténtica Quinn Collins?

Era ofensivo, pero no llegaba a ofenderme. Agradezco que aún quede alguien en mi vida capaz de decirme cuándo algo es una mierda. Mi brújula interna se tambalea últimamente. ¿De verdad odio esa canción o solo estoy siendo cabezota, como insiste Jason?

Cuando me llama a la mañana siguiente, activo el altavoz para que Renee también escuche. Se han visto unas cuantas veces y Nancy la adora; están cortadas con el mismo estropajo de acero. Sin embargo, en cuanto le digo a Nancy dónde estoy y con quién, baja la voz y murmura:

—Eh, ¿puedes quitarme del altavoz?

Cruzo una mirada con Renee por encima de la mesa. Está a punto de llevarse un trozo de tortitas a la boca, pero ahora se queda

inmóvil, con el brazo en alto, los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos.

—¿Por favor? —insiste Nancy, y esta vez percibo la tensión en su voz.

Quito el altavoz y me llevo el teléfono al oído.

—Eh, ya está. ¿Qué pasa?

Suelta el aire.

—¿Sabes que le hago las uñas a Mariah Davis?

—Claro, supongo que lo sabía.

Mariah Davis es otra cantante del sello de Jason. Nunca conecté con ella. Parece demasiado feliz de seguir la dirección de Jason sin criterio propio.

Otro suspiro. Casi puedo oler el humo en su aliento pese a los kilómetros que nos separan.

—Pues la muy idiota estuvo al teléfono todo el rato mientras yo trabajaba, y debe de creer que el servicio es sordo y mudo, porque, Quinn, he oído cosas.

Una vez más, el apetito me abandona.

—¿Qué cosas? —me levanto y voy al salón. Renee coge su plato y me sigue, inclinándose para oír lo que pueda.

—Por lo visto tu chico está metido en deudas, deudas muy, muy, *muy* gordas. Y con la gente equivocada.

Me alejo de Renee, no porque no quiera que escuche, sino porque el olor de las tortitas con sirope en su plato me revuelve el estómago.

Renee ha oído las palabras y hace un gesto de victoria con el puño, como si fuera algo bueno. Le niego con la cabeza. No es nada bueno. Nada bueno en absoluto.

—Por eso me presiona para que haga esas *actuaciones privadas* —les digo—. Es dinero libre de impuestos cuando pagan en metálico.

—Y por eso está tan obsesionado con tu tercer álbum —coincide Nancy—. Necesita que le generes dinero estilo Taylor Swift.

Igual me habría reído si las náuseas no me cerraran la tráquea.

—Eso no va a pasar.

—Aun así, va a exprimirte hasta el último centavo —la voz de Nancy suena áspera y oscura, la garganta rasposa por el tabaco—. Prepárate, chica. Sé que estás escondida, pero te va a encontrar.

Le doy las gracias y cuelgo. Espero que el entumecimiento se adueñe de mí, pero nunca llega cuando lo necesitas.

—¿Quinn? —Renee deja el plato en la mesa baja, alarmada. El tenedor repiquetea y un escalofrío me recorre la espalda.

—Está endeudado —repito, aunque sé que lo ha oído.

—¿Y qué? Que al cabrón le corten los huevos y lo entierren en algún desierto. Problema resuelto.

Aun así, la voz de Renee es sombría, como si ya intuyera que no será tan fácil.

—Jason Cain no acaba enterrado en el desierto. Él es quien entierra a la gente. A la gente que no le genera el dinero que cree que le deben. A la gente que no hace sus *actuaciones privadas*.

Ahora Renee lo entiende. Nos quedamos mirándonos en el mismo salón donde hemos visto cientos de pelis, devorado cubos de palomitas y compartido cajas de *Bunch-a-Crunch*. Posamos para las fotos de la fiesta de otoño delante de ese ventanal. Nos amontonamos en ese sofá para la portada de lo que pomposamente llamamos nuestro primer EP. Y ahora hablamos de un hombre verdaderamente peligroso, alguien que alimentará un rencor igual de letal contra mí si no hago lo que quiere.

Todo resulta tan incongruente y extraño que me pregunto si no habría sido mejor enfrentarme a esto en la ciudad, donde la normalidad de mi pasado no chocaría a cada minuto con mi jodida realidad, recordándome lo mucho que se ha desviado todo. Pero en cuanto Renee cruza la habitación y me envuelve en un abrazo feroz, sé que estoy en el lugar correcto.

—Callum va a arreglar esto —ruge Renee contra mi pelo—. Y si no, al cuerno. Yo le cortaré los huevos a ese tal Jason y lo enterraré en el desierto.

Suelto un bufido; una risa histérica pugna por salir entre mi sombrío estupor.

—¿Y quién sospecharía de ti, la profe de música de primaria?

—Nadie. —Renee me enmarca la cabeza entre las manos y se aparta, los labios curvados en una sonrisa diabólica—. Y sabes que esos críos de quinto mentirían por mí si hiciera falta.

—Puede que tengan que hacerlo.

Renee me deja un beso en la frente y se gira.

—Oye, ¿quieres que falte al trabajo? Todavía puedo… —mira la hora en el móvil y hace una mueca—. Mierda, ya voy tarde.

Ya estoy negando con la cabeza. Sé lo que supone para un profesor cogerse un día libre, y más de un minuto para otro.

—No, estoy bien.

Cuando Renee se va, echo la llave tras ella. Se me hace extraño estar sola en esta casa. Deambulo por las habitaciones como si en cualquier momento fueran a entrar el señor y la señora Evans a preguntarme qué hago aquí sola. Acabo de acomodarme de nuevo en la mesa de la cocina cuando un golpe fuerte en la puerta hace que el corazón se me suba a la garganta.

Durante un segundo me quedo congelada, con una pierna doblada sobre la silla y las manos aferradas a una taza de té. No puede ser Jason Cain. No *puede* ser.

—Quinn, soy yo.

La voz de Callum, tenue pero reconocible, se cuela por la puerta maciza. El alivio no logra aplacar del todo los nervios que me brincan bajo la piel, pero al menos el corazón deja de martillear a triple ritmo.

Sin soltar el té, descruzo las piernas y atravieso el salón para abrirle.

—¿Has mirado por la vidriera lateral antes de abrir? —pregunta Callum al entrar y cerrar la puerta tras de sí. Mientras formula la pregunta, gira el pestillo y luego echa el cerrojo.

—No lo he hecho —respondo despacio, con el *clack* del cerrojo aún resonándome en los oídos.

—¿Y si Jason hubiera venido conmigo?

Por fin logro apartar los ojos de la puerta y lo miro.

—Supongo que estaría en problemas, ¿no? Por eso estás aquí.

La boca de Callum se tensa en una línea severa.

—Exacto. Por eso estoy aquí.

—Lo viste, ¿verdad?

No necesito que asienta. La única forma de que la gente crea lo malo que es Jason es verlo con sus propios ojos.

—Anoche conduje hasta la ciudad. Pensé que podría librarte de esto. —La mandíbula se le tensa—. No salió así.

Niego con la cabeza. No, claro que no. Podría haberle avisado.

—¿Así que encontraste una laguna en el contrato y él te dijo que te la enrollaras al cuello y te ahorcaras?

—Más o menos.

Los preocupados ojos verdes de Callum se posan en mis manos. Tiemblan tanto que el agua caliente de la taza se derrama casi hasta el borde. También las observo, rogando que se calmen. Ni hablar. Si Callum está aquí, echando dos cerrojos y examinándome sobre protocolos de seguridad, la cosa está realmente mal.

Una gota ardiente resbala y me quema el pulgar, pero sigo sin moverme. De pronto, las manos más grandes de Callum aparecen en mi periferia. Se cierran sobre las mías y las inmovilizan.

—Voy a solucionarlo —dice en voz baja.

Mi mirada borrosa asciende por el impecable pecho de su camisa blanca, pasa por el nudo perfecto de la corbata azul oscuro, la columna de su cuello y la barbilla firme, hasta encontrar por fin sus ojos. Las motas doradas flotan en las pupilas verde claro, un color tan inusual —no idéntico al de Renee, que tiende más al avellana—. Me concentro en ellos casi con desesperación. No quiero pensar en cómo lo solucionaremos. Quiero dejar de pensar.

—Quizá debería grabar el tercer álbum —murmuro. Eso lo zanjaría, ¿no? Seguiría presionándome para las fiestas, pero no estaría obligada por contrato.

El ceño de Callum se frunce más. Sus manos siguen sujetando las mías.

—No quiero que te acerques a él, Quinn. Es peligroso. Él…

Callum se interrumpe, pero puedo rellenar los huecos. Ha amenazado con hacer algo horrible, a él o a mí o a los dos.

—Está contra las cuerdas —asiento, recordando lo que dijo Nancy. Flexiono un poco los dedos. El peso y el calor de sus manos sobre las mías me reconfortan, pero el contenido de la taza empieza a quemar a través de la porcelana y me escuece las palmas.

Callum suelta mis manos, me quita la taza y la deja en la mesa baja. Sus ojos se han afilado con mis palabras.

—¿A qué te refieres?

Había olvidado que no estaba durante la llamada. Me hundo en el sofá y se lo explico. Callum camina de un lado a otro, como siempre que intenta resolver algo.

—Joder —murmura, pasándose los dedos por el pelo. Lo tiene revuelto de una forma que nunca le había visto, en total contraste con su traje impecable y sus zapatos lustrosos. Siento una necesidad irracional de levantarme, interponerme y ponerle las manos encima. Me las meto bajo los muslos, por si mi cuerpo se subleva. Quizá más tarde podamos distraernos del circo que he montado, pero ahora no. No sobre la alfombra que lleva aquí desde que tengo memoria, y mucho menos en el sofá nuevo de Renee.

—Necesito tiempo para resolver esto —anuncia Callum, deteniéndose al final del sofá.

Me mira con tanta intensidad que por un segundo creo que me ha leído la mente. Luego continúa:

—Quiero una segunda opinión sobre tus opciones, pero tardará unos días.

El estómago se me retuerce. Unos días son una eternidad cuando Jason quiere algo de ti.

—Pero no puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no?

—No hay seguridad. —Callum se inclina y tira de una de las ventanas. Se desliza unos centímetros, aunque debería estar bloqueada. Se detiene al topar con los topes de seguridad. Ni un niño podría colarse, pero entiendo su argumento.

—Mi piso en la ciudad tiene alarma —digo despacio—. Supongo que podría…

Él niega.

—No. Ni de coña. Me da igual que tengas dóbermans y francotiradores en el tejado.

Resoplo una risa.

—Es un poco excesivo.

—Dijo que la única forma de romper este contrato es que estés muerta.

Busco en la cara de Callum alguna señal de que exagera. Que bromea. Algo que suavice la crudeza de sus palabras. Algo que detenga el miedo crudo que brota como una arteria seccionada, inundándome de adrenalina y cortisol.

—Sus palabras exactas fueron: *Dile a esa zorra que solo hay una forma de salir de este contrato. Y es en una bolsa para cadáveres* —repite Callum con brutalidad.

Se me entumecen las puntas de los dedos, como si toda la sangre se hubiera retirado al centro del cuerpo, igual que ocurre con una herida mortal. Así de hondo penetran las palabras de Callum. Mi mente corre como una rata en un laberinto buscando la salida; cada giro me lleva a otra elección imposible que desemboca en un callejón sin salida.

—¿Adónde voy? —murmuro. No se lo pregunto tanto a Callum como a mí misma, intentando calmarme con el sonido de mi voz. Pero, para mi sorpresa, Callum responde.

—Conmigo.

CAPÍTULO 8

CALLUM



Los hombros esbeltos de Quinn se estremecen. Sus ojos enormes, gris pizarra por la pura angustia, me taladran; sin embargo, su boca ancha y expresiva se curva, como si creyera que estoy bromeando.

—Sí, *claro*.

—Lo digo en serio.

Y lo estoy. No he llegado a esta conclusión ni a la ligera ni con facilidad. He repasado todas las opciones una por una hasta comprender que solo esta tiene sentido. Quinn necesita un piso franco, pero la policía no se lo va a dar. A lo sumo dictarán una orden de alejamiento, y no hace falta ser penalista para saber lo poco que sirve. A Jason Cain no lo frena un papel. Tampoco puede quedarse con Renee; sería lo primero que él comprobaría. ¿Regresar a la casa de su infancia? Cualquiera que la conozca lo adivinaría. Jason la localizaría en cuestión de horas.

Y, qué demonios, puede que deduzca que está conmigo después de la bronca del club, pero dar conmigo no le será tan fácil. Como cualquiera que trabaja con la clientela famosa que manejo, he pagado un buen dinero para borrar mi nombre y mi dirección de los registros públicos. Fui más allá: blindé todos mis datos. Incluso si descubre dónde vivo, tendrá que enfrentarse a la garita con vigilancia veinticuatro horas a la entrada de la urbanización, y pienso

pedirles que estén en máxima alerta. Si aun así lograra pasar… bueno, no tengo francotiradores en el tejado, pero sí un sistema de seguridad de cojones. Todo esto se lo explico a Quinn.

—Vale, tienes un sistema de seguridad, pero también tienes un *niño* —susurra Quinn, dejándose caer en el sofá cuando termino—. Callum, si de verdad crees que estoy en peligro, ¿no es una mala idea ponerme en la habitación de al lado de Noah?

Noah es lo más importante del mundo para mí. Y, lejos de ser un impedimento para acoger a Quinn, es justamente la razón por la que lo hago. Desde la muerte de Emma he tomado todas las precauciones imaginables para convertir la casa en una fortaleza. Fui mucho más allá de las típicas barreras para bebés y tapas de enchufes: instalé focos con detectores de movimiento en todo el perímetro, sensores de rotura de cristales en cada ventana, un sistema de seguridad de primera. Nadie volverá a arrebatarme a un ser querido como el destino me arrebató a mi esposa. Por eso mi casa es lo más parecido a Fort Knox.

Es el único lugar en el que confío para que Quinn esté a salvo.

—En realidad, estarás en la habitación del fondo del pasillo —digo. Permanezco de pie junto al sofá mientras noto la presión impaciente de todo lo que aún tengo que hacer hoy: enviar el contrato a Marshall, asegurarme de que el cuarto de invitados esté listo, pedir a los guardias de Waterford Village que patrullen más mi calle… Ah, y atender mi trabajo.

—Eh, espera —protesta Quinn, alarmada, cuando empiezo a dirigirme a la puerta.

—Estarás bien aquí una hora, ¿vale? —pregunto, girándome hacia ella—. Haré que mi padre venga a por ti y tus cosas.

—No tengo… quiero decir… —se mete los dedos abiertos en el pelo a la altura de las sienes y luego los saca—. Callum, no voy a *irme a vivir* contigo. Eso no… Tiene que haber otra opción.

—Genial. Avísame si se te ocurre.

Vuelvo a dirigirme a la puerta, pero ella me sujeta del brazo.

Su expresión, serena y grave, me obliga a girarme y a sostenerle la mirada. Ha enterrado el miedo y el pánico tan hondo que apenas puedo percibir cómo vibran bajo la porcelana pálida de su piel.

—No debería haber convertido esto en tu problema.

—Jason Cain lo convirtió en mi problema —la corrijo.

Niega con la cabeza.

—No, fui yo. Pero, Callum, ya has lidiado con suficiente mierda. No voy a añadir otra obligándote a que me adoptes indefinidamente.

Sus dedos siguen aferrados a la tela de mi caro traje. Pongo mi mano sobre la suya y la desenredo con suavidad.

—No eres una niña, Quinn. Nadie va a adoptarte. Pero eres familia, y yo cuido de mi familia.

Sus ojos, inquietos a pesar de su intento de parecer tranquila, se encuentran con los míos. Creo que va a discutir, pero en lugar de eso murmura muy quedo:

—Gracias.

—De nada.

Entonces me doy cuenta de que todavía le sujeto la mano. Dedos largos, yemas endurecidas por los callos. Uñas pintadas de un rojo oscuro que combina con su pelo. He visto a Quinn pasar de niña mona a chica preciosa, pero casi siempre la observé con desapego, con la misma curiosidad con la que veo asomar cada primavera las perennes. Percibí cómo su imagen evolucionaba de atrevida a sexy a medida que Jason Cain ejercía más control sobre ella, aunque apenas presté atención. Para mí siempre ha sido la cría que se sentaba a la mesa del desayuno casi todas las mañanas antes de ir

al colegio, la preadolescente que espiaba a Emma y a mí, la adolescente que intentaba que le comprara cerveza.

Ahora, sin embargo, percibo algo distinto: Quinn ha crecido.

Y ya no puedo ignorar su belleza.

Algo se desplaza incómodo en mi pecho. El aire se vuelve denso, cargado. Me doy cuenta de que estoy mirando sus labios y no sus ojos. Están pintados del mismo color que sus uñas. Llenos, burdeos, exuberantes.

—Tengo que irme.

Me aparto bruscamente, dejando caer su mano como si fuese una sartén al rojo vivo sostenida sin guantes. Ya estoy tirando de la puerta principal antes de que pueda reaccionar.

—Échale el cerrojo cuando salga —ordeno, y me subo al coche antes de cometer alguna estupidez.

Me fustigo todo el camino de vuelta a la oficina. ¿Cómo demonios se me ha podido pasar por la cabeza besar a Quinn? Somos adultos, y pese a lo que he dicho, en realidad no somos familia. Si nos hubiéramos topado en la ciudad o en algún evento del sector, ¿por qué no? Pero ahora no, ahora que ha huido con poco más que la ropa puesta, buscando ayuda.

Durante la primera mitad del trayecto me cuezo en mi propio asco; en la segunda, me obligo a reaccionar. Llamo a mi padre y le explico la situación.

—Menos mal que no estaba jugando los últimos nueve hoyos —dice encantado, y oigo cómo coge las llaves.

—Tú no juegas al golf.

—Lo sé, pero sigo pensando que podría empezar.

Yo también sigo pensando que quizá lo haga algún día. Quiero que él y mi madre disfruten de la jubilación, que hagan todas esas cosas

que dejaron en segundo plano para criarnos. Pero en vez de eso, se limitan a pasar el rato en su piso. Esta vez, sin embargo, me alegro. Mi madre tiene una pistolita de bolsillo que cabe en el bolso, pero, incluso armada, no querría que fuera ella sola a por Quinn.

En cuanto cuelgo con mi padre, llamo a Marshall Harding y le pido una segunda opinión sobre el contrato.

—Sabes que nunca me importa ayudarte, hijo. Ojalá lo pidieras más.

—Ya me has ayudado bastante a lo largo de los años.

Resopla, pero no pierde tiempo en contradecirme. Hemos tenido esta conversación antes y él es un hombre ocupado.

Mi siguiente llamada es a la patrulla de seguridad de Waterford Village. No les doy demasiados detalles, pero les pido que vigilen más mi casa y que me avisen si alguien se planta en la garita pronunciando mi nombre. No menciono a Quinn. Su nombre no es conocido por todo el mundo, pero sí lo suficiente para convertirse en un posible problema.

La última llamada es a Renee, aprovechando que acaba de terminar el colegio. Quiero pedirle que recoja a Noah y lo lleve a gimnasia, pero no me sorprende que la conversación vire a Quinn.

—He oído que vas a secuestrar a mi mejor amiga.

—Has oído bien. Puedes venirte a casa también si quieres —y ojalá lo hiciera—. No pondría la mano en el fuego porque Jason no se meta con la mejor amiga de Quinn, sobre todo si descubre que es la hermana de su abogado.

—Naaaah —alarga la palabra y noto que no está del todo convencida —. Al menos no por ahora —añade—. Acabo de mudarme. Además, ya sabes lo que opino de Waterford Village.

Lo dejo pasar. Nunca entenderé la devoción de Renee por nuestro viejo barrio ni su tirria a Waterford Village. Ya no estamos en el instituto: los barrios no son equipos rivales.

—La invitación sigue en pie.

—Lo aprecio, hermanito —hace una pausa—. Es bastante…, eh, heroico por tu parte: llevarte a Quinn a tu castillo fortificado.

—Para nada —respondo, seco. No me gusta cómo su voz baja y después sube al final, como si lanzara una pregunta. Por norma, no hablamos de nuestras vidas personales. Renee y yo nos llevamos diez años, así que nunca hemos sido esos hermanos que se leen la mente. Yo viví su infancia como un estorbo para mi libertad de preadolescente; ella padeció mi papel de figura paterna cuando era adolescente. Jamás fui el hermano mayor enrollado que presta el coche y hace la vista gorda al olor a porro en su cuarto.

Ahora, sin embargo, vamos acercándonos poco a poco. La muerte de Emma ha sido decisiva. Renee ha estado ahí para Noah de un modo que no esperaba y me ha obligado a verla con otros ojos. Somos más cercanos, sí, pero no confidentes. Ni loco admitiría que hoy he pensado en besar a su mejor amiga.

Y, desde luego, no voy a admitir que no sé cómo voy a mantener las distancias cuando estemos bajo el mismo techo.

¿Heroico? Ni de coña.

Solo intento no convertirme en el villano.

CAPÍTULO 9

QUINN



Me acomodan en la habitación de invitados de la mansión de tres plantas de Callum antes siquiera de que Renee termine su turno. El señor y la señora Evans llegan al volante de un Cadillac Escalade que parece recién salido del concesionario; todavía desprende ese inconfundible olor a coche nuevo que se adhiere al cuero como una segunda piel. Y me da tiempo de sobra a empaparme de él, porque, justo cuando estamos a punto de partir, nada menos que tres vecinos se abalanzan sobre los Evans.

Me acurruco en el asiento trasero mientras ellos se apean y organizan una improvisada tertulia con los viejos conocidos del barrio. Reconozco a la mayoría y todos me caen bien, pero agradezco que los cristales tintados me mantengan a salvo. Si me vieran, empezarían con el interrogatorio de rigor sobre mi carrera. ¿Qué hago ahora? ¿Cuándo sale el próximo álbum? «Los críticos no saben una mierda, tu segundo disco fue *increíble*». Un aluvión de afecto, medias verdades y preguntas que, en este momento, podría asfixiarme.

Veinte minutos después —y tras prometer que volverán en unas semanas para la barbacoa vecinal— la señora Evans no deja de disculparse en cuanto retomamos el asiento en el coche.

—Señora E, no se disculpe, por favor —levanto las manos; me resulta rarísimo que se excusen—. Solo estoy agradecida de que

hayáis podido venir a por mí. No sé en qué estaba pensando cuando decidí no traer mi coche.

—Encantados de hacerlo —dice el señor Evans mientras mete la marcha atrás. Me fijo en que aún gira el cuello para mirar por encima del hombro, en lugar de fiarse de la cámara—. Y, chiquilla, si tú y Callum oís siquiera el crujido de una ramita ahí fuera, llámame. En dos segundos me planto con la Glock.

Desde que tengo memoria nos llama a mí, a Renee y al resto las *nenas*. Ahora, el apelativo me arranca una sonrisa y me ofrece algo en lo que pensar, lejos de la imagen del señor Evans —que en breve cumplirá sesenta y ocho— plantándole cara a Jason Cain con su Glock. Si me recreo en esa escena, acabaré perdiendo la cabeza.

Salimos del laberinto que es Belmont Springs y enlazamos con la carretera que cruza la arteria principal del pueblo. Tal y como recordaba, la calzada se ensancha en cuanto la cruzamos. Los árboles no son tan majestuosos, pero están podados al milímetro, y los setos recortados en esferas perfectas hacen guardia en los perímetros de los jardines a intervalos exactos.

La señora Evans actúa como si todo esto fuese lo más normal del mundo. Me 'vende' la casa de Callum como si fuera su agente inmobiliaria y yo, una compradora exigente. Pasa revista a las luces empotradas del salón, al rociador tipo lluvia de la ducha de invitados, al horno de gama alta de la cocina que, jura, no quema un pavo de Acción de Gracias ni aunque *quieras*. Cuando aparcamos en una de las plazas del garaje cambia de registro y adopta el tono de una madre que deja a su hija en la universidad: algo que mis propios padres nunca pudieron hacer. Sin embargo, yo estuve con Renee el día que la dejaron, así que la escena me resulta extrañamente familiar.

El único problema es que esto no es una residencia universitaria. No hay una cama deshecha que vestir ni compañera de cuarto con la que intercambiar clichés. Solo llevo una mochila de ropa, así que ni siquiera puede ayudarme a deshacerla. Al final, se queda sentada,

desolada, en el borde de la cama, las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Cariño, de verdad no sé qué hacer para que esto te resulte más llevadero —admite al fin.

Me dejo caer a su lado y me acurruco contra su cuerpo cálido.

—No tiene que hacer nada, señora Evans; su familia ya está haciendo bastante por mí.

—Es que no entiendo cómo alguien puede ser tan horrible. Y por *dinero*. —Lo dice como si fuera la cosa más absurda del mundo. Como si Jason Cain viniera a por mí porque me he comido el último donut glaseado de fresa o algo igual de trivial. Ni ella ni el señor Evans han compartido jamás la opinión de Callum de que el dinero es el cimiento de todo lo importante en la vida.

—Ojalá más gente pensara como usted —murmuro, con la cabeza aún en su hombro—. En Los Ángeles todo el mundo cree que el dinero es lo único que cuenta. Todos los caminos llevan a él. Nadie quiere hacer música por crear algo bello. Quieren mercantilizarla.

—Tonterías. —Apoya su cabeza sobre la mía; guardamos silencio un instante y luego añade— Cariño, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro —respondo, sorprendida—. Lo que sea.

—¿Puedes estar pendiente de Callum mientras estés aquí? Estoy preocupada por él.

—Oh… eh… hmm. —Me incorporo y aparto el pelo de los hombros. He dicho lo que sea, pero pensaba que me pediría revisar las cerraduras cada noche o algo por el estilo—. ¿En qué sentido?

—No quiero que le espíes —capta mi preocupación al instante—. Solo quiero decir… él no es, exactamente, de esos horribles que solo piensan en el dinero, pero *sí* está tan centrado en él… Me pregunto si sería más feliz si pensara en otras cosas. Quizá puedas recordarle cuáles.

Permanezco inmóvil, conteniendo una sonrisa que amenaza con convertirse en carcajada. Sé que la señora Evans no *quiere decir* que me acueste con su hijo; probablemente pretende que lo anime a volver a cacharrear con coches con su padre, a salir a correr, a tocar el piano o a cualquiera de los hobbies que abandonó cuando decidió centrarse en amasar riqueza.

—Lo intentaré —respondo, la voz temblorosa por la risa que se me expande en el pecho.

—Gracias, cariño. —Me aprieta la mano—. Ojalá fuera en otras circunstancias, pero es tan bonito tenerte en casa… Quizá podamos convencer a tus padres para que vuelvan también.

Sonrío sin comprometerme. Mis padres salieron disparados del pueblo como canicas, rodando en direcciones opuestas y atascándose en los lugares más insospechados. Ambos están redescubriéndose: mi padre con una mujer mucho mayor, mi madre en una comuna. Los sigo adorando, pero a veces no creo que sean las mismas personas que me criaron. No quiero aguarle las ilusiones a la señora Evans. Se la ve tan contenta con la idea.

Poco después los acompaño hasta la puerta del garaje y me despido. Les gustaría quedarse más, pero ya no queda nada por hacer. Y yo necesito estar sola un rato. No se me da bien aclimatarme a los lugares nuevos, y será aún más difícil cuando llegue Callum.

Por pura curiosidad recorro la casa hasta dar con lo que debe de ser el despacho de Callum, orientado al jardín trasero. Sobre el escritorio —el único objeto personal que he visto hasta ahora— hay una fotografía que tomo con cuidado. Me topo de frente con Emma Harding Evans: hermosa, rubia y para siempre treinta y uno; para siempre *amada esposa y madre* con fecha de caducidad. El corazón me duele al verla tan feliz. Ella y Callum eran, de verdad, la pareja perfecta. Cualquiera que los hubiera visto posar para esa foto, sosteniendo a un Noah de un año entre los dos, habría supuesto que estaban destinados a una vida de dicha y éxito.

Dejo la fotografía y avanzo hasta la siguiente estancia: una biblioteca con estanterías que tocan el techo y una chimenea. Sobre la repisa descansa un cuadro enmarcado que, al acercarme, descubro que en realidad es una tele plana. Echo un vistazo y distingo dos butacones mullidos; en uno hay una figurita de Bluey hundida entre el cojín y el respaldo. Así que aquí es donde Callum y Noah pasan el rato.

De pronto escucho cómo se cierra una puerta en la casa y, unos segundos más tarde, una voz:

—¿Quinn?

Es Callum y, por el sonido, está en la sala contigua a la cocina, la de los sofás incómodos. Deshago el camino, atravieso su despacho y me lo encuentro en el umbral.

—Hola —murmuro, culpable—. Solo estaba explorando.

Sonríe, un reflejo educado y automático. Sus ojos pasan por encima de mí hasta el marco de la foto, y la comisura de su boca se tuerce hacia abajo.

—Ponte cómoda. —Pasa a mi lado y recoloca el marco. No lo había dejado exactamente paralelo al borde del escritorio, y él se ha dado cuenta.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—No debería…

—Quinn, está bien. —Callum suena cansado—. Lo digo en serio. Siéntete como en casa. Nada está fuera de límites, aunque esta habitación no tiene mucho interés.

—Pero la biblioteca sí. —Asiento con la cabeza hacia ella—. He descubierto tu tele secreta.

Se permite una pequeña sonrisa; sospecho que Callum se permite muchas cosas solo a cuentagotas.

—El noventa y cinco por ciento del tiempo está en Nickelodeon.

—¿Y el otro cinco? —regreso al cuarto, atraída hacia él por una fuerza inexplicable. No es simple charla; de verdad quiero saber qué puede capturar la atención de un hombre como Callum Evans—. No, espera, déjame adivinar: el canal National Geographic.

Callum me mira de reojo.

—No.

—¿Deportes?

Se encoge de hombros.

—A veces.

Me llevo un dedo a los labios mientras lo analizo.

—True Crime.

—Jamás. —Parece mayor cuando lo dice.

Me abofetearía a mí misma. Claro que Callum no ve tragedias para relajarse; ya ha vivido una.

—Bachelor in Paradise —aventuro, solo para hacerle reír.

Funciona: su rostro se ilumina y rejuvenece.

—Ni de coña.

Me muerdo la mejilla mientras valoro decir *porno*. Sé que le haría reír, pero también le haría pensar en sexo. Y si los dos tenemos eso en la cabeza, ¿a dónde nos llevaría?

—Me rindo —digo, acobardándome—. ¿Qué ve Callum Reginald Evans en su tiempo libre?

Se estremece al oír su segundo nombre, que guarda como un secreto bien protegido.

—Te lo diré, pero no quiero oír ni una burla —advierte.

Simulo deslizar una cremallera sobre mis labios. Se ha girado, así que ahora quedamos cara a cara, a apenas un par de pasos. De alguna manera, siempre terminamos así. Y, como antes, el aire cambia. Se carga. Él sigue el recorrido de mis dedos cuando rozan mis labios.

Entonces sus ojos ascienden a los míos y sé, sin ninguna duda, que un día me besará.

Me quedo mirándolo, incapaz de apartar la vista.

CAPÍTULO 10

CALLUM



—Series de abogados —digo.

El sonido de mi propia voz rompe la quietud de la habitación como un latigazo. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí plantados, mirándonos?

Quinn parpadea, aunque su mirada sigue empañada. —¿Qué?

—Has preguntado qué veo. Series de abogados.

—¿Como *Judge Judy*?

Resoplo y el mundo vuelve a enfocarse. La gravedad, que un instante antes me arrastraba hacia ella, se recoloca. Doy un paso atrás. —No, como *Law & Order*.

Una sonrisilla le baila en las comisuras, obligada a quedarse ahí. —Callum, ¿me estás diciendo que, después de pasarte el día ejerciendo de abogado, te relajas viendo *abogados*?

—¿Y me dices que tú no escuchas música para relajarte, aun cuando vives de ella? —replico.

Ella ladea la cabeza y la cascada de cabello rojo se desliza por un hombro. —Supongo que es un buen punto —admite, y la sonrisa retenida por fin se libera—. ¿Alguien te ha dicho que serías un buen abogado?

Ahí está otra vez. La electricidad en el aire. Ese silencio cargado. La casi irresistible necesidad de acortar la distancia, hundir las manos en ese fuego rojo y dejar que me queme.

Pero sería una idea pésima.

Carraspeo. —No soy el tipo de abogado que pasa el día litigando; la mayor parte del tiempo negocio contratos —aclaro. Me oigo lo estirado que sueno antes incluso de ver cómo le cambia la expresión a Quinn. En un segundo vuelvo a ser el hermano mayor de Renee, responsable hasta lo irritante: el que jamás les compraba cerveza y le dijo a mamá que el olor alrededor de la casa del árbol no venía de un zorrillo.

Ella se gira y se adentra de nuevo en la biblioteca. Veo cómo sus ojos repasan los lomos de los libros. —Lees mucho a John Grisham y a Michael Connelly —observa, con la risa palpitando de nuevo en su voz.

—También tengo una primera edición de *Matar a un ruiseñor* —señalo, inclinando la cabeza hacia una vitrina estrecha que protege los pocos libros valiosos que poseo.

La risa de Quinn estalla, tan plena y desinhibida como la recordaba. La luz vuelve a sus ojos cuando me mira. —Callum, ¿hay alguna parte de tu vida que no gire en torno a la ley?

No hay mucho, pero al ver su rostro abierto, los destellos dorados en sus ojos, me digo que tal vez debería haberlo.

—¡Entrega especial!

Escucho los pasos de Noah retumbar sobre el suelo de madera. —¡Estoy en casa, papá! —grita sin necesidad. La clase de gimnasia implica que estará acelerado las próximas tres horas y luego dormirá como un tronco. —Papá, ¿dónde—?

Su carita asoma por la puerta de mi despacho. Los ojos le brillan, la piel aún rosada por el esfuerzo. El pelo rubio platino, húmedo. Hoy

se ha empleado a fondo: quizá solo tengamos dos horas antes de que se desmorone. Cuando me ve en la sala interior, atraviesa la oficina a la carrera. Lo atrapo un par de pasos más allá de las puertas dobles de la biblioteca y lo alzo en brazos. Está caliente y cada día pesa más. No puedo creer que ya tenga seis años.

—¡Papá, yo… oh! —exclama al ver a Quinn por encima de mi hombro—. ¡Tía Quinn, puedo hacer el pino!

—¡Enséñame!

Noah se escurre de mis brazos y está a punto de demostrárselo ahí mismo —y de atravesar inevitablemente la vitrina con el pie—, pero Quinn se adelanta: —¡Mejor fuera! En la hierba.

Sentados en el murete de piedra que rodea el patio, vemos a Noah dar volteretas por el jardín durante casi una hora. El crío es un *showman*, y sé que tengo que reservar más momentos así para él. Emma lo haría. Cuando por fin se cansa y se marea demasiado para continuar, ya es hora de cenar.

—Yo cocino —anuncio, sin darle a Renee oportunidad de decir que se va a casa. La necesito aquí ahora mismo. Necesito algo que mantenga a raya el silencio y la tensión entre Quinn y yo.

Ella y Quinn ayudan a Noah con los deberes en el salón mientras yo echo unos filetes a la parrilla y preparo una ensalada. Es tan fácil que aburre. Cuando dispongo de tiempo —casi nunca— me gusta cocinar de verdad. Aun así, Renee niega con la cabeza impresionada, como si hubiera entrado por casualidad en un restaurante con estrella Michelin.

—Mejor que el *McDonald's*, ¿no? —la pincho.

Pone los ojos en blanco y no contesta.

Demasiado pronto terminamos de cenar. Los platos quedan fregados y Noah convence a cada uno de nosotros para que le leamos un cuento. Luego cierro la puerta de su habitación y bajo las escaleras;

encuentro a Renee y a Quinn en el gran vestíbulo. Renee ya lleva el bolso al hombro.

—¿Una copa de despedida? —ofrezco, medio en broma medio en serio. Normalmente no bebo entre semana, pero no estoy preparado para que mi hermana se vaya. Más exactamente, no estoy preparado para quedarme a solas con su mejor amiga. La mujer a la que se supone que debo ayudar y en la que no puedo dejar de pensar.

—Oh, copa habrá —dice Renee—, pero cuando esté repanchingada en mi sofá, viendo *Bachelor in Paradise*.

No puedo evitar torcer el labio. Ella se ríe y abraza a Quinn con fuerza. —Vuelvo mañana.

El alivio se infla en mi pecho. Con Renee cerca no pasará nada. —Yo cocino.

—Yo como —replica Renee. Me mira—. Joanne y Mia saben que está en la ciudad.

Vacilo. Cuanta menos gente sepa dónde está Quinn, mejor; pero veo cómo se le iluminan los ojos al oír sus nombres. —Tráelas —digo, tragándome las reservas.

Renee parece sorprendida. —¿Seguro?

No lo estoy. Es un riesgo innecesario, y *nunca* asumo riesgos innecesarios. Abro la boca para decirle que me lo he pensado mejor, que no es sensato. Entonces cometo el error de mirar a Quinn otra vez. No soy capaz de apagar la luz de sus ojos. Tendrá que esconderse aquí todo el día; al menos podrá ver a sus amigas por la tarde. —Vale —concedo. El sí suena áspero y antinatural en mi boca.

Lo que sea con tal de no quedarme a solas con ella.

Después de que Renee se va, eso es exactamente lo que somos Quinn y yo: dos personas completamente solas en el vestíbulo. El silencio resuena a nuestro alrededor. Renee se ha llevado toda la comodidad fácil con ella. Miro el reloj: solo son las ocho y media, no puedo alegar que vaya a acostarme. Estoy a punto de decir que tengo que trabajar, pero Quinn se adelanta.

—¿Habías mencionado una copa? —sus grandes ojos grises vuelven a mi rostro. Siento que puede verme por dentro.

—Claro. No hay nada más que decir; al fin y al cabo, la idea fue mía. Resulta irónico que mi plan de retener a mi hermana para no pasarme con Quinn se me vuelva en contra. Guío el camino hasta la cocina y abro la nevera. Una botella de vino blanco tintinea en la balda, pero no la cojo; nunca he visto a Quinn beber vino.

—Vaya —dice, situándose a mi lado—. ¿Te has vuelto abstemio, Callum?

—Ni de coña. —Aparto la garrafa de zumo de manzana y encuentro la cerveza escondida detrás.

—Así me gusta. —Quinn se estira por delante de mí y engancha dos por el cuello. Siento el roce de su pelo suave en mi brazo—. ¿Dónde guardas el abrebotellas?

Paso junto a ella para sacarlo del cajón. Parece que estemos bailando una danza extrañamente íntima, orbitando el uno alrededor del otro a pesar de que la cocina es de sobra espaciosa. Destapo la primera botella y se la entrego; luego la mía. Chocamos los bordes y los llevamos a los labios. Nuestras miradas se enganchan y me doy cuenta de que ella no se ha alejado después de coger la cerveza.

Otra vez es mi cuerpo el que reacciona antes de que el cerebro me recuerde que se trata de Quinn Collins. De pequeños fue prácticamente mi hermana y, aunque no lo hubiera sido, está metida en un lío. Se supone que debo protegerla, no fantasear con lo bien

que se sentiría deslizar mi mano por su nuca para acercarla; con lo dulce que sabrían sus labios, a cerezas y Sam Adams.

—Parece que tienes algo en la cabeza —observa, con un destello en sus ojos grises.

Carraspeo y doy otro trago. «Pienso en tu situación.»

Quinn echa un vistazo a su alrededor y vuelve a mí. —Ha mejorado drásticamente en las últimas cuarenta y ocho horas.

—No te sentirás así mucho tiempo —la advierto—. Si esto dura más de un par de días, vas a escalar las paredes.

—Me conoces demasiado bien.

Asiento. Es cierto. La conozco demasiado bien para tener estos pensamientos sobre ella. Y dejando todo lo demás aparte, Quinn no es la clase de mujer con la que debería comprometerme. Dentro de un par de años encontraría a alguien que encajara con Noah. Alguien a quien no le molestara mi horario ni los eventos de mierda a los que tendríamos que acudir. Alguien cuya vida fuera lo bastante maleable para adaptarse a las exigencias de la mía.

Renee pensaba que eso era una mierda. No quería acabar con un robot de cuñada. O peor, una esposa Stepford. Joder, a mí tampoco me entusiasmaba, pero era lo que necesitaba. Quinn se lleva bien con Noah, pero por lo demás… ni de coña. Su carrera es tan exigente como la mía. Se reiría en mi cara si le pido que organice una cena para los ejecutivos. Y nunca se ha molestado en fingir simpatía cuando no le ha nacido.

—Nunca sé en qué estás pensando —dice Quinn, interrumpiendo mis divagaciones. Ladea la cabeza y examina mi rostro.

Resoplo solo de pensar en contarle lo que me rondaba hace un momento.

También sonríe, esperando que la deje participar en la broma.

—Ehm —murmuro, pellizcándome el puente de la nariz al darme cuenta de mi error—. Nada. Solo movidas del curro.

—¿Ah, sí? ¿Movidas del curro súper divertidas? —da un paso adelante.

—Sí. Descojonantes. —Llevo la botella a los labios y la vacío. Las cejas de Quinn se alzan y me ofrece la suya.

Mi autocontrol se deshilacha un poco más. —Escucha, Quinn. —Dejo ambas botellas sobre la encimera y vuelvo a mirarla—. Voy a ser sincero contigo.

—Por favor.

Tengo medio segundo para arrepentirme. No lo hago. No puedo. Me lanzo: —Si sigues acercándote tanto, voy a querer que estés aún más cerca, ¿vale?

De nuevo arquea las cejas, pero no creo que se sorprenda. No de verdad. Una pequeña sonrisa ladea sus labios. —¿Cuán cerca, Callum? —da un pequeño paso. Sus brazos cruzados rozan los míos.

Exhalo despacio por la nariz. —Esto no es buena idea. Estás…

—¿Estoy qué?

—Estás lidiando con mierda. No quiero añadir más.

Pero sí quería. Joder si quería.

Y ella lo sabe.

CAPÍTULO 11

QUINN



Nunca he visto nada tan noble como Callum Evans. Duro como una roca, lucha tan ferozmente por no tocarme que los tendones se le tensan en el cuello y los nudillos se le afilan bajo la piel. Me entran ganas de rodearlo con los brazos, abrazarlo y asegurarle que jamás podría empeorar nada; que es demasiado bueno, honrado y recto para este mundo.

Pero ahí está el problema. Callum ha escuchado mi penosa historia y ha decidido que soy una víctima, y jamás, jamás se aprovecharía de mí. Si lo quiero, *yo* tendré que aprovecharme de *él*. Alargo la mano y delineo con la yema de los dedos la línea afilada de su mandíbula tensa. —¿Y si te dijera que besarte me haría sentir mejor? —susurro, rozando su piel—. —Me harías un favor, Callum—.

Él vuelve a resoplar, pero el hambre en sus ojos lo traiciona. —¿Ah, sí? Quizá monte una ONG para cantantes guapas que solo necesitan amor—.

Mis labios se curvan, complacidos por un halago que sé que se le ha escapado sin querer. —¿Te parezco guapa?—

Rueda los ojos verdes hacia el techo. «Eres guapa, Quinn. Es un puto hecho, como decir que tienes el pelo rojo».

—¿Te gusta mi pelo?— murmuro, deslizando la mano de su mandíbula a sus hombros, tan tensos que parecen de hierro.

Callum me lanza una mirada asesina que deja claro que no he entendido su punto. —Está bien—.

—Puedes tocarlo—.

A pesar de sí mismo, su cuerpo rígido cede. Levanta la mano y recoge un mechón detrás de mi oreja. Luego la mantiene ahí, con la yema del pulgar apoyada en mi pómulo. Sus ojos siguen blindados de resistencia, pero ahora se deslizan hacia mis labios y siento cómo su resolución se resquebraja.

Antes de que refuerce sus defensas, deslizo las manos hasta su pecho, doy el último medio paso que me pega a él y poso mis labios suavemente sobre los suyos. No se rompe, pero tampoco lo espero. Aún no. Callum está hecho de otra pasta. Cierro las pestañas y me limito a disfrutar de lo cerca que estoy de él. Tan segura. Nunca he estado tan pegada a un hombre sin sentir el pistoletazo de salida invisible que nos obliga a esprintar. Incluso cuando compartimos destino, todo suele ir deprisa. *Esto* se siente lujosamente pausado, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Entonces su boca empieza a moverse sobre la mía y un deseo oscuro se arremolina en mi vientre. Entorno los labios; lo invito a entrar.

Callum gime y no puedo evitar sonreír. —¿Sigue pareciéndote una mala idea? —susurro mientras rozo mi boca contra su oído—.

—Se siente jodidamente increíble—. Sus manos se cierran en mi cintura y no sé si pretende apartarme o acercarme más. —Y lo sabes—.

—Lo sé— asiento, alzando la vista. —¿Pero?—

—Pero se supone que debo protegerte, no…— se corta.

—¿No *debajo de ti*?— termino por él.

Sus ojos se oscurecen hasta un verde esmeralda profundo. —Exacto—.

—No me infantilices ni me conviertas en víctima, Callum. Pasé por una mala experiencia. Nada más—.

Aprieta aún más el agarre alrededor de mi cintura. —No te veo ni como niña ni como víctima—.

Mis labios están a centímetros de los suyos. —Entonces vuélveme a besar—.

Su boca cae sobre la mía, al principio con una suavidad casi reverente. Enrollo los brazos alrededor de su cuello y lo atraigo. Nuestros cuerpos encajan, los planos duros de su pecho contra las curvas blandas del mío. Abro los labios, lo llamo. Y cuando vacila, me pego más. Noto su erección contra mi cadera, la tensión con la que intenta contenerse.

Y entonces, por fin, la ruptura.

Sus brazos fuertes me aprietan aún más. Una mano se enreda en mi pelo y, de repente, me besa de verdad.

Oblivión deliciosa. Solo el tacto de su boca dura en la mía, su mano en mi pelo, su brazo firmemente alrededor de mi cintura. Lo beso con avidez, los ojos entornados. Durante unos minutos la vida no es más que sensación. Sensación fantástica, erótica, la misma que siento cada vez que piso un escenario ante una multitud que vitorea.

Se aparta un segundo, consciente de que avanzamos demasiado deprisa. —Quinn…—

Pero le mordisqueo la mandíbula, subo hasta su oído y lo que fuera a decir se convierte en un gemido.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, entrelazados, los cuerpos fundidos, las lenguas enredadas. Podría ser para siempre; abriríamos los ojos y descubriríamos que Jason Cain ha envejecido y muerto mientras nos besábamos. Problema resuelto. Sin embargo, cuando Callum rompe el beso y se aparta, me parece demasiado pronto. Parpadeo, desorientada por lo intensa que parece ahora la luz de la

cocina. Siento los labios deliciosamente hinchados y los toco con un dedo.

«Joder», murmura Callum. Se ha retirado unos pasos, pero me mira como si aún quisiera devorarme. Mis labios se curvan contra la yema de mi índice.

—¿Eso es un…?—

Niega con fuerza, cortándome. —No, Quinn. Estoy colgando de un hilo—.

Lo sé, y quiero que ese hilo se rompa. Pero el filo de su voz me advierte que no presione ahora. Callum lucha. Quiere tocarme. Quiere seguir siendo el tipo bueno y honorable que ha sido toda su vida. *Yo* quiero que consiga conciliar ambas cosas, pero no puede. Lo veo en sus ojos: la fractura, el «qué coño acabo de hacer».

—Vale —susurro, dando un paso atrás para que sepa que no voy a presionar. Alzo las manos, palmas al frente, intentando ocultar mi sonrisa.

—No tiene puta gracia —suelta—. Está claro que he fallado.

—No es gracioso— coincido. —Es tan estúpido. Tú quieres besarme. Yo quiero que me beses. ¿Por qué estamos en extremos opuestos de la cocina?—

Niega con la cabeza, perplejo y algo enfadado. —No estás en el estado mental adecuado— dice, molesto porque no lo pillo.

Abro mucho los ojos. Por primera vez, la irritación se cuela entre la neblina de lujuria. —Perdona, Callum, pero creo que *yo* decido cuándo estoy en el estado mental adecuado para acostarme con alguien—.

—Has pasado por mucho—.

—Sí, *mucho*. Y quería olvidarlo un par de horas con el único hombre en el mundo en quien confío al cien por cien—. Me planto con las

manos en la cadera. La rabia desplaza el deseo que sentía hace un instante, pero llega salpicada de decepción. ¿Por qué estropea algo tan bueno? ¿Me habré imaginado lo increíble que ha sido ese beso?

Ahora los ojos verdes de Callum también se entrecierran. Intuyo que, viéndonos desde fuera, parecemos imágenes en espejo. —Si quieres olvidar durante unas horas, bébete otra maldita cerveza— dispara. —Pero si solo es eso, busca a otro con quien follar—.

—No estoy— empiezo, pero las tablas del suelo crujen arriba y ambos alzamos la vista. Lo que fuera a negar se esfuma cuando escuchamos la vocecita de Noah: —¿Papi? Tengo sed—.

Un carrusel de emociones desfila por la cara de Callum: ternura, arrepentimiento, frustración, amor… y otras que no logro identificar. —Ahora subo, campeón—.

Los pasos se alejan. Oímos el chirrido de su puerta al abrirse de nuevo; un sonido que antes no habíamos percibido porque discutíamos en susurros que, al parecer, no eran tan silenciosos.

—Callum—, susurro ahora. Quiero disculparme, pero no sé por qué.

Él alza la mano. Da igual lo que invente: no quiere oírlo. —Ciñámonos al plan. Estás aquí por tu seguridad. Ponte cómoda. Pero tú y yo… —se interrumpe y sacude la cabeza— No puede ser—.

—Si ese beso significa algo… —paro al ver su expresión.

Parte deseo, parte ira, parte frustración pintan su gesto. Endereza los hombros y camina hasta el armario para coger un vaso, tratando de recomponerse. De espaldas a mí, dice: —Da igual lo mucho que me guste besarte. Da igual que casi me importara un carajo que, de haber seguido, mi hijo pudiera haber visto algo para lo que es demasiado pequeño—.

—Entonces, ¿qué *sí* importa? —pregunto, observándolo.

Creo que no contestará. Lleva el vaso al frigorífico y lo llena con agua helada. Justo cuando voy a rendirme e irme a mi cuarto a

lamerme las heridas, habla.

—*Tú* importas, Quinn. Importas más de lo que quiero admitir—. Callum se gira, los ojos verde claro y directos. —Para ti serían solo un par de horas, una forma de olvidar. Yo no podría olvidar. ¿Lo entiendes?—

Se me abre la boca de la sorpresa y asiento: lo entiendo.

Simplemente no puedo creerlo.

CAPÍTULO 12

CALLUM



Jason Cain llama al día siguiente; su voz, suave como la seda, se desliza por la línea. —Creo que tienes algo mío, abogado—.

Cada fibra de mi cuerpo se tensa, preparada para una pelea que está a kilómetros de distancia y que jamás podré librar. —Lo dudo —contesto, procurando sonar tan frío e imperturbable como él—. —No compartimos gustos—.

Él ríe, divertido. —En la mayoría de las cosas estoy de acuerdo, pero cuando se trata de Quinn Collins, creo que tenemos *exactamente* el mismo gusto—. Hace una pausa y lo oigo exhalar. Ese hombre fuma como un carretero; es casi imposible encontrar una foto suya sin un cigarrillo o un vapeador en la mano. ¿Dónde está el cáncer de pulmón cuando se le necesita? Cuando vuelve a hablar ya no suena divertido. —Necesito a mi estrella de vuelta, abogado—.

Detesto la forma en que habla de ella como si fuera de su propiedad, pero hoy suena distinto. El veneno de aquella noche en el club parece haberse disipado. Quiere que regrese, no que muera. Eso, al menos, es una mejora.

—Quieres decir que necesitas dinero porque estás hasta el cuello de deudas con la gente equivocada —lo corrijo con crudeza—.

Se hace un silencio largo y pesado. Puedo imaginarlo preguntándose cómo lo sé, quién ha hablado, quién más lo sabe.

—Todo el mundo lo sabe —respondo a su pregunta no dicha—. No tengo ni idea de si es verdad, pero si Quinn acierta y alguna estrella del pop lo va largando delante de su manicurista, no tardará en saberse. —Escucha, Jason —añado, esperando que esté lo bastante descolocado para ser razonable—. —Tiene que haber una forma de que todos salgamos ganando. Tú necesitas dinero; Quinn, salir de su contrato—.

—¿Y cuál sería esa solución *win-win*? —pregunta con la voz como vidrio molido—. —¿Vas a comprarla, abogado? ¿Vale tanto para ti?—

Sí, lo vale, pero el problema es que no puedo permitirme comprar el contrato de Quinn. Me va bien, pero no tengo un millón de dólares en efectivo, y ese es el precio de Jason. —¿Y si hace las actuaciones privadas pero tú no estás presente? —propongo, sin responder a su segunda pregunta—.

—Voy donde vaya ella—.

La rabia me sube a la garganta, pero la trago. Tengo la corazonada de que Jason se siente vulnerable.

—Ya no vas a todas partes. Pero si no la cagas, *quizá* consigas un último pago gracias a su talento—.

Jason resopla. —¿Su talento? Tengo otra docena de chicas igual de talentosas que se ven igual de bien desnudas—.

Sé que lo dice para cabrearme, y lo consigue. —Entonces supongo que no habrá problema cuando la saque de este puto contrato sin que veas un céntimo—.

Le oigo apartarse del teléfono para exhalar de nuevo. —No —dice al volver—. —Eso no me sirve. Invertí en Quinn. Yo la hice lo que es. Me lo debe—. Suena casi cansado ahora, en vez de diabólico. Quienquiera que le reclame la deuda debe de estar cada vez más cerca.

—No tienes tiempo de fabricar otra estrella—respondo con sarcasmo rasposo.

—El tiempo es dinero, abogado. Tú lo sabes mejor que nadie. Por cierto, ¿cuánto le estás cobrando a ella esta llamada?—

Sabe perfectamente que no le cobro nada, y se ríe de mi silencio. —Supongo que si dijera: "Claro, puede hacer esas actuaciones privadas y yo me quedo en casa", tú la acompañarías para que ningún lobo malo se coma a tu Caperucita, ¿verdad?—

—Si ella me lo pide, sí. Esa es la diferencia entre tú y yo—. Lucho por sonar tan relajado como él. —Yo no la considero mía; las personas no son posesiones—.

—Eres un verdadero pringado, abogado —chasquea la lengua—. —Lástima por ti, a Quinn no le van los blanditos. Puede que ahora esté cabreada conmigo, pero ¿por qué crees que ha aguantado conmigo tanto tiempo?—

Me muerdo el interior de la mejilla para contener la réplica. Quiere que me ponga furioso, que esto acabe a puñetazos. —¿Vas a negociar o no?—

Una pausa tan larga que pienso que ha colgado. Luego alarga la palabra «Puede» y la deja colgando un momento. «Sí, puede». Repite, como si comprobara cómo suena. «El caso es —y quizá ya lo sepas— que necesito el dinero rápido. Digamos que empiezo a desesperarme».

Lo dice como la amenaza que sé que es. De nuevo, me trago la furia. —No hay nada más lento que un pleito—.

Exhala con fastidio. —Ya… aunque podría simplemente…—

—Déjame pararte ahí mismo—. Mi voz se vuelve de acero. —Ahora mismo estoy dispuesto a negociar. Si vuelves a amenazarla, la oferta se acaba—.

Espero que se ría, pero, para mi sorpresa, recula. —Ya nos veremos—.

—Puedes…—

Pero esta vez sí ha colgado. Me quedo aferrado al móvil con tanta fuerza que los dedos se me acalambran mientras la furia y la esperanza bailan un tango enfermizo en mi pecho. Casi he confirmado que Quinn está conmigo, y quizá también haya encontrado una salida fácil a todo este lío.

Durante los días siguientes hago todo lo posible por evitar a Quinn, pero es imposible. Toca la guitarra en el salón. Ve realities de mierda en la biblioteca. Está descalza en la cocina, con su pelo rojo oscuro en un moño desordenado. Se ríe con Renee y colorea con Noah, y a veces siento sus ojos sobre mí. Supongo que ella siente los míos, aunque intento ser discreto.

Por la noche, cuando Noah ya está en la cama, toca la guitarra en la biblioteca con las puertas francesas cerradas entre esta y el despacho. Una de esas noches entro para ponerme al día con algo de trabajo y la escucho trabajar en una canción. No sé una mierda de música, pero noto que es nueva porque repite el mismo fragmento, prueba acordes distintos y reordena la letra. Mientras escribo un correo negociando si a un artista le pondrán Evian o Fiji en el camerino, escucho cómo la melodía se despliega, arrancada del éter por la magia de su mente y su voz.

No puedo evitarlo. Me reclino en la silla y escucho durante unos minutos, hasta que la melodía se detiene y las tablas del suelo crujen bajo sus pasos. Un segundo después empuja una de las puertas francesas.

—¿Te molesto?—

Abro los ojos y la veo enmarcada en la puerta. Lleva pantalones de chándal y una camiseta vieja de *The Veronicas*. Está descalza y

apoya un pie sobre el otro, como si el suelo estuviera frío. —No— respondo simplemente, antes de volver a recostar la cabeza.

—Has dejado de trabajar—.

—No me molestas, Quinn—digo, cerrando los ojos. Estoy a punto de añadir que nunca me molesta, pero no sería cierto. En realidad, siempre lo hace, solo que no de la forma que ella cree. No es culpa suya que prefiera escucharla tocar antes que hacer mi trabajo. Tampoco lo es que desee aprovechar la situación y llevarla a la cama, aunque eso me haga tan cabrón como Jason Cain.

El recuerdo de ese imbécil me espolea. Abro los ojos y la miro de nuevo. —Creo que quizá pueda llegar a un acuerdo con Jason—.

Sus cejas se disparan hasta la raíz del cabello. —¿Has estado en contacto con él?—

Asiento. —Un poco. Hablé por teléfono hace unas noches y hoy me ha mandado un correo—.

—¿Un *correo*? Qué civilizado por su parte—.

No había sido un correo especialmente civilizado: dos líneas escuetas advirtiendo que, si *permitía* que ella hiciera las actuaciones privadas sin su presencia, más valía que no lo jodiera. Cada dólar seguía yendo a él, *o si no*.

—¿Qué puedo decir? Soy bueno en mi trabajo—.

Quinn sonríe sin pizca de ironía. —Lo eres—.

Me encojo de hombros, incómodo ante la admiración que veo en sus ojos. No lo he dicho para impresionarla; solo quiero que sepa que esta situación no va a durar para siempre. Aunque la idea de que termine no me incomoda tanto como debería.

Me pongo en pie de golpe. —Buenas noches, Quinn—.

Sus comisuras caen ante la formalidad de mi tono. —Buenas noches, Callum —me imita—.

Subo las escaleras sintiendo que he esquivado una bala.

Pero preguntándome si quizá valga la pena el dolor.

CAPÍTULO 13

QUINN



La noche siguiente se siente como en los viejos tiempos. Renee, Mia, Joanne y yo nos apiñamos en el sótano con nuestros cacharros, desgranando letras y progresiones de acordes. Por puro capricho, cada una se ha traído también su propio juguete para una *jam session* improvisada.

Me recuesto en el sofá, rasgueando distraída y esperando a que ellas se pongan de acuerdo. Noah está sentado justo a mi lado, su cara rebosa curiosidad. Se supone que debería estar haciendo los deberes, pero su carpeta roja yace cerrada sobre la mesa frente a nosotros.

—Eh, campeón, ¿necesitas ayuda con mates?—le ofrezco, dándole un golpecito a la carpeta con la punta del pie. Las mates nunca fueron lo mío, pero al temario de primero de primaria puedo ganarle la partida… o eso creo. Aun así, su negativa me alivia. Noah mantiene la mirada clavada en mis dedos, hipnotizado por el vaivén perezoso sobre las cuerdas.

Dejo de rasguear. —¿Quieres probar?—murmuro, inclinándome hacia él.

—No sé.—Su vocecita suena agraviada, como si, a sus seis años, ya hubiera fallado en algo importantísimo.

—No tienes que saberlo. Solo trastea.—Le ayudo a colocar la guitarra y le enseño a sujetar la púa. Sus dedos diminutos parecen demasiado tiernos para las cuerdas mordientes de mi Fender, pero las acaricia con cuidado, deja que cada nota se expanda y la escucha morir antes de pasar a la siguiente. Recorre las seis cuerdas y luego regresa al principio.

—¿Esto es todo? ¿Solo seis cuerdas para toda la música?

—También existen guitarras de doce cuerdas, pero con seis ya puedes hacer magia.

Se queda maravillado, como si acabara de revelarle todos los secretos del universo y estuviera convencido de que siempre los había dominado.

—¿Cómo sabes juntarlas para que suenen bien?—pregunta en cuanto la última cuerda se apaga.

Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, buscando en la memoria la época en que la guitarra todavía no era una prolongación de mi brazo. Recuerdo a mi primera profesora, una anciana que solo me enseñaba himnos góspel; bastó para abrirme la puerta. Tomé aquellos acordes, los desmonté y aprendí a reproducir lo que sonaba en la radio, hasta que pude inventar algo propio. —Das clases, practicas, tocas sin parar hasta que te salga tan natural como andar o respirar—respondo finalmente.

Noah me observa con esos ojos verdes, tan serios y tan de su padre, y suelta, impecable: —No creo que tenga un hueco en mi agenda.

Me atraganto con una risa, pero se me borra enseguida. Habla en serio. Con seis años ya se siente sobrecargado. O, al menos, ha aprendido a fingirlo.

—Peque, siempre hay tiempo para la música—le aseguro con firmeza. Alzo la mirada hacia Renee, que asiente distraída a algo que le dice Mia. —Eh, Renee. Tu sobrino quiere clases de guitarra.

Renee alza la vista, todavía distraída. —Deberías, Noah.

—¿Crees que puedes hablarlo con tu hermano?

—¿Hablarme de qué?—pregunta una voz profunda a mi espalda.

La voz de Callum me sacude. Me giro y lo veo bajar las escaleras, todavía con el traje oscuro que ha llevado al trabajo. Renee suelta una broma sobre lo relajado que va, pero yo no me río. Podría quedarse con ese traje toda la noche; está jodidamente bueno. Sus ojos se enganchan a los míos un instante largo antes de desviarse hacia su hijo, que sostiene la guitarra. No parece contento.

Noah se desembaraza del instrumento y yo lo apoyo de nuevo sobre mis piernas. —Clases de música—respondo.

—Noah no tiene tiempo—espeta Callum, automático, como si lo hubiera repetido mil veces. Noah ni se inmuta; se desliza fuera del sofá, obediente, como si una alarma interna le avisara de que son más de las ocho. Toca iniciar la rutina de irse a la cama.

Observo al chico pequeño y robusto, con el pelo rubio de su madre y los ojos de su padre, subir los peldaños con estoica obediencia, sin una protesta. Callum gira y lo sigue.

—Renee—susurro, mirando el espacio que acaban de dejar.

—¿Qué?

—Tienes que hacer algo.

—¿Sobre qué?—apenas me presta media atención; la otra mitad sigue centrada en la discusión entre Mia y Joanne, que ni la llegada de Callum ni la marcha de Noah han conseguido frenar.

—Sobre tu hermano. Está convirtiendo a Noah en un pequeño robot.

Renee suspira y se desengancha de la discusión. —Lo he intentado, Quinn. Intenta tú decirle a Callum que no sabe lo que es mejor. A ver cómo te va.

—Eh, quizá sea una buena idea.—Mia se descuelga de la discusión con Joanne; su rostro de zorro sigue sonrojado por la batalla, pero ahora luce una sonrisa donde antes había un ceño fruncido. —A lo mejor Quinn tiene más suerte con Callum.

—¿Y por qué iba a escuchar a Quinn antes que a su propia hermana?—protesta Joanne, todavía irritable. Mia puede haberse salido de la discusión, pero Joanne sigue dentro.

—No lo sé—responde Mia. —¿Por qué lo haría, Quinn?

Mis tres compañeras de banda me miran con distintas expresiones. Renee, resignada. Mia, curiosa. Joanne, molesta porque, además de no tener resuelta la progresión de acordes, pasa algo que no entiende.

Les devuelvo la mirada, obligando a mi rostro a permanecer inmóvil. —No lo sé, Mia. ¿Por qué lo haría?

Mi farol no funciona. Mia se echa a reír. —¡Porque te lo estás tirando!

«*No* me lo estoy tirando.» Intento sonar indignada, pero me sale un deje nostálgico. Es imposible engañarlas. Hemos crecido juntas: primeros flechazos, primeros besos, todo. No es sorprendente que Mia haya captado esa mirada prolongada entre Callum y yo y dedujera lo que significa. Lo único sorprendente es que Renee no lo haya hecho. Probablemente porque no ha querido.

Renee se tapa la cara con las manos. —Esto es asqueroso—dice entre los dedos. —No quiero saber nada.

—Yo sí—apunta Mia. —¿Está bien?

—*Eso* no está pasando.—Me desencaramo del sofá y coloco la guitarra en su soporte. Intuyo que nuestra *jam* improvisada acaba de terminar. Siento el peso de sus miradas en la espalda a cada paso, esperando el resto de la historia. Con un suspiro, rodeo el sofá para cerciorarme de que la puerta entre la planta principal y el

sótano está cerrada. Luego regreso y me dejo caer entre Mia y Joanne para que no retomen la pelea. —Solo nos hemos besado.

Renee se desploma de lado entre los cojines, se tapa las orejas y me lanza una mirada asesina. —He dicho que no quiero saberlo.

—Tía, ¿qué te frena?—interviene Mia con los ojos como platos.

—Quiero decir, ahora mismo tiene mil cosas encima—replica Joanne, irritada—. ¿No anda Jason Cain detrás de ella?

Al oír ese nombre, un escalofrío me recorre la columna. Echo los hombros hacia atrás y me froto el esternón con la base de la mano; el truco perfecto para relajarme antes de un concierto. Aquí no funciona igual de bien.

—¿Recuerdas nuestra charla sobre el tacto, Joanne?—La pregunta de Mia lleva una advertencia indiscutible. Seguro que lo han comentado de camino: Mia aleccionó a Joanne para que no sacara el tema de Jason y sus amenazas. Joanne, por supuesto, no ha hecho caso. Si no me ando con cuidado, se lanzarán a otra discusión.

—Jason y sus amenazas no son el problema—digo para cortar el asunto—. El problema es Callum.

Se quedan todas en silencio. Renee incluso aparta las manos de las orejas y se incorpora. Ahora la irritable soy yo. No es que tenga una reputación que proteger. Ya no estamos en el instituto. Pero si lo estuviéramos, mi historial sería impecable. Cuando quiero a alguien, lo consigo.

Hasta ahora.

«Él no…» Hago un gesto confuso con los brazos que ni yo entiendo.

Joanne entorna los ojos, perdida, y mira a las otras dos por si ellas pillan algo.

—¿Le atraes?—aventura Mia, para negarlo al instante—. No, no es eso. He visto cómo te miraba hace un rato.

—Cree que soy una víctima.

—¿Lo eres?—pregunta Mia con cautela.

—No.—Lo pienso un segundo—. Quiero decir, Jason lo intentó, pero no lo consiguió.

—Pero te está amenazando—señala Joanne.

Asiento. —Pero *no* soy una víctima.

—Todavía no.

Joanne.

Alzo la mano.—No pasa nada. Tiene razón. Evidentemente, toda esta mierda con Jason pende sobre mi cabeza; por eso estoy aquí. Pero Callum cree que se aprovecharía de mí si él y yo…—me detengo por respeto a Renee.

—¿Follar?

Joanne.

Mia se inclina y le planta un cojín en la cara.

—Sí.—Le dedico a Joanne una media sonrisa. Ella aparta el cojín y me la devuelve.

—Dios, es tan noble—suspira Mia.

—Irritantemente.—Me froto un punto dolorido junto al anular. Llevo solo unos días sin tocar, pero ya es suficiente: las cuerdas de mi guitarra encuentran carne blanda que pellizcar. —En fin.

—En fin, él te desea, así que deberías aprovechar—dice Joanne con pragmatismo.

Espero a ver cómo. A veces, inesperadamente, Joanne suelta el consejo más brillante. Quizá tenga una forma infalible de saltarse la resistencia de Callum.

—Quiero decir que le pidas las clases de música para Noah—aclara —. No tengo trucos para meterte en su cama. Lo siento, fiera.

—Uf.—Cierro los ojos e intento no darme demasiada pena. Al fin y al cabo, seguramente no me quede aquí mucho más. Necesito disfrutar de mis amigas y dejar de pensar en Callum. Cuando recupere mi vida, saldré de la suya.

Y será más fácil para los dos si no cruzamos más líneas.

CAPÍTULO 14

CALLUM



Redacto un nuevo contrato entre Jason y Quinn que deja el anterior nulo y sin efecto. Este exige que Quinn realice las tres actuaciones privadas por un total de un millón de dólares en efectivo, pagado a la orden de Jason Cain. Es un contrato de mierda. Cuesta creer que lo esté redactando, pero si con eso él sale de su vida, será mi mejor trabajo.

Lo reviso una vez más y se lo envío a Marshall para que le eche un segundo vistazo. El documento es relativamente sencillo, pero quiero asegurarme de que no quede ni el más mínimo resquicio por el que Jason pueda colarse.

Bajo hasta el despacho de Marshall en cuanto me lo envía de vuelta. El despacho, situado en la esquina del pasillo, ofrece unas vistas panorámicas de la ciudad. Me planto ante los ventanales de suelo a techo y contemplo la silueta de los rascacielos mientras él termina una llamada.

Cuando le oigo despedirse, me acerco y me siento en uno de los sillones frente a su mesa.

Marshall cuelga y deja el móvil boca arriba sobre el escritorio. Tiene el mismo aspecto apacible de siempre, como si la operación multimillonaria que acaba de cerrar hubiese sido tan sencilla como pedir la cena. Y quizá para él lo sea.

—Ah, Callum —dice antes de que abra la boca—. Vienes por ese contrato.

—Eso es. Quería conocer tu opinión —respondo, sin sorprenderme de que lo haya visto llegar durante la llamada; probablemente ya lo haya leído de arriba abajo.

—Lo revisaré otra vez, pero de entrada diría que lo has blindado.

—Te lo agradezco.

Marshall me observa con atención. —Noah me cuenta que está viviendo contigo.

—Parecía lo más seguro —respondo mientras me levanto y vuelvo a la ventana—. Últimamente me cuesta permanecer quieto; quizá se me contagie el ir y venir de Quinn. La escucho a todas horas, tarareando, rasgueando, cruzando la casa de un lado a otro; nunca está quieta. —Aunque quizá no haya sido lo más inteligente —me sorprendo admitiendo.

Marshall no dice nada, pero, cuando me giro, tiene las cejas alzadas. Hace un gesto con la mano, como quien dice «continúa».

—Se está volviendo… complicado; tenerla en casa, quiero decir —confieso—. Odio soltarle esto precisamente a mi exsuegro, pero joder. De algún modo, con el tiempo se ha convertido en mi mejor amigo y necesito hablar con alguien.

—Es una mujer joven y hermosa —dice Marshall con total neutralidad—. Muy talentosa. Noah la adora. Entiendo que su presencia complique las cosas.

Lo estudio detenidamente, pero no hay ni rastro de juicio ni de reproche en su rostro. —¿Pero?

Él sonríe con aire enigmático. —Pero me pregunto… ¿de verdad es tan mala una complicación?

—Pues sí, Marshall. Por definición, una complicación es mala.

Él emite un «hmm». Se nota que sopesa si decir lo que de verdad piensa. Camino de vuelta a su mesa y apoyo las manos en el borde. —Suéltalo de una vez, viejo.

—De *sir* a viejo —resopla—. Sé que no lo dices por ofender; solo estás ganando tiempo. —Luego me mira y se decide—. Bien. Siéntate, chico.

Me siento, preparado para lo que venga. Medio espero una charla sobre la fidelidad, la lealtad a Emma, lo de no pasar página tan deprisa —¿qué mensaje le daría eso a Noah?

Pero Marshall me deja de piedra cuando dice: —Anoche tuve sexo.

Si estuviera bebiendo, habría escupido; si estuviera comiendo, me habría atragantado. Como no hago ninguna de las dos cosas, simplemente lo miro con la mandíbula colgando.

—Con una mujer encantadora que se llama Candy —prosigue, como si le hubiera preguntado—. Nos conocimos en una web de citas para mayores. Se divorció hace cinco años.

Con esfuerzo consigo cerrar la boca y articular una respuesta. —Bueno, eso… eso es… es estupendo, Marshall.

Me clava la mirada, ojos de pedernal. —¿Crees que estoy engañando a mi esposa?

Niego con la cabeza, mudo, y cometo el error de fijarme en su alianza.

Él también la mira. —No volveré a casarme porque estoy demasiado jodidamente viejo. Pero eso no significa que esté muerto.

—No. No, señor, no lo significa.

Marshall me taladra con la mirada. —¿Crees que estarías engañando a Emma si las cosas se pusieran *complicadas* entre tú y Quinn Collins?

Vacilo. —No.

—Entonces, ¿qué te frena?

¿Qué me frena? Todo y nada. —Es difícil de explicar —admito al fin —. No es solo una mujer de una web de citas; es la mejor amiga de mi hermana.

Marshall se reclina y estira los brazos delante de él; los codos crujen como disparos antes de dejarlos caer a los lados. —Es comprensible —dice tras un largo minuto. Tengo la sensación de que ha estado buscando la forma de rebatir ese hecho y no la ha encontrado.

Asiento y me levanto. La conversación ha sido reveladora, pero ya quiero darla por terminada.

—Solo quiero que seas feliz, hijo —dice Marshall cuando me dirijo a la puerta.

Me giro. No puedo marcharme sin más después de esa generosidad. —Gracias, señor —digo, consciente de lo pobre que suena.

Los ojos de Marshall —los ojos de Emma— brillan un instante y luego vuelve a mirar el ordenador, agitando la mano con impaciencia. —A trabajar. No te pago para que me admires.

Le envío el contrato a Jason Cain. Tengo la sensación de que, lo acepte o no, dependerá de su estado de ánimo: de si los acreedores lo han asustado últimamente, de mil factores que se me escapan. Creo que ya nada puede sorprenderme, tanto si lo devuelve firmado por fax en menos de una hora como si lo ignora por completo.

Pero me equivoco. Jason me deja boquiabierto presentándose en el vestíbulo de Harding & Associates. Cuando bajo, la recepcionista parece a partes iguales fascinada y nerviosa. Él está apoyado en su mostrador con vaqueros oscuros y chaqueta de cuero negro. Sonríe de oreja a oreja al verme, pero las gafas oscuras que aún lleva me impiden ver sus ojos.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto.

Jason me descoloca al decir: —He venido a llevarte a comer, abogado.

Estoy demasiado jodidamente ocupado para comer. Hoy tengo que salir puntual de la oficina. Renee tiene reuniones con los profesores y no puede recoger a Noah. Mis padres por fin hacen algo con sus vecinos de Waterford Village y no pienso fastidiárselo.

Pero no puedo darle calabazas a Jason. Algo me dice que se lo tomaría como algo personal y arruinaría mis posibilidades de sacar fácilmente a Quinn de todo esto. Así que me palpo el bolsillo para asegurarme de que llevo la cartera y digo:—Genial. Me gusta el filete.

En un coche negro y pulido, tan pegado al asfalto que siento cada bache, Jason nos lleva a un club exclusivo para socios que prácticamente es suyo. Desde el aparcacoches hasta el gerente y la clientela repleta de estrellas lo saludan como a un amigo perdido. Pero yo me fijo en sus ojos: por muy efusivos que sean, hay cautela en sus pupilas y tensión en la mandíbula.

Nos sentamos en la terraza que domina la ciudad desde casi la misma altura que el despacho de Harding. Si miro al oeste, casi puedo verlo. Pido el filete más caro de la carta y espero a ver qué tiene que decir Jason.

No pierde el tiempo con rodeos.

—He recibido el contrato.

—Me lo imaginaba.

—No me gusta. —Mira a lo lejos. Sigue con esas malditas gafas, pero noto que intenta proyectar una dignidad herida—. No puedo firmar algo que me saque por completo de su vida. Necesito cerrar el círculo.

El famoso «cierre». Me dan ganas de alargar el brazo y darle un manotazo que le quite las gafas. —No tienes por qué —contesto con calma—. Pero si no firmas, encontraré otra forma de sacarte por completo de su vida. Y te prometo que esa manera no será tan rentable.

—No se trata solo de dinero. —Se gira, y un cosquilleo en la nuca me dice que me está mirando directamente—. Se trata de Quinn.

Creo que farolea, pero no puedo asegurarlo. ¿Suelta esta mierda porque ha intuido que Quinn es importante para mí? ¿O va en serio? Aunque Jason sea un sociópata no es imposible. Quinn es magnética. Hace magia. Y además es preciosa.

Me recuesto en la silla y cruzo los brazos. —Entonces, ¿qué quieres exactamente? ¿Una llamada?

—No una llamada. Quiero verla.

La idea de que este capullo se acerque a ella me revuelve el estómago. —Ella no aceptará.

—¿Ella no, o tú no?

El pensamiento *yo no* me cruza la mente, tan firme y visceral que lo siento en las tripas. Pero no puedo permitir que Jason lo vea. Si supiera lo importante que es para mí, lo usaría como palanca. —Es su decisión. Como ya te dije, no poseo a nadie.

—Qué civilizado.—Jason guarda silencio mientras el camarero deja su bourbon con hielo y mi agua.—Compromiso —dice cuando volvemos a estar solos—: una llamada en la que ella decida si me ve una última vez.

Suena tremendamente seguro de que aceptará. No es la primera vez que me pregunto qué relación tenían exactamente. Sé que al final Quinn no lo quería; huyó de él. Pero Jason cree que hubo algo más. Me hace cuestionarme lo que vino antes.

Luego caigo en que no importa. Sea lo que sea, quedó atrás. Él lo jodió.

Si alguna vez tengo una oportunidad con ella —una oportunidad *real* — no cometeré el mismo error.

CAPÍTULO 15

QUINN



Tengo dos llamadas intrigantes esa tarde. La primera es de Callum; me dice que cree —quizá— que todo marcha bien en la negociación con Jason. Promete más información en cuanto la consiga.

Un par de horas después, llaman del colegio de Noah: el niño sigue allí; nadie ha ido a recogerlo.

Lo llamo al instante; su voz suena agobiada, envuelta en el clamor de los claxones que estallan a su alrededor.

—Lo sé —dice, la voz bordeada de irritación—. Estoy en un puto atasco y Renee y mis padres están ocupados. Ya he llamado al colegio.

—Pues no han recibido el mensaje. Camino desde su despacho hasta el cuarto de botas; las llaves de su Tesla cuelgan junto a los abrigos y los sombreros. —¿Quieres que vaya yo a por él?

Se hace un largo silencio. Casi puedo oír cómo calibra mentalmente todas las razones por las que no sería buena idea… hasta que asume que es la única opción.

—Recógelo y tráelo directamente a casa.

—Enterado. Engancho un dedo en el llavero y me dirijo a la puerta principal. —No te preocupes: conduzco de maravilla.

Es cierto. Paso mucho tiempo al volante para despejarme o pulir una línea especialmente puñetera. Incluso tuve un Tesla durante un tiempo, así que sé manejarlo. Una oleada de euforia me recorre cuando me acomodo tras el volante; llevaba casi una semana sin conducir y lo echaba de menos.

Recojo a Noah con la firme intención de volver directamente a casa, pero en apenas los cinco kilómetros que nos separan pasamos junto a una tienda de guitarras. En el retrovisor veo cómo Noah la localiza y gira la cabeza para seguir el escaparate con la mirada.

—Oye, peque, ¿te importa que hagamos una parada? —pregunto mientras hago un cambio de sentido con toda naturalidad—. Necesito más púas.

Mentira: hace años que no las uso. Pero cuando los ojos de Noah se agrandan como si acabara de anunciar que mañana es Navidad, decido que no hay nada malo en comprar unas cuantas.

El chico del mostrador me reconoce en cuanto entramos y proclama con voz de trompeta: —¡Quinn Collins en la tienda, damas y caballeros!

Como Noah y yo somos la única dama y caballero, no provoca gran revuelo. Le sonrío agradecida y hago una leve reverencia ante las hileras de guitarras apoyadas contra la pared.

—Ve a curiosear —lo animo. Noah, de momento, se aferra a mi pierna.

Por fin se despega de mí.

—¡Puedes probar, colega! —grita el dependiente.

Noah alarga un dedo diminuto y roza el mástil satinado de una Yamaha.

Me gustaría seguirlo, sacarle una Fender Kids Acoustic y colgársela. Pero eso sería empujarlo hacia la música con la misma fuerza con la

que su padre lo aparta. Así que me encamino al mostrador y charlo con el dependiente, que se llama Jevon.

Nos quedamos más de lo previsto porque Jevon resulta interesante. Iba tres cursos por detrás de mí, en el instituto rival, pero asistió a varios conciertos de *The Belles* y ha seguido mi carrera desde entonces. Con tacto, no menciona mi segundo álbum.

—¿Cómo está la escena musical estos días? —pregunto.

—Bien, bien —asiente al ritmo de una música que yo no oigo mientras tamborilea con los dedos en el borde del mostrador—. Nadie tan grande como tú, claro, pero hay buenas bandas locales.

Una punzada de nostalgia me aprieta el corazón. Yo también fui, en su día, una buena banda local. Conocía a los dueños de las salas, a los agentes de *booking*, a los promotores. Sabía con quién convenía trabajar y con quién no. Teníamos nuestros garitos favoritos, nuestro público fiel. Era jodidamente divertido cuando éramos Joanne, Mia, Renee y yo, las locas de Belmont Springs.

Ahora tengo un mánager baboso y una carrera tambaleante que ni siquiera sé si quiero ya. Al menos, no en su forma actual. Estar en casa me hace volver a mis raíces en más de un sentido. Los Ángeles es solitario. *Yo* estoy sola.

Ese sentimiento se me queda atascado dentro, pegado como chicle entre las costillas, y no consigo sacudírmelo. Ni siquiera volver a sentarme al volante del magnífico coche de Callum basta para despegarlo. Sonrío mientras Noah charla sobre las guitarras que ha visto, pero incluso su entusiasmo, inocente y de ojos muy abiertos, me punza. *Yo* también fui entusiasta y de ojos grandes alguna vez. ¿Qué pasó?

Al llegar al porche, nos recibe Callum: brazos cruzados, mandíbula de granito.

—Uy —musita Noah antes de que pueda hacerlo yo; él también reconoce esa expresión.

—Uy es poco—murmuro. Pongo el coche en punto muerto y me vuelvo hacia Noah.—Escucha, peque, tú no has hecho nada malo. Soy yo quien necesitaba hacer una parada.

—Lo sé. —Se suelta el cinturón y sale de la sillita—. Pero no quiero que te metas en líos tampoco, tía Quinn.

Es tan dulce, con esos grandes ojos verdes llenos de preocupación. Alargo el brazo para despeinarle el pelo rubio y le regalo una sonrisa tranquilizadora. —No te preocupes, peque. Todo irá bien.

En cuanto salgo del coche y me cruzo la mirada con Callum, un escalofrío, mitad fascinación mitad inquietud, me recorre la espalda.

Callum se esfuerza por enmascarar su enfado cuando abre la puerta de Noah y lo ayuda a bajar. Su voz suena falsamente alegre mientras pregunta por los deberes y qué deberían cenar.

Pero cuando sus ojos se posan en mí, son duros como piedra.

La cena transcurre extraordinariamente callada y algo tensa.

Cuando Callum sube a Noah a la cama, barajo la vía cobarde: esconderme en mi habitación. Callum es demasiado caballero para ir a buscarme allí. Pero la idea de huir de él me seduce tanto como arrancarme los callos y tocar la guitarra con los dedos en carne viva.

Así que me instalo en la biblioteca y espero.

Cuando baja, se dirige directamente a la estancia, como si supiera con certeza que me encontraría allí. Ni siquiera finjo ver un *reality* ni hojear uno de sus John Grisham. Me pongo en pie y sostengo su mirada acerada, preparada para pelear.

Callum no decepciona.

—¿Dónde coño has ido? —pregunta, calibrando cada palabra con lentitud quirúrgica.

—Hemos pasado por la tienda de guitarras. Necesitaba más púas. —Señalo mi bolso, como si él pudiera ver a través del acolchado y

distinguir los triángulos de plástico en el bolsillo interior.

Callum ni se molesta en mirar. —Te dije que vinieras directa a casa.

La forma en que lo dice huele a Jason Cain.

Te dije que lo haríamos así.

Te dije que nos íbamos.

Te dije que no te pusieras eso.

Contengo mi reacción inicial —plantarme ante él, soltar unos cuantos tacos escogidos y largarme—. En medio de la tormenta de instinto frustrado, me obligo a recordar que Callum no es Jason. No lo es. No necesito pelear ni huir. Cuando creo que puedo hablar sin gritar, inspiro hondo y digo, muy tranquila:

—Hemos estado allí *como mucho* veinte minutos, Callum. Venga. Dijiste que las cosas iban bien con Jason.

Furioso, cruza la habitación en dos zancadas enormes que lo ponen justo delante de mí. —Eso no significa que puedas desaparecer con mi hijo, Quinn. ¿Sabes qué pensé cuando no estabais en casa? Pensé que habíais tenido un puto accidente.

La cara de Callum está tan tensa que parece que alguien le hubiera envuelto el cráneo en *film* retráctil. Resulta aterrador y, al mismo tiempo, aterrorizado. Y entonces me cae la ficha.

Por supuesto, su mente se ha ido directa a un lugar oscuro. Una vez, alguien no volvió a casa a la hora, y no fue porque hubiera hecho un recado. Fue porque *sí* tuvo un accidente. Y luego nunca regresó.

—Mierda —murmuro—. Callum, lo siento. Soy una gilipollas. No he pensado.

Sigue delante de mí, pero solo su cuerpo; su mente está en otro lugar, hace cinco años, atrapada en la tragedia de la muerte de Emma y en el milagro de que Noah, atado en su sillita al lado opuesto del impacto, no sufriera ni un rasguño. Sé lo que es

abandonar tu cuerpo y quedar varada en otro tiempo; estos últimos años lo he hecho a propósito. A veces es mejor largarse.

—Lo siento —repito, alargando la mano para coger la suya. Sus dedos están rígidos e inflexibles mientras entrelazo los míos—. Callum —digo más alto y doy un paso adelante—. Lo *siento*.

Con lentitud, la consciencia vuelve a titilar en su mirada. Baja la vista a nuestros dedos entrelazados como si no entendiera cómo han acabado así. Sigue enfadado, pero el filo duro del miedo empieza a redondearse. Me pregunto cuánto de ese miedo es por mí y cuánto por Emma.

Entonces me mira, y sé que, esta vez, me ve *a mí*. Sus ojos recorren mi cara, mi pelo, mi boca y vuelven a los míos. Su voz es letalmente baja cuando susurra:

—Quinn, no puedo perder a nadie más.

—No permitiré que le pase nada a Noah —susurro.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos casi con dolor. —Pero juegas a la ruleta con tu propia vida, igual que siempre.

Su voz suena áspera; si no supiera más, pensaría que aún está furioso.

Pero lo sé.

Así que lo beso.

CAPÍTULO 16

CALLUM



Cuando Quinn me besa, es como encender una cerilla en una habitación a oscuras: de pronto todo se llena de luz. Me ilumina, me revela rincones que había olvidado que existían. Rodea mi cuello con los brazos y se pega a mí, y esa chispa solitaria se transforma en una antorcha furiosa. Lleva sus vaqueros de siempre y una camiseta gastada; siento la longitud de sus piernas esbeltas rozar las mías, la suave curva de su cintura, la presión de sus pechos contra mi pecho. No se guarda nada y tampoco me deja guardarme nada a mí.

Por mí, perfecto. No me queda ni una pizca de autocontrol. Enredo los dedos en su pelo y la beso como llevo dos larguísimas semanas imaginando hacerlo. Empujo mi lengua, exigente, contra la suya y la hago retroceder hasta que su espalda choca con la estantería. No me sacio; quiero acariciarla, saborearla en cada centímetro de piel.

—Dime qué quieres, Quinn —murmuro mientras deslizo los labios por la larguísima columna de su cuello.

Echa la cabeza hacia atrás y respira a bocanadas, aferrándose a mis hombros.

—Te quiero a ti, Callum. Quiero verte sin esa camisa fina —gruñe, pellizcando la tela sobre mi pecho—. Quiero que dejes de ser tan jodidamente amable y arranques las mías también.

Por mí, fantástico. De amable no me queda un ápice. Y no puedo evitar notar que ni menciona el futuro. Con Quinn todo es aquí y ahora, y, al diablo: si solo voy a tener una noche con ella, pienso exprimir cada segundo.

Gime, sorprendida, cuando le agarro el culo y lo aprieto a través del *denim* desgastado de sus vaqueros ceñidos. Cuando trato de apartarme para desabrocharle el botón, ella desliza la mano entre ambos y atrapa la mía ahí. Nuestros ojos se encuentran, entornados y pesados, mientras se restriega contra mis dedos. Sus pupilas se dilatan; su pelo salvaje enmarca esos ojos llameantes y ese rostro pálido. Nunca ha estado más hermosa. Quiero arrastrarla al suelo de madera y hundirme en ella ahora mismo, pero me obligo a ir despacio.

Quinn suelta mi mano y tantea mi polla, dura como hierro bajo la tela de mis pantalones.

—Joder —murmuro, forcejeando con el botón de sus vaqueros hasta que cede. Me arrodillo delante de ella, temiendo que, si mantiene la mano en mi polla un segundo más, esto termine demasiado pronto. Deslizo los vaqueros oscuros por sus muslos pálidos y sus pantorrillas finas. Ella se inclina, aferrada a mis hombros, mientras los libera de los tobillos. Alzo la vista; mechones de su pelo caen sobre nosotros como una cortina de fuego. Sus ojos grises están desenfocados, los labios entreabiertos, como si compartiera mi misma incredulidad aturdida.

—Quítate la camiseta —ordeno, incapaz de esperar un segundo más para ver lo que llevo imaginando desde que volvió, tan salvaje y desafiante.

Los labios de Quinn se curvan ante la impaciencia que se me escapa en la voz.

—Quítate la tuya primero —me reta.

Arranco los botones de mi camisa con impaciencia y me la quito de un tirón. Ella se despoja de la suya despacio, lánguidamente; durante un latido desaparece dentro de la tela antes de sacarla por la cabeza y dejarla colgando de un dedo. Queda ante mí, con mis palmas ancladas en sus caderas, apenas vestida con un sujetador de encaje negro y unas bragas a juego. En ese cuerpo increíble conviven hielo y fuego al mismo tiempo.

Una mujer que necesito poseer. Abre la boca para decir algo, pero ya estoy enrollando la frágil tira de encaje sobre sus caderas hasta que cae a sus tobillos. Antes de que pueda librarse de ella, separo sus piernas y me inclino.

—Callum —jadea Quinn; toda traza de burla se ha evaporado cuando hundo la lengua en su terciopelo húmedo. Sus ojos se nublan de lujuria y me mira, aunque no sé si de verdad me ve. Cuando encuentro el nudo sensible de su clítoris y lo rozo con los dientes, se muerde el labio inferior con fuerza y deja caer la cabeza contra la estantería.

—¿Qué quieres, Quinn? —pregunto de nuevo.

—Te quiero dentro de mí.

Le abro las rodillas un poco más y deslizo dos dedos en su interior.

—Ya estoy dentro de ti.

—Más hondo.

Introduzco un tercer dedo y empiezo a moverlos, alternando lengua y caricias. Las paredes aterciopeladas de su coño palpitan alrededor de ellos. Está estrecha pero tan lista que podría bajarla ahora mismo y hundirme en ella sin demora.

Pero antes de que mis instintos animales se impongan al deseo de paladearla, el cuerpo de Quinn se tensa. Alzo la vista y leo el éxtasis en su rostro mientras la acerco cada vez más al orgasmo. Veo el instante en que se rompe: cómo aprieta los ojos, cómo se abre la

boca, cómo el rubor le trepa por las mejillas, y luego escucho su largo y exquisito jadeo.

Cuando abre los ojos, me mira como si nunca me hubiera visto antes.

—Callum Evans —susurra—. No sabía que los abogados pudieran hacer *eso*.

—Solo los buenos.

Está floja y efervescente, casi sin huesos, recostada contra la estantería, la cabeza ligeramente ladeada y una sonrisa sexy y satisfecha en los labios. Quiero verla correrse de nuevo más de lo que he deseado nada en mucho tiempo.

Me incorporo, dispuesto a sugerir que subamos, pero ella apoya ambas manos en mi pecho y me empuja hacia atrás. La parte trasera de mis piernas tropieza con el sofá. Antes de que pueda ceñirle la cintura y hacerla caer sobre los cojines, se desliza hasta quedar de rodillas.

—Te toca —susurra, alzando la vista mientras desabrocha mi cinturón y se ocupa de la bragueta. Cuando desliza mis pantalones y bóxers hacia abajo, sus dedos finos y de uñas cortas rozan mis muslos y, muy suavemente, envuelven mi polla.

—Quinn —gimo, reclinándome contra el sofá y aferrándome con fuerza al brazo. Hago todo lo posible por no empujar las caderas hacia delante mientras ella se desliza, lenta, sobre la punta. Su lengua serpentea alrededor de mi eje; sus manos descansan a cada lado de mis caderas, y su pelo rojo arde tanto como el fuego de la chimenea sobre sus hombros y su espalda pálidos. Cierro los ojos y me pierdo en el calor de su boca, en ese placer demencial que recorre todo mi cuerpo y despierta zonas que creía entumecidas.

Pierdo toda noción de mí mismo. Estuve a punto de correrme allí mismo y arruinar mis planes de follarla toda la noche, pero Quinn, tan presente y al mando como siempre, aparta despacio sus labios

de la punta de mi polla y sonríe cuando yo parpadeo, medio drogado.

—No quiero que esto se acabe —susurra, apoyando la cabeza en mi muslo.

—Yo tampoco.

Es la primera vez que siento que, aunque sea remotamente, estamos en la misma página en esto. Quinn tampoco quiere que sea un polvo rápido. Sin decir una palabra, nos ponemos de pie. Por un acuerdo tácito, tomamos la escalera trasera que desemboca en la segunda planta, justo al lado de la puerta de mi dormitorio. Al otro extremo del pasillo, la puerta de Noah sigue cerrada; no se escapa ni un hilo de luz por debajo. Rezo en silencio a los dioses que protegen a los padres solteros y guío a Quinn hasta mi habitación.

Nos miramos de nuevo en la penumbra fresca. Un pensamiento desagradable me golpea: es la primera vez que traigo a otra mujer aquí después de Emma. Es como si me echaran agua fría en la cara. Tomo una respiración profunda y temblorosa, pero antes de averiguar qué decir o hacer, Quinn entrelaza sus dedos con los míos.

—Está bien —susurra.

Me tira suavemente hacia la cama y se coloca de rodillas en el centro, esperando ver qué hago.

Me quedo un largo momento de pie, mirándola. Después, despacio, me uno a ella sobre el colchón. Está desnuda; cada centímetro de su piel brilla bajo la luz de la luna que se cuela por las lamas de la persiana. Su pelo y sus ojos parecen aún más oscuros en esta claridad plateada.

Toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. Apoyo la frente contra la suya y la empujo despacio contra el colchón. Un escalofrío le recorre la piel cuando su espalda toca las sábanas frías, hasta que la cubro con mi cuerpo. Introduzco la rodilla entre sus muslos y alineo mi polla con su entrada caliente y húmeda. Mantengo los ojos

en su rostro, atento a cada minúsculo cambio: la forma en que se muerde el labio inferior al arquearse, cómo sus ojos se oscurecen aún más cuando empiezo a avanzar. Nuestras manos siguen entrelazadas y sus dedos se aprietan alrededor de los míos cuando entro en ella.

Cuando la vuelvo a besar, es más lento, más suave que antes. Este momento lleva años gestándose y, en las últimas semanas, ha acelerado a un ritmo temerario, pero ya no hay prisa. Quiero tomarme mi tiempo con Quinn. Siento su corazón latir salvaje bajo mis costillas y sé que el mío se desboca igual.

Me hundo en ella despacio, llenándola por completo, y lucho contra el instinto de embestir. Quiero asegurarme de que cada paso sea el adecuado, que ni un solo segundo la lleve a pensar en ese capullo de Jason Cain.

Como si me leyera la mente, Quinn murmura:

—No voy a romperme, Callum.

Se impulsa hacia mí y mi frágil control se desintegra. Empiezo a mover las caderas con más fuerza y velocidad, dejando que el tsunami de placer se propague por todo mi cuerpo. Su beso fue una cerilla, pero esto es una hoguera. Las uñas de Quinn se clavan en el dorso de mis manos; sus ojos se enturbian de placer mientras me responde embestida tras embestida.

—Joder —gimo cuando enrosca sus largas piernas alrededor de mi cintura y cruza los tobillos. Suelto sus manos porque necesito explorarla entera. Lleva mi pulgar a su boca, lo chupa hasta que temo correrme solo con esa sensación. Sustituyo mi pulgar por mi boca y exijo entrada. Quiero estar dentro de ella de todas las maneras posibles; no solo en su cuerpo. Quiero que piense en mí, solo en mí.

—Di mi nombre —ordeno, llevando mi boca a su oído.

Se arquea cuando le muerdo el lóbulo.

—¡Callum!

—Otra vez.

Mi nombre, en esa voz ronca y sexy, me empuja al borde. Aguanto lo justo para sentir el orgasmo que la sacude, y entonces me dejo llevar.

El orgasmo me atraviesa, ruge en mis oídos y sacude todo mi cuerpo. Me aferro a ella y lo cabalgo, y cuando por fin la oleada se disuelve en una dulce neblina, sigo aferrándome a su calor.

Ahora los brazos de Quinn me rodean donde hace un momento lo hacían sus piernas. Me abraza con fuerza, la boca anclada a mi hombro para ahogar el final de su clímax. Cuando, poco a poco, nos desenredamos y nuestras miradas se cruzan, intento alzar mis defensas: no quiero que descubra lo mucho que esto me ha sacudido hasta la médula.

Pero, cuando miro sus ojos, sé que no hace falta. En ellos leo exactamente la misma emoción: satisfacción carnal, una lujuria que jamás se consumirá del todo y un atisbo de sorpresa.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurra.

Dejo caer la cabeza en la almohada junto a la suya.

—No tengo ni idea, pero dame unos minutos. Lo averiguamos.

CAPÍTULO 17

QUINN



Se me escapan unas tontas ganas de reír cuando me giro y veo a Callum con el pelo revuelto. Dormido plácidamente sobre la almohada, de pronto parece diez años más joven. Una alegría burbujeante se agita en mi pecho y me hace cosquillas. Presiono los labios contra su hombro desnudo para que la carcajada no se me escape.

Oigo cómo su respiración cambia en cuanto mi boca lo roza. Sin abrir los ojos, me rodea la cintura con un brazo y me atrae hasta que nuestras pieles desnudas se funden de la rodilla al hombro.

—¿Qué tiene tanta gracia? —murmura, con los ojos aún cerrados.

La risa se me escapa en un suspiro. Alzo la barbilla hasta rozarle el lóbulo con los labios.

—Acabo de acostarme con el hermano mayor de Renee —susurro.

Su boca se curva en una sonrisa perezosa, casi rendida.

—Cállate.

—Mia va a estar *tan* celosa. —Enredo un brazo alrededor de su pecho y vuelvo a apoyar la cabeza sobre su bíceps—. Antes hablábamos de ti, ¿sabes?

Él gruñe.

—No lo sabía, y no quiero saberlo.

—Renee, obviamente, no participaba. Esperábamos a que ella y Joanne se durmieran y entonces Mia y yo jugábamos a *Besar, Casar, Matar*. —Sonrío en la oscuridad—. Yo siempre te besaba.

Emite un gruñido grave, nada impresionado.

—¿Con quién te casabas?

—Con Keith Bowen.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Keith puto Bowen?

—Tenía una moto —explico—. Y, seamos sinceros, no tomaba las mejores decisiones cuando era adolescente.

Callum emite un sonido a medio camino entre asentimiento y hastío.

—Jason Cain fue claramente la peor decisión, pero hubo otras por el camino.

Callum se incorpora apoyándose en un codo y me arranca de mi hueco cómodo.

—Eh —me quejo.

Me sostiene la mirada; la sombra incipiente de barba oscurece su mandíbula. No encaja con su imagen pulcra, pero le queda indecentemente bien. Cuando intento acariciarlo, me atrapa la muñeca.

—Quinn, no quiero oírte rememorar tus dudosas elecciones adolescentes. Yo estaba allí cuando pasaban. Ya fue bastante.

—Oh, ni siquiera estabas pendiente —protesto—. Ni siquiera sabías que quería besarte.

Vuelve a dibujar esa sonrisa ladeada.

—Sí que lo sabía.

—Imposible. También te detestaba: eras tan estirado. A veces eras mi beso *y* mi matar.

—Lo sabía —repite Callum—. Y *sí* estaba pendiente.

Ante la expresión de sus ojos, algo más profundo que la alegría me estremece el alma. Callum no miente: si dice que lo sabía, lo sabía; si asegura que estaba pendiente, lo estaba.

—¿Por qué? —susurro.

Su mirada recorre todo mi rostro. Aparta un mechón rebelde de mi frente antes de dejar que sus ojos se deslicen por mi garganta y por el contorno de mis pechos.

—¿Hace falta que lo preguntes?

—¿Te parecía guapa? —fuerzo un tono burlón; nunca se me ha dado bien la intimidad, y esto es *tan* íntimo.

—Pensaba… *pienso* —se corrige— que eres exquisita, Quinn. No solo por tu aspecto, aunque sabes que eres hermosa. Es lo de dentro lo que te hace especial. Tu talento. Tu actitud. Tu corazón.

Un nudo enorme se instala en mi garganta. Quiero decirle que él también me parece exquisito —o como sea que se diga en masculino —, pero las palabras no me salen. Así que lo atraigo de nuevo y lo beso.

En el instituto, Mia y yo bromeábamos diciendo que a Callum le hacía falta echar un polvo; quizá así se le caería la vara del culo. Lo decíamos con sorna, aunque había un poso de deseo. Ahora ojalá pudiera contarle a Mia que ha funcionado. El Callum junto al que me despierto a la mañana siguiente es una versión más ligera y luminosa de sí mismo. Me explica por qué se retrasó: estuvo cenando con Jason. La sola idea me lanza una oleada de pánico,

pero Callum insiste en que son buenas noticias: Jason se plantea firmar el nuevo contrato, ese que me liberaría de él a cambio del módico precio de dos fiestas de cumpleaños y una boda.

No sé si ha sido el sexo o la noticia, pero yo también me siento una versión más ligera y brillante de mí misma. Incluso después de que Callum se marche a trabajar, el corazón me flota en el pecho. Las canciones que mis dedos arrancan de las seis cuerdas de mi guitarra son cursis y felices, y apunto dos de ellas.

La idea de sacar un disco entero de canciones de amor —después de que el primero fuese puro *indie rock* y el segundo un intento de *pop star*— tiene un atractivo irónico y delicioso. Juntos serían las tres caras de Quinn Collins: el primero era la QC auténtica; el segundo, la máscara que Jason Cain me calzó hasta asfixiarme; y este tercero, la nueva faceta de QC, una que ni siquiera sabía que existía hasta ahora. Aunque, si mi tercer disco sigue siendo con Jason, ni de broma pienso cederle estas canciones. Sería como entregarle mi corazón, y él ya compró mi cuerpo y mi alma.

Estas canciones serán para mí. Las grabaré cuando sea libre de él y *quizá*, algún día, las publique.

El día se evapora mientras permanezco encorvada sobre la guitarra, y me sorprendo al mirar el reloj y descubrir que ya es por la tarde. Llamo a Callum solo para escuchar su voz, con la excusa de que puedo recoger a Noah si quiere. Estoy segura de que dirá que no, así que su respuesta me descoloca.

—Sería de mucha ayuda.

—¿Sí? —doy una vuelta por la cocina, entusiasmada con la idea de volver a conducir—. Y dime, ¿tengo que llevarlo directo a casa o podemos hacer una parada?

La pregunta le cuesta más, pero debe de sentirse optimista con lo de Jason, porque, tras un momento, dice:

—Bien, Quinn. Para donde quieras. Pero no le compres una guitarra.

Se me ilumina la cara con una sonrisa. Por supuesto Callum sabe adónde pienso llevarlo; me conoce hasta los huesos. Qué sensación tan extraña y maravillosa.

—*Lo juro solemnemente* —digo, completando la cita en mi cabeza—, *que mis intenciones no son buenas*.

—¿Qué?

—Nada. Callum, fiel a sus novelas de abogados, no ha leído *Harry Potter*; mejor así.

Me recojo el pelo en una coleta en lugar de pelearme con los nudos, me doy un toque de pintalabios para no parecer recién salida de la cama y salgo hacia el colegio. La expresión de Noah al verme al volante es la guinda de un helado perfecto: da un saltito torpe antes de correr hasta la puerta. Se me derrite el corazón y la sonrisa —que ya no creía posible agrandar— me duele en las mejillas. ¿Cómo puede ser que recoger a este crío del cole me haga tan feliz? Nunca he sido demasiado maternal.

Una de las mujeres que supervisan la fila de coches se acerca. Luce un rubio de peluquería impecable y un maquillaje digno de una profesional. Bajo la ventanilla mientras se aproxima, preguntándome si necesitaré algún permiso firmado.

—Hola —dice—. Tú eres Quinn Collins, ¿verdad?

—Sí. Soy yo. —Mi rostro adopta automáticamente una sonrisa radiante; es mi expresión por defecto para los fans. Sin embargo, la mujer no me la devuelve. Parece un par de años mayor que yo; me resulta vagamente familiar y me deja un regusto amargo. Si la conocí en el instituto, seguro que no me caía bien. Aun así, la sonrisa se me queda clavada—años de entrenamiento—, pero como sigue plantada en mi ventanilla, con los brazos cruzados, la dejo caer—. Soy una amiga cercana de la familia. Callum Evans me pidió que lo recogiera.

Frunce los labios.

—Lo sabemos. Te han añadido a la lista de recogidas autorizadas.

—Ah, vale. —La miro, desconcertada, tratando de averiguar qué demonios quiere si no es un permiso, y sin saber cómo preguntarlo. A estas alturas estoy convencida de que no quiere un autógrafo.

Emite un sonido de desaprobación en el fondo de la garganta, gira sobre el tacón de sus zapatos planos y sensatos y regresa con las otras mujeres.

Arranco, con la sensación de haber escapado por los pelos de un castigo.

—¿Y *eso* a qué ha venido? —murmuro.

No se lo pregunto a Noah, pero él interviene con tono neutro, casi informativo:

—Le gusta mi padre.

Lo miro por el retrovisor para adivinar su reacción, pero no parece afectado. Contempla el paisaje, balanceando los pies en un vaivén feliz.

Yo sí me siento molesta.

—¿A tu padre le gusta ella?

Noah sacude su cabeza rubia, alegre. Nos cruzamos la mirada en el espejo y sonreímos.

—¿Te cae bien ella? —pregunto con un pellizco de culpa, por si me estuviera interponiendo en la madrastra perfecta para Noah.

Noah se encoge de hombros.

—Es *muy* maja conmigo, pero no estoy en su clase. Y es mala con mi amigo, que sí está en su clase. —Se muerde el labio inferior mientras sopesa esas dos pruebas. Luego, al ver que entramos en el parking de la tienda de guitarras, lo olvida todo.

Primero, la emoción le ilumina la cara.

Luego, la aprensión.

—¿Lo sabe mi padre? —pregunta, nervioso, mientras aparco y apago el motor.

—Claro que sí. —Me desabrocho el cinturón y me giro hacia él—. Escucha, Noah: la única norma es que no puedo comprarte una guitarra.

Noah suelta una carcajada de pura alegría de seis años.

—¿Es que no sabe que venden más cosas que guitarras?

—No lo sabe.

Como dos cómplices a punto de ejecutar el atraco más fácil de la historia, nos lanzamos hacia la tienda de guitarras. El corazón se me eleva, como siempre, nada más cruzar la puerta de un lugar dedicado a la música. Jevon vuelve a estar tras el mostrador, y voy primero a saludarlo mientras Noah se dirige al fondo, donde hay una batería en miniatura.

Le cuento a Jevon la única norma de nuestra misión y empiezo a buscar qué podría comprarle a Noah. El problema es que, aunque disfruta aporreando la batería, su corazón late claramente por las guitarras. Al pasar de nuevo junto al mostrador, Jevon comenta con total naturalidad:

—Sabes, también damos *clases* de guitarra.

—Ya, pero no puede recibir clases sin una guitarra… —empiezo, hasta que veo cómo Jevon se inclina sobre el mostrador. Un codo descansa sobre la madera y la mano le sostiene la barbilla. El otro brazo se estira y la muñeca se pliega de forma incómoda por el borde: señala un folio amarillo de 9 × 11 con apenas unas líneas manuscritas y un *clip-art* de una guitarra.

¿No quieres comprometerte?

¡Prueba a alquilar!

—Nunca dijo… —empieza Jevon.

—…que no pudiera *alquilarle* una guitarra —remato yo, y sonrío.

CAPÍTULO 18

CALLUM



Noah me espera en el recibidor cuando llego a casa aquella tarde. Tiene los ojos muy abiertos y una sonrisa traviesa pugna por asomar. La contiene una y otra vez y, por alguna razón, mantiene las manos escondidas a la espalda. En el espejo del pasillo compruebo que no sujeta nada: los dedos simplemente están entrelazados. Es la viva imagen de un crío que no sabe si ha hecho algo malo ni si va a librarse, pero, en cualquier caso, se lo ha pasado en grande.

Se oye un estruendo en la escalera, la clase de estampida que haría un *golden retriever* al bajar: puro ruido y entusiasmo. Alzo la vista, medio esperando encontrarme al perro, pero es solo Quinn. Lleva un puñado de pulseras que repiquetean contra la barandilla mientras desciende a toda prisa. Tiene los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, como si acabara de reírse a carcajadas. Salta los dos últimos escalones y aterriza junto a Noah. Se miran y, de inmediato, comparten esa sonrisa conspiradora.

Dejo el maletín en el suelo y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Soltadlo.

Noah reprime de nuevo la sonrisa y se vuelve hacia Quinn. Está claro que ella le ha indicado, sin palabras, que sea ella quien hable por los dos.

—Callum —dice con un tono sorprendentemente ensayado—. Estoy tan agradecida de que tú y Noah me hayáis acogido que quería hacer algo para demostrarlo.

No puedo evitar fijarme en lo pronunciado que es el escote en V de su camiseta, en cómo los vaqueros se amoldan a su culo. Si Noah no estuviera, se me ocurrirían un par de sugerencias sobre cómo podría demostrar su gratitud; pero está, así que me preparo para lo inevitable.

—Así que, con ese fin —Quinn se coloca un mechón tras la oreja y alza la mirada al techo, como si repasara un guion—, le he comprado al crío *clases* de guitarra. Dice las dos últimas palabras tan deprisa que se funden; no quiere, ni por un segundo, que piense que ha pasado por alto mi única directriz. Luego clava sus ojos grises en mí, expectante.

—¿No va a ser complicado dar clases de guitarra sin…? —pregunto, pensándolo un segundo—. Se pueden alquilar guitarras, ¿no?

Quinn asiente.

En el espejo del pasillo veo cómo los dedos de Noah se aprietan todavía más. Sus hombros menudos se alzan y echan hacia atrás, casi como un soldado a punto de recibir órdenes. Parece prepararse para mi inevitable «ni de coña». La sonrisa queda oficialmente reprimida. Tragada.

La culpa me golpea sin aviso. ¿He sido tan duro con el crío que llega a creer que soy capaz de arrebatarle algo que desea con tantas ganas? Repaso mentalmente las últimas semanas y sospecho que quizá sí. Así que, aunque detesto la idea de que mi hijo siga los pasos musicales de su tía en lugar de centrarse en algo más práctico, me planto la mejor sonrisa que tengo y digo:

—Genial.

Enseguida la sonrisa le vuelve a estallar en la cara, grande, plena, feliz. Afloja las manos y me rodea la cintura con los brazos.

Quinn también da un paso hacia mí, pero se frena. La observo mientras devuelvo el abrazo a Noah. Extiendo un brazo para incluirla, pero ella niega con un leve movimiento de cabeza y señala a Noah con la barbilla.

—Eh, enano —digo, sin darme cuenta de que le copio el apodo—. ¿Puedo abrazar también a tu tía Quinn?

—¡Sí! —responde entusiasmado. Afloja un brazo y lo extiende hacia ella. Nos quedamos como un libro abierto hasta que ella, vacilante, se cuela en nuestro abrazo.

El corazón se me llena de forma inesperada y casi dolorosa mientras rodeo con un brazo a Quinn y con el otro a Noah. El rostro de Emma se cruza fugaz ante mis ojos, pero solo un segundo. Me preparo para la culpa inevitable, para el duelo aplastante, para esa sensación de pérdida irreparable. En su lugar, la imagen me aporta una calma insólita. No sé qué demonios creo sobre la vida después de la muerte, pero sé que, si pudiera preguntarle ahora, Emma querría a alguien como Quinn en nuestra vida. Puede que no hubiera elegido *a Quinn* en concreto, pero nadie la culparía por ello. Cuando Emma estaba viva, Quinn era aquella chica salvaje, casi mítica, de Belmont Springs que cantaba poesía tan bella que te rompía el corazón y soltaba tacos a cada frase. Y Emma querría a alguien que adorase a Noah y que pudiera plantarme cara, y Quinn encaja a la perfección.

Aprieto un poco más mi abrazo y luego los suelto. Quinn retrocede medio paso y me observa. Hay en sus ojos una expresión suave y curiosa, como si hubiera captado un destello de lo que siento pero no supiera interpretarlo.

Yo tampoco lo sé.

Jason Cain permanece en silencio los días siguientes, y yo tampoco lo busco para darle un empujón. Me digo que es porque es volátil; podría presionarlo demasiado y que se desquitara con Quinn. La

verdadera razón —esa que entierro bien hondo para no afrontarla— es que no *quiero* saber de él. En cuanto firme ese contrato renegociado, Quinn será libre para volver a su antigua vida. Tendrá esos tres eventos privados que ya tiene programados, y yo la acompañaré, pero lo que tenemos aquí se habrá terminado.

Lo veo clarísimo. Hablaríamos hasta la saciedad de cómo podríamos hacerlo funcionar. Ni siquiera sería una relación a distancia, al fin y al cabo. Sin embargo, aunque apenas nos separarían poco más de sesenta minutos en coche, viviríamos en dos mundos distintos. Esos eventos privados serían simples treguas dentro de nuestras vidas separadas, pero no durarían. *Nosotros* no duraríamos.

Así que cada día que no sé nada de Jason Cain es un regalo.

Empiezo a trabajar desde casa siempre que puedo para estar cerca de ella. El timbre rico y casi primitivo de su voz en la habitación contigua hace que la mierda aburrida en la que trabajo resulte un poco menos banal. A veces capturo chispazos de su melena rojo fuego mientras se desplaza de un cuarto a otro. Su perfume, dulce y especiado, me envuelve cuando se acerca por detrás para sorprenderme. Siempre la noto llegar, pero cuando me cubre los ojos con las manos o las desliza por mis hombros, finjo que me pilla desprevenido. No quiero que deje de colarse en mi día.

Como ya no tengo una hora de trayecto al final del día, normalmente puedo ir a recoger a Noah con ella. Tiene su primera clase de guitarra con la guitarra alquilada el miércoles. Ya sé que acabaré comprándole una propia. Le encanta de esa forma en la que solo finge que le gustan la gimnasia y el fútbol. Empieza a ventilarse los deberes a toda velocidad para poder trastear con su Loog Mini de alquiler.

Cuando Quinn se sienta con él, le ayuda a encontrar los acordes entre el lío de cuerdas y a afinar; está más paciente de lo que jamás la he visto. Es como si la quietud que siempre se le escapaba, por fin, la hubiera alcanzado. Puede permanecer así dos horas, con la cerveza a su lado calentándose, intacta.

Renee también se da cuenta.

—Te gusta esto —observa mi hermana una tarde, cuando viene a casa—. Te gusta *de verdad*.

Noah hace los deberes en mi escritorio del despacho y nosotros estamos en la biblioteca.

—Mmm, sí —responde Quinn, distraída—. Es un buen crío; lo hace divertido.

—¿Crees que es solo Noah? A lo mejor te gusta enseñar.

Quinn resopla, como si semejante idea le pareciera descabellada. Da un sorbo a la cerveza que lleva dos horas sobre la mesilla y frunce la nariz.

—Me la has dado caliente.

—Estaba fría cuando te la di —le recuerdo mientras la cambio por otra nueva.

—Mentira. —Despliega las piernas con un gesto de fastidio y palmea el hueco del sofá a su lado. Todavía conserva la hendidura pequeña que dejó el cuerpo de Noah.

Me dejo caer allí y ella apoya las piernas sobre las mías. Nuestras miradas se enganchan y ambos notamos el cambio en el aire: un chispazo de electricidad que no se disipa, por cansados que estemos. En una hora, Noah estará dormido y Renee se marchará porque madruga. Seremos solo nosotros dos. Me siento como un crío esperando la mañana de Navidad.

Renee suspira de forma teatral y se obstina en mirar a otra parte durante un momento.

Me acomodo en el sofá y Quinn se deja caer hacia atrás hasta que el reposabrazos se convierte en apoyo para su espalda arqueada. Estira los brazos y deja caer la cabeza, de modo que lo único que veo de su rostro es la curva inferior de su barbilla.

—Eh —dice con voz amortiguada. Chasquea los dedos para llamar la atención de Renee.

Renee no parece nada sorprendida de ver a Quinn mirándola cabeza abajo. Ladea la cabeza y dice:

—¿Qué?

—Casi es el cumpleaños de Joanne —Quinn alarga un brazo, tantea hasta encontrar mi mano y se incorpora—. Su vigésimo *séptimo* cumpleaños.

La cabeza de Renee se gira bruscamente ante esa revelación.

—No estamos a punto de cumplir veintisiete.

Procuro no bufar.

—Joanne es un año mayor que nosotras, ¿recuerdas? Así que es el fin de semana que viene.

Renee hace el cálculo en un instante.

—Eso es dentro de nueve días.

—¿Crees que tenemos tiempo?

Renee se pellizca el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, igual que hago yo cuando estoy estresado o calculando algo.

—No para todo lo que planeamos. Por ejemplo, definitivamente no podemos hacer el viaje por carretera.

—Espera, ¿qué? —He sacado el móvil en cuanto ha salido el tema del cumpleaños de Joanne, pero ahora las miro—. ¿Por qué demonios estabais planeando un road trip para el cumpleaños de Joanne?

Renee me dedica una mirada que dice claramente que, si tengo que preguntar, no merezco la respuesta.

Quinn se inclina y me da unas palmaditas en el brazo, como si yo fuera Noah intentando seguir una conversación sobre física nuclear.

—Porque es su vigésimo *séptimo* cumpleaños —dice como si yo supiera qué demonios significa eso, y vuelve a mirar a Renee.

Renee también ha sacado el móvil y sus pulgares vuelan sobre la pantalla.

—Creo que podríamos conseguir que Jimmy's lleve el catering. No es que estén haciendo otra cosa.

Ahora *yo* me siento como Noah intentando seguir una conversación sobre física nuclear. ¿Qué demonios tiene que ver Jimmy's con el cumpleaños de Joanne y por qué iban a encargarse del catering? Jimmy's es un bar para todas las edades, lo más parecido a un centro social en nuestro pueblo. Son famosos por servir unas patatas fritas tan blandas como chamuscadas y hamburguesas más duras que un disco de hockey. Eso sí, la cerveza es buenísima.

—¿Cómo que no están haciendo otra cosa? —Quinn quita las piernas de mi regazo y se inclina hacia delante, preocupada.

—La escena musical por aquí ya no es lo que era en nuestros mejores tiempos —Renee se encoge de hombros, fingiendo que no le importa tanto como sé que le importa—. Jimmy's sigue abierto, pero de milagro.

Quinn también lo comprende; las comisuras de su boca se desploman.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Renee le dedica una mirada irónica.

—¿Y qué vas a hacer, QC? ¿Volver a Belmont y tocar allí otra vez?

—*Quizá*.

Me sorprende lo apasionada que suena, y me desconcierta todavía más cuando me mira, casi como si me incorporara a ese plan.

Casi como si de verdad fuera a quedarse.

CAPÍTULO 19

QUINN



No puedo creer que Renee no me haya dicho lo de *Jimmy's*. *Jimmy's* fue aquel primer tugurio que nos prestó su escenario, diminuto y pegajoso, cuando apenas teníamos quince años, y todavía puedo oler la mezcla agria de sudor y cerveza rancia incrustada en las tablas. Más tarde, después de la mini gira que hicimos entre penúltimo y último curso, Jimmy nos construyó una tarima algo más alta, sacrificando dos de sus maltrechas mesas de billar para hacernos hueco. Yo estaba plantada en el borde, a mitad de nuestra versión de *Popular* de *The Veronicas*, cuando crucé por primera vez la mirada con Jason Cain. Un socio suyo había visto uno de los bolos de esa gira exprés —la que nuestros padres aprobaron sobre todo porque Joanne ya había cumplido dieciocho y podía registrarnos en los moteles—.

Aquello fue el principio de todo.

No pienso dejar que termine así. No sin plantar batalla.

En cuanto Renee se marcha, me vuelvo puro nervio. Recorro el salón, me siento un segundo, me levanto de un salto y me planto en la cocina. Abro la nevera y me quedo embobada frente al brick de zumo de manzana. La cierro con un golpe suave y me deslizo hasta la biblioteca, donde mi guitarra me espera. Callum se ha instalado ya en el escritorio y adelanta trabajo mientras yo trato de domar esa marejada que me revuelve las entrañas.

—Es *Jimmy's* —suelto al pasar junto a él por cuarta vez.

Callum alarga la mano y me sujeta por la cintura, atrayéndome a su regazo. Normalmente es justo donde quiero estar, pero ahora me retuerzo: necesito moverme para pensar. Sin embargo, él me aprieta más contra su pecho.

—Te dejo ir, pero antes… ¿qué demonios tiene de especial cumplir los veintisiete? —Su boca roza mi oído y me provoca escalofríos. Dejo de forcejear, le rodeo el cuello con el brazo y me giro para poder mirarlo.

—El club de los veintisiete —explico, de repente un poco sin aliento cuando sus dientes mordisquean mi lóbulo. Luego caigo en que Callum probablemente no tiene ni idea—. Muchos músicos famosos murieron a los veintisiete: Kurt Cobain, Brian Jones, Jim Morrison, Amy Winehouse, Robert Johnson, Janis Joplin, Jimi Hendrix…

—Ya lo pillo —me corta Callum—. Pero ¿qué tiene que ver eso con su cumpleaños?

—Es la temática: músicos muertos. Porque *nosotros* somos músicos. —Sonrío al recordar cómo lo ideamos en su decimoséptimo cumpleaños. Celebramos aquella fiesta en el chalé de unos padres demasiado confiados que se fueron de viaje y dejaron el mueble-bar sin candado. Conservo recuerdos dulcísimos de esa noche, entre ellos el de tumbarnos boca arriba en la enorme cama elástica del jardín, contar estrellas y planear este mismo evento. No puedo creer que me haya pillado con la guardia baja.

Pero cuando miro a Callum, esperando que me devuelva la sonrisa, encuentro su boca torcida en un gesto de disgusto. Su brazo alrededor de mi cintura se afloja; podría apartarme si quisiera. A veces parece que lo prefiere.

—¿*Músicos muertos*? —dice con una voz extraña y tensa.

Me sacude la certeza incómoda de que su relación con la muerte dista mucho de la mía. Él perdió a su esposa, la madre de su hijo, el

pilar de su vida. Yo, en cambio, solo he llorado a hermosos desconocidos —la mayoría ya había muerto antes de que yo naciera.

—Es un homenaje —intento explicar—. No es macabro.

—Es absolutamente macabro.

Me encojo de hombros y los dejo caer.

—Puede. Pero también es una manera de recordarlos.

Sé que esas palabras le llegan. Percibo cómo lucha por encontrar el equilibrio entre mantener vivo el recuerdo de Emma para Noah y soltarla él mismo. Ahora también combate por entender cómo ese homenaje puede convertirse en una fiesta de cumpleaños. Apoyo mi frente en la suya y espero.

—Está bien —concede al cabo de un minuto, la voz tensa, como si acabara de debatir consigo mismo—. No lo entiendo, pero tampoco tengo por qué, ¿cierto?

—Solo tienes que venir y pasarlo bien —confirmo.

—Y no tengo que disfrazarme de Jimi, ¿verdad?

Me río y niego con suavidad, la frente aún pegada a su sien.

—No. Solo tienes que venir.

En el plan original íbamos a tocar una canción de cada uno de los miembros principales del Club de los Veintisiete, pero ahora se me ocurre una idea mejor para proponerle a *The Belles*: podríamos interpretar una o dos piezas y, además, invitar a otras bandas locales a subirse al escenario. Tal vez así la escena musical volvería a respirar. Sería una especie de RCP para el alma.

—Es buena idea —dice Callum cuando se lo cuento, con un arranque de entusiasmo que casi me hace saltar de nuevo de su regazo. Él cobra vida y me estrecha para retenerme. Una comezón se desliza bajo mi piel, un leve cosquilleo de pánico: me siento atrapada.

Nunca fui claustrofóbica —no hasta que Jason empezó a acorralarme —. Inspiro hondo y me repito que esto es *Callum*.

—Es mucho para montar en semana y media —continúa, sin ser consciente de lo que me pasa por la cabeza.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer?

Sus ojos relucen al mirarme y noto el cambio en su cuerpo. De pronto ya no me siento atrapada: no hay otro lugar en el que desee estar. Mi respiración se acelera cuando su polla late bajo mí. Me balanceo encima y, de repente, los vaqueros me resultan insoportablemente estrechos. Necesito quitármelos. Desabrocho el botón, tiro de la cremallera, pero no ceden; tengo que ponerme de pie. Esta vez Callum me deja escapar. Se reclina en la silla y me observa, los ojos entornados, mientras me deslizo los vaqueros y las braguitas de una sola vez antes de volver a su regazo.

—Espera —digo de pronto, y corro a cerrar las puertas dobles. No tienen pestillo, pero si oímos a Noah levantarse, tendremos tiempo de recomponernos. Cuando regreso, Callum se ha pasado al sofá. Lleva el pantalón desabrochado y su polla está fuera, erguida.

—Qué presuntuoso —me burlo, subiéndome a horcajadas sobre sus muslos.

—Tú te los has quitado primero —señala. Mete los dedos bajo el dobladillo de mi camiseta suelta y la sube por encima de mi cabeza, luego desabrocha mi sujetador. Cuando deslizo los tirantes y me encaramo completamente desnuda, sus ojos brillan de satisfacción —. Eres perfecta.

—Díselo a los que retocan con Photoshop. —Me inclino para morderle suavemente el labio inferior mientras él llena sus manos con mis pechos.

—Son unos idiotas.

—Son mis pecas. —Me señalo los pómulos, donde aún quedan algunas sobre mi piel pálida; la mayoría se han difuminado—. Las odian.

—Eres perfecta —repite Callum. Besa un lado de mi cara y luego el otro antes de regresar a mi boca. Nuestras lenguas se entrelazan, y también nuestros dedos. Estoy empapada y sé que él está a punto de estallar, pero ninguno acelera. Es un lujo demorarnos así. No sé cuánto durará—si dentro de una semana estaré de vuelta en Los Ángeles o si encontraremos la forma de prolongarlo—, pero ahora mismo esto es todo lo que necesito.

Deslío mis dedos de los suyos y le desabrocho la camisa botón a botón antes de separar la tela. Su corazón late más rápido en ese pecho ancho y musculado. Apoyo la palma y siento su compás firme, luego bajo las manos por cada centímetro duro hasta su regazo.

Callum deja escapar un siseo cuando empiezo a masturbarlo. Se recoloca y me afianza de la cintura.

—Móntame —gruñe. Y, antes de que haga nada, me alza y siento el grueso glande de su polla presionar la unión de mis muslos. Me bajo sobre ella, notando cómo me abre centímetro a centímetro. Nos miramos a los ojos mientras me baja del todo, llenándome por completo. Luego empieza a mover las caderas despacio, dejándome acostumbrar a su grosor con este nuevo ángulo.

Me aferro a sus hombros para mantener el equilibrio y empiezo a cabalgarlo. Al principio me resulta demasiado grande, pero en cuanto me acostumbro, una presión deliciosa se va acumulando en mi cuerpo. Gimo, dejando caer la cabeza hacia atrás. Él baja la boca a mis pechos, besándolos, chupándolos y mordiéndolos mientras yo giro cada vez más rápido sobre su polla.

Un grito se me forma en la garganta, así que inclino la cabeza hacia delante y ahogo los sonidos contra su hombro. Él aún me mantiene firme con una mano en la curva de mi espalda, pero enreda la otra en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

—Quiero oírte —gruñe. Su propia voz casi no se reconoce. Sus ojos se han oscurecido y los tendones de su cuello se marcan cuando embiste, llenándome a fondo y empujándome sin remedio hacia el borde.

Me agarro a él con una mano e intento ahogar mis jadeos con la otra, pero me la aparta. Aumenta el ritmo y una fina capa de sudor nos cubre a ambos mientras intento seguirle. Me empuja más y más hasta el límite y, antes de darme cuenta, olas de éxtasis oscuro me atraviesan. Grito su nombre al precipitarme y pierdo toda noción de mí; solo soy un amasijo de sensaciones, un placer increíble mientras él sigue dándome.

—Quinn —jadea, su voz grave y gutural, mirándome a los ojos mientras veo dilatarse sus pupilas. Se corre dentro de mí y luego caemos de lado en el sofá, aún enredados, agotados y satisfechos.

—Joder —murmura contra mi cabello—. Te quiero jodidamente.

Me quedo rígida un largo momento. Cuando reúno valor para mirarle, tiene los ojos cerrados y los labios curvados en una sonrisa de león saciado. Contengo el aliento, esperando que abra los ojos, que se pregunte por qué no se lo he devuelto. Pero cuando los abre, solo encuentro cálida somnolencia.

—¿Arriba? —pregunta como si nada raro hubiera pasado.

—Arriba —susurro, aún sin aliento por la intensidad del orgasmo y por lo que acaba de decir.

Paso la noche entera esperando —y vaya si hacemos noche— a que comente algo más, pero no lo hace. Cuando por fin nos quedamos dormidos enredados, ya lo he racionalizado: no quería decirlo, fue el calor del momento, no está *realmente* enamorado de mí.

Pero, para mi sorpresa, en lugar de alivio, esa racionalización me trae tristeza.

Le prometí a Renee que me quedaría con su cuerpo y dejaría su corazón en paz.

Pero ¿qué hay del mío?

CAPÍTULO 20

CALLUM



Trabajo desde casa al día siguiente. Le digo a Quinn que tengo una cita y, después, conduzco hasta el cementerio. Es uno de los pocos rincones del pueblo que la Línea no corta en dos; los muertos se mezclan mejor que los vivos.

«Porque a nadie le importa quién presume de carrito de golf más grande», resoplaría Renee si estuviera aquí.

El sol se refleja en la foto de Emma, enviándome destellos dorados mientras avanzo. Me hago sombra con la mano hasta que estoy lo bastante cerca para verla: guapa, sonriente, eternamente joven. El dolor me golpea con la misma fuerza de siempre. Es tan jodidamente injusto. Tan jodidamente absurdo. Un camión de reparto se saltó una señal de stop. Ella simplemente cruzaba la intersección en ese instante. El vehículo embistió su puerta, empujó el coche al carril contrario y lo arrugó como las latas de cerveza que mis colegas del instituto aplastaban contra la frente después de vaciar unas cuantas de más.

Mi pecho es una olla a presión. La muerte de Emma casi me hizo estallar. El fangal de dolor y tristeza se revuelve en la cavidad torácica, se calienta, se acumula. Cierro los ojos, inspiro hondo y espero el inevitable nudo en la garganta, que el duelo asome sus dedos desde el pecho y me apuñale detrás de los ojos.

Pero, para mi sorpresa, al cerrarlos noto una tristeza suave, callada y totalmente distinta de la mía. Es tierna, arrepentida, pero amortiguada. Inspiro otra vez y suelto el aire. Mi mezcla tóxica de pena y dolor se aligera; ese duelo más ligero y sereno ocupa su lugar. Con cada aliento ocurre lo mismo, hasta que mi pecho deja de sentirse como si alguien hubiera metido una tenaza entre mis costillas para abrirme en canal.

No sé en qué creo, pero ahora mismo siento a Emma. Me quedo inmóvil, como si cualquier movimiento brusco pudiera ahuyentarla. Mantengo los ojos cerrados y extiendo todos mis sentidos.

El trinar de los pájaros.

El sol cálido sobre la cabeza; una brisa fresca me envuelve los hombros.

El olor de su perfume.

Tengo el impulso de abrir los ojos para ver si de verdad está de pie junto a mí, pero me obligo a mantenerlos cerrados.

Durante cinco respiraciones completas huelo su perfume. La siento a mi lado.

Y luego se va.

Se va de verdad.

Abro los ojos y el mundo se siente distinto. He venido aquí impulsado por la culpa —me he enamorado de otra mujer cuando juraba que nunca lo haría—, pero encuentro absolución. Más aún, siento que no hay nada que perdonar.

Me quedo más rato que nunca. Ahora es fácil. Ya no siento que cada segundo vaya a matarme y dejar a Noah huérfano. Le cuento a la lápida —no creo realmente que Emma siga aquí— todo lo que quiero decirle, prometo traer a Noah pronto y me marcho sintiendo que me han quitado mil kilos de encima.

Al salir por las verjas del cementerio debería girar a la derecha y seguir la carretera de vuelta a casa; en cambio, giro a la izquierda. Siento un impulso extraño de recorrer todo el pueblo. Paso la mayor parte del tiempo en Waterford —tenemos todo lo necesario: supermercados, gasolineras; podría vivir allí toda la vida sin salir—, y de hecho lo hago, salvo para visitar a Renee.

Ahora, sin embargo, paso junto a nuestro antiguo instituto, donde conocí a Emma. Caigo en la cuenta de que, con el flamante Waterford High, jamás nos habríamos cruzado: ella habría ido al centro de su lado de la ciudad y yo me habría quedado en el mío. Entro en nuestro barrio y, en lugar de ir directo a casa de Renee, recorro todas las calles. Recuerdos largamente olvidados emergen a la superficie. Me descubro sonriendo: no siempre he sido tan estirado. Renee y Quinn no lo recuerdan porque tenían cinco años, pero yo exprimí mi juventud en estas cinco calles. También explorábamos aquellos bosques salvajes que entonces carecían de vallas.

Fue un buen sitio para crecer. No teníamos patrulla vecinal, pero sí vecinos que siempre estaban pendientes. No teníamos una gran piscina comunitaria con toboganes y chiringuito, pero teníamos un lago si estabas dispuesto a caminar media milla por el bosque.

Pero luego me enamoré de Emma. Vi cómo vivía la otra mitad y me gustó más. Más importante aún, creí que tenía que vivir así si quería a la rubia guapa que venía de allí.

Ahora niego con la cabeza. Ojalá pudiera volver y decirle a mi yo más joven que se relajara. Emma me querría aunque no me hiciera socio antes de los treinta. Que toda esa mierda me importaba a mí más que a ella.

Estoy a punto de terminar mi ruta por el viejo barrio y regresar a casa cuando veo el coche de mi madre aparcado, incongruente, en nuestra antigua entrada. La visión es tan familiar que casi paso de largo, hasta que lo extraño hace clic.

Sí, ese Toyota Camry rojo pasó la mayor parte de su vida con las cuatro ruedas sobre este asfalto lleno de baches —que algún día Renee debería reasfaltar—, pero ahora no debería estar aquí. Aparco al lado, preguntándome si habrá algún problema en la casa. ¿Habrá pedido Renee a mi madre que espere dentro para dejar pasar a un fontanero o algo?

Llamo un par de veces, pero nadie responde. Entonces oigo risitas suaves y música en el patio trasero. Rodeo la valla hasta la puerta. Ahora la escucho con claridad: suena una vieja canción de *The Belles*. Me detengo un segundo, sorprendido por lo buena que es; ni la falta de una producción pulida le resta fuerza.

Descorro el pestillo, empujo la puerta y la imagen al otro lado —que de primeras confundo con Renee, Quinn, Mia y Joanne— tarda un segundo en enfocar. No, no son ellas: son mi madre, la madre de Mia, la madre de Joanne y la madre de Quinn.

La madre de Quinn —Moira, rescato el nombre de la memoria— me mira con los mismos ojos verdes de su hija.

—Callum Evans. ¡Mira por dónde!

—Señora Collins —respondo, volviendo automáticamente a los viejos patrones. Miro la escena, divertido y perplejo a partes iguales. Podría haber entrado en una instantánea de mi infancia: las mismas cuatro mujeres sentadas en las mismas sillas de rayas verdes y blancas. Todas sostienen el mismo libro de bolsillo —algo popular que reconozco aunque no sabría decir de qué va—. Las madres de Mia y Joanne tienen una cerveza light; mi madre, un refresco light, y la señora Collins —me anoto mentalmente contárselo a Quinn— sujeta un vape.

—Hola, cariño —dice mi madre con un deje culpable—. Nosotras solo…

—No te justifiques ante el chico —interrumpe la madre de Joanne—. Me clava la misma mirada directa, casi enfadada, que heredó su hija

—. A tu madre no le gusta Waterford.

—No es que no me guste Waterford —corrige mi madre enseguida —, pero con Moira en la ciudad pensé que sería divertido volver a nuestros viejos dominios.

—Siguen siendo nuestros dominios actuales —le recuerda la madre de Mia.

—Ya me entiendes.

Hay algo bajo la superficie de esta riña banal, pero no sé qué.

—Tiene razón, mamá —digo, decidido a no averiguarlo—. No hace falta que te expliques. Pasead donde os dé la gana. —Estoy a punto de recordarles que podrían haber ido a nuestro club de campo comunitario, pero la expresión de la madre de Joanne me hace pensármelo dos veces.

Me siento en el hueco libre junto a Moira.

—¿Sabe Quinn que estás en la ciudad?

Exhala una nube con aroma a uva.

—Todavía no. No quiero estresarla.

Es cierto que, de niños, la madre de Quinn la ponía de los nervios. Por eso ella pasaba tanto tiempo en nuestra casa o en la casita del árbol. Pero ahora percibo en Moira una energía distinta; la vieja Moira jamás habría mostrado preocupación por estresarla. Estoy a punto de sugerirle que vaya a ver a su hija cuando detecto miradas de soslayo cruzarse entre las cuatro mujeres.

—¿Qué pasa? —pregunto, enderezándome.

Sus caras se vacían.

—Mamá —apunto al eslabón débil—. ¿Qué ocurre?

—Nada. —Mira al cielo, evitando mis ojos. Señal clara de que *algo* ocurre.

La madre de Mia bebe su cerveza con estudiada lentitud, como si luego fueran a examinarla. Moira vuelve a aspirar del *vaper*. Solo la madre de Joanne me sostiene la mirada, su actitud de cero mierda que dar en plena exhibición. Ella me dirá lo que pasa, no porque sea la débil, sino porque no ve motivo para callar.

¿Qué va a hacer *el chico* al respecto?

—La cosa es así, Callum —explica como si siguiera siendo la única adulta de la sala y yo un crío preguntándole cómo arreglar el cortacésped—: el bebé de Moira está en problemas.

Tardo un segundo en conectar que el *bebé* de Moira es Quinn. Hago una mueca.

—Lo sé. Yo me encargo.

La madre de Joanne ladea la cabeza con una expresión astuta.

—Lo sabemos y te lo agradecemos. Pero tú vas a hacerlo por la vía legal y nosotras lo haremos a nuestra manera. Si hace falta.

Busco alguna explicación, pero las otras tres fruncen el gesto y se lo guardan. Mis cejas se alzan tan alto que casi se me caen de la frente. De pronto, las cuatro ya no parecen un club de lectura, sino un aquelarre suburbano.

—¿Qué significa eso… *no*, espera. —Levanto las manos, aunque no esté lloviendo una avalancha de palabras. Mi madre y la madre de Mia miran a la de Joanne con desagrado. El rostro de Moira se ha endurecido—. Mejor no me lo digáis —decido—. No puedo saberlo si vais a hacer algo ilegal.

—No lo haremos —se apresura a asegurar mi madre.

—Pero *lo haríamos* —dice Moira en tono siniestro.

—Pero aún no lo hemos hecho —reconoce la madre de Joanne, casi con pesar.

Miro a las cuatro mujeres, ya cerca de los sesenta. Temo soltar una carcajada, pero por primera vez me doy cuenta de que imponen. No porque sean especialmente grandes o fuertes—no lo son—, sino porque harían cualquier cosa por Quinn. Con razón ella ha vuelto aquí.

—Así que sois como la milicia doméstica —digo despacio—. ¿Os llamo si no puedo con Jason Cain?

—Si quieres verlo así —contesta Moira—. Pero ninguna podremos dormir tranquilas hasta que él esté fuera de la vida de Quinn.

—Y de la tuya y la de Noah —añade mi madre.

Asiento, asimilándolo. Es rarísimo de narices, pero reconforta saber que estas cuatro están en la recámara.

Además, me muero de ganas de ver la cara de Quinn cuando se entere.

CAPÍTULO 21

QUINN



—¿Nuestras madres? —repito— ¿La mía también?

Hacía meses que no veía a Moira. La quiero, pero me cuesta llamarla *mamá*; ha cambiado demasiado. Mamá llevaba trajes de chaqueta y lucía un bob rígido que fijaba con Aquanet. Moira, en cambio, se desliza ahora en faldas largas y vaporosas, no se molesta en cubrir las canas y, por lo visto, vapea. Intuyo que me caerá bien cuando la conozca de verdad, pero aún lucho por separarla de la mujer que me crió, aquella que se convirtió en una armadura alrededor de un espíritu *muy* libre. Me duele pensar en todo el tiempo que sostuvo esa coraza, quizá sin necesidad. Tal vez lo supiera de forma inconsciente y, por eso, yo misma me lancé a lo poco convencional.

—Las cuatro —confirma Callum—. Solo esperan a que Jason dé un paso en falso.

Una risa me burbujea en la garganta.

—Claro que sí.

Callum alza las cejas, incapaz de ver qué tiene de *obvio* que un cuarteto de mujeres de casi sesenta años planee liquidar a una serpiente babosa como Jason Cain en cuanto asome su lengua bífida en mi dirección.

—Son *Belles* —explico—, mujeres de Belmont Springs.

—¿Como el grupo? —frunce el ceño.

—No, el grupo es como ellas. Así se llamaban entre ellas en su época.

Por aquel entonces nuestras cuatro madres parecían impecables. Sin embargo, cuando miro atrás, veo las señales. Las casas del árbol, por ejemplo: nos dejaban instalarnos allí casi a tiempo completo. También nos permitían ensayar en sus sótanos. Tenían que haber sabido de algunas de las fiestas que montábamos abajo —de la gente que colábamos por las pequeñas ventanas basculantes—, y aun así nos lo consentían porque entendían quiénes éramos, porque no éramos tan distintas de ellas.

Sabía que Mia, Joanne y Renee me respaldarían pasara lo que pasara.

Tenía sentido que las madres también lo hicieran.

Aun así, no me molesto en explicárselo a Callum. Él sigue con esa idea desconcertante de que Belmont Springs es tan provinciano, tan *pobre*, que lo sensato es poner cuantos kilómetros y cuantos dólares pueda entre su presente y el pueblo que lo vio nacer. No alcanza a ver lo especial que es. Las raíces que echamos allí se entrelazan de por vida. Waterford Village es preciosa y meticulosa, pero todo se queda en la superficie. Llevo más de dos semanas viviendo en su casa y ni un solo vecino se ha acercado a saludar. En Belmont Springs no podías pasar una tarde sin que alguien se colara en tu salón como Pedro por su casa. Fueron esos parajes salvajes los que me han dado fuerza desde siempre; los sentía incluso en LA. Cuando las cosas se ponían feas —y al final se pusieron muy feas— yo seguía conectada a algo más grande y más fuerte que yo.

Por supuesto que he vuelto corriendo a ello.

Por supuesto que estaba aquí para protegerme.

Por supuesto que las madres se estaban reuniendo.

Explicar todo eso me parece imposible, así que me inclino y beso a Callum.

—¿Cómo va la renegociación del contrato? —pregunto.

No lo había preguntado antes porque no quería saberlo. Daba por hecho que aquello no podía salir bien; Jason no funcionaba así. Tampoco quería que se reactivara el modo paranoico de Callum. Desde su almuerzo medio exitoso parecía casi relajado, como si solo quedara poner los puntos sobre las íes y cruzar las *t*.

Pero ahora frunce el ceño y se le tensan los labios.

—Está demorando todo. No sé por qué.

Porque es una persona horrible, quiero decir, pero me callo. Noah está en la habitación de al lado. Oigo cómo tantea acordes con sus deditos. Intenta no usar púa porque quiere desarrollar callos como los míos.

Me arrepiento al instante de haber sacado el tema. Callum y yo estamos en la cocina, preparando cenas distintas codo con codo. Él quiere un filete; yo, una ensalada mediterránea. Mi quinoa hierve junto a su carne roja. Pico pepinos mientras él pica una cebolla. Entre los dos se ha instalado una competición tácita para ver qué plato seducirá más —el veredicto lo dictará Noah.

—A Noah le encanta el solomillo —ha comentado con naturalidad al empezar—. Los come desde los cuatro años.

—Eso es porque Noah nunca ha probado un pepino, y mucho menos quinoa.

Sin embargo, al mencionar a Jason, la chispa abandona el cuerpo de Callum. Ojalá pudiera tragarme la pregunta, pero necesito saber. Por mucho que quiera verlo relajado, a veces siento que le doy la espalda a un animal salvaje dispuesto a atacar en cualquier momento. Cuando ignoro la situación, cierro los ojos y aparto la cara: si yo no lo veo, él tampoco me ve a mí.

Pero Jason Cain tiene una capacidad casi omnipresente para verlo todo. Sobre todo cuando siente que alguien le está jodiendo.

—Me pondré en contacto —dice Callum, dándole la vuelta al filete—. Creo que saldrá bien.

Quizá todavía lo crea, pero las dudas empiezan a colarse. Lo noto en la rigidez de sus hombros y en la forma en que los músculos de su mandíbula se niegan a relajarse. Cambio de tema y hablo de la fiesta de cumpleaños de Joanne.

—Tenía razón —digo mientras remuevo la quinoa, asegurándome de que no se pegue al fondo de las carísimas sartenes de Callum—. Jimmy's está encantado de acogerla. Ha sido muy tierno ver lo ilusionado que se ponía.

—Genial —dice Callum. Sé que no está del todo atento, que funciona en piloto automático, pero sigo adelante.

Me dolió el pecho ver lo vacío que estaba el local de Jimmy. Siguen allí las seis mesas de billar, pero solo dos estaban en uso cuando pasamos Renee y yo. Un puñado de gente bebía en la barra, pero ese escenario amplio y bonito permanecía desierto. Muero de ganas de ver pies de micro, amplis y la batería de Joanne ocupándolo.

—Jevon me está ayudando a coordinar con las otras bandas locales. Y por supuesto vamos a invitar a todo el barrio.

—Todo el barrio no va a caber en Jimmy's.

Pongo los ojos en blanco. Siempre se lo toma todo al pie de la letra.

—Casi todo el barrio cabrá. Además tiene esa terraza trasera tan maja. Y no vendrá todo el mundo.

Mezclo la quinoa con el resto de ingredientes y corono el bol con una cucharada de hummus. Le sonrío, satisfecha. Hacía siglos que no me molestaba en cocinar para mí. En LA todo era tan frenético… De gira me apañaba con un hornillo y un microondas. Y luego estaba Jason, siempre vigilando con su láser si sus artistas cabían o no en las tallas

de muestra que enviaban los diseñadores, listo para soltar pullas cuando alguna no entraba.

Preparar este bol enorme y no contar las calorías que le echo se siente como un acto de rebeldía. Ni siquiera me molesta que Noah se incline por el filete, tal como dijo Callum. Saboreo cada bocado y convenzo a Callum para que nos lleve luego a por helado.

—Me alegra que te haya vuelto el apetito —dice, mirándome arrasar con un sundae de fudge caliente, la diversión iluminando sus ojos verdes.

—No te alegrarás cuando te deje sin existencias —le advierto.

El *fudge* caliente estalla de dulzor en mi lengua, como si llevara siglos sin probar azúcar. Puede que sea cierto. Lo devoro igual; sabe a una satisfacción que casi había olvidado. Dejo la cuchara cuando ya he rascado el fondo del vasito y me estiro, brazos por encima de la cabeza.

—Mañana debería ir a hacer la compra.

Callum frunce el ceño. Sé que quiere decirme que no, que irá él o que podemos pedirla a domicilio. Entorno los ojos hasta que suspira.

—Puedes llevarte el Tesla.

—O eso o la moto de Keith Bowen —acepto alegremente.

Luego me inclino y beso su boca fruncida. Lo hago sin pensar, pero incluso antes de que nuestros labios se separen, los dos giramos la cabeza para mirar a Noah.

Noah no puede habérselo perdido, pero parece totalmente despreocupado. Balancea los pies y lame la cuchara como si nada en el mundo le importara.

Callum y yo nos miramos, sin saber cómo proceder.

—Noah… —empieza él, pero se queda en blanco. Es la primera vez que lo veo sin palabras.

—¿Qué? —pregunta Noah. Sus ojos enormes están fijos en nosotros, esperando que alguien diga algo.

Callum me mira, desconcertado.

Tomo el relevo sin dudar.

—Noah, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que la profe de tu amigo quería a tu padre? —cuando asiente, continúo— ¿Qué pasaría si te dijera que *yo* quiero a tu padre? ¿Te parecería bien?

—Ah, sí —responde alegre, como si le hubiera ofrecido otra bola de helado—. Me parecería bien.

—Genial. —Me recuesto, sintiendo que acabo de atravesar con éxito el Triángulo de las Bermudas—. Porque le quiero.

—Creo que a él también le gustas tú —dice Noah, y me echo a reír.

—Me gusta —dice Callum en voz baja, más para mí que para Noah —. De verdad.

Me apoyo en él y siento cómo el calor se expande por todo mi cuerpo. A mí también me gusta. Tanto que empieza a darme miedo.

CAPÍTULO 22

CALLUM



Me pongo en contacto con Jason esta semana, aunque mi instinto me grita que deje a los perros dormidos donde están. No soy de los que agarran un palo para hurgar en los arbustos en busca de serpientes, pero esta víbora en concreto es traicionera. Ha estado demasiado tiempo callada y no creo que se haya olvidado de su gallina de los huevos de oro.

Jason no responde, pero unas horas más tarde su asistente personal devuelve la llamada.

—El señor Cain está en Tailandia por negocios —me dice.

—¿Ah, sí? —pregunto con escepticismo.

Permanezco de pie junto a los ventanales de suelo a techo de mi despacho en LA. Observo cómo el sol se escurre tras los edificios y casi alcanzo a distinguir el club privado donde devoramos aquellos filetes sangrantes. Clavo la vista en esa dirección, como si, entornando los ojos, pudiera atravesar la distancia. Parte de mí no se cree que Jason esté en Tailandia; sería demasiado bueno para ser verdad y hace tiempo que aprendí a desconfiar de los regalos envenenados.

—Sí, se marchó hace dos días —musita, bajando la voz—. Es por uno de sus *talents*, que se ha metido en líos.

Meterse en líos en Tailandia me cuadra mucho más que cerrar negocios allí. Contemplo la posibilidad de que el universo sea tan benevolente: que Jason Cain no se haya esfumado porque esté tramando algo, sino porque de verdad está demasiado ocupado para ocuparse ahora del asunto Quinn.

—¿Cuándo esperáis que vuelva? —pregunto con fingida calma, deseando que sea después de la fiesta de cumpleaños de Joanne. La idea de abarrotar Jimmy's, con la visibilidad reducida y mil caras anónimas, lleva días disparando mi nivel de estrés.

—No volverá hasta dentro de unos días. Probablemente coja el *red eye* de regreso el… —hace una pausa para comprobarlo— …sábado por la noche. El domingo tiene una fiesta.

Mis hombros se relajan al instante. Si Jason va a estar en el aire el sábado, no podrá llegar hasta Quinn en Jimmy's, por mucho que lo desee. Empiezo a preguntarme si quizá está viendo la luz. Quinn ya no es una artista sin raíces, perdida en su extraño universo. Ahora tiene amigos, familia y *a mí* levantando un muro entre él y aquello que pretenda arrebatarle. Tal vez resulte un jodido quebradero de cabeza y firme el contrato solo para quitársela de encima.

Estoy casi satisfecho cuando le indico a la secretaria que Jason me llame a su regreso. Después bajo al despacho de Marshall y le pregunto si le apetece picar algo antes de que conduzca de vuelta. Hace tiempo que no socializo con nadie y hoy es tan buen día como cualquier otro. Mis padres ya planean recoger a Noah y Quinn estará ocupada preparando la fiesta.

—¿Así que no has sabido nada de él? —pregunta Marshall media hora después, cuando ya hemos pedido y le he puesto al día. Sorbe una margarita con un ceño poco habitual. Yo bebo agua —esta noche me toca conducir—. Cada vez con más frecuencia, Marshall se queda en su piso de la ciudad; supongo que esa mansión enorme y preciosa se siente muy vacía sin la familia para la que la construyó. Me anoto mentalmente asegurarme de que vea más a Noah.

—Ni una sola palabra. No sé si eso es bueno o malo.

Su expresión deja claro lo que él piensa.

—Voy a poner *otro* hombre en tu casa.

Estoy a medio trago y me cuesta no escupir el agua.

—¿*Otro* hombre, Marshall?

—¿Crees que confiaba solo en la patrulla del vecindario para mantener a salvo a mi nieto? —bufa, como si tuviera que haberlo sabido.

—Me parece excesivo.

—A mí no —replica con franqueza—. Prefiero tener a los enemigos cerca, así sé dónde coño están. No me gusta que Jason se haya esfumado.

—No se ha esfumado. Está en Tailandia.

—Es por Noah —zanja, dando por terminada la conversación. No voy a impedirle que haga todo lo posible por proteger a su nieto, aunque no crea que necesitemos un guardia armado apostado al final del camino de entrada. Tendrá que ser discreto o la comunidad de propietarios pondrá el grito en el cielo.

—Vale —cedo—. Lo entiendo.

A veces creo que somos los únicos en nuestro círculo que lo entienden de verdad. Es la única persona que jamás me ha dicho que soy sobreprotector con mi hijo. Nunca ha soltado un comentario sarcástico sobre el vehículo que compré tras la muerte de Emma, ese que parece una furgoneta y es tan impenetrable como un tanque. Formamos una fraternidad terrible de dos, con reglas tácitas en lugar de un apretón de manos secreto.

No hablamos del accidente.

Conmemoramos su cumpleaños en silencio, tomándonos el día libre.

Y nunca cuestionamos lo que el otro crea necesario para proteger lo que nos queda de ella.

Después, la conversación deriva hacia temas más ligeros. Le invito a la fiesta de cumpleaños de Joanne y, como preveía, declina. Marshall es Waterford Village de cabo a rabo. Apoyó el plan de urbanización cuando se presentó hace treinta años y compró la primera parcela; durante un tiempo, solo su mansión estaba en pie y él vivía solo en más de cien acres mientras la comunidad crecía a su alrededor.

Yo aspiraba a ser como él y, más o menos, lo he conseguido. Si Emma hubiera vivido, quizá habría seguido sus pasos para siempre. Pero Quinn cambia las reglas. No hay forma de que se convierta en lo que Renee despectivamente llama una Waterford Wife. Aunque lleva casi tres semanas aquí, aún no encaja del todo: como una lámpara Art Déco en un salón minimalista. Demasiado vibrante, demasiado *enérgica*. Una rosa salvaje y ecléctica que se resiste a enraizar en la atmósfera adormilada, beige y gris, de Waterford.

Marshall percibe que algo más, aparte de Jason, me ronda la cabeza y me lo arranca como el experto interrogador que fue antes de pasarse al derecho del entretenimiento. Le expongo mis pensamientos a regañadientes. Aunque cuento con su bendición y Emma lleva muerta cinco años, sigue resultando extraño confesarle a mi exsuegro que me he enamorado de alguien que no es su hija.

—¿No te estás adelantando, hijo? —pregunta, tal y como esperaba.

—Joder, claro que me estoy adelantando. —Me recuesto justo cuando la camarera llega con nuestras cenas. Espero a que se aleje y, en cuanto Marshall le pide más salsa picante, continúo—. Solo llevamos tres semanas.

Tres semanas… y los veinticinco años que la conozco, pero ¿quién está contando? El problema no es lo rápido que me he enamorado de Quinn, sino todo lo demás. Su vida en LA. Su carrera, que la lleva por todo el mundo. Mi carrera, que me mantiene en LA. Mi vida, que me ancla a Waterford.

Marshall pone una expresión que lo dice todo; yo ya pienso exactamente lo mismo.

Con dos vidas aparentemente tan incompatibles, ¿qué demonios hago imaginándola en la mía para siempre?

CAPÍTULO 23

QUINN



Jason estaba en *Tailandia*. La noticia me marea de alivio y felicidad: los hombros se me aflojan y solo entonces caigo en la cuenta de la tensión que llevaba semanas agazapada en mis músculos. Inspiro hondo y noto cómo el pecho se expande más que en todo este tiempo. Suelto una carcajada. ¿Alguno de sus *talents* se ha metido en líos? No me sorprende ni un poquito. Lo único que me asombraría sería que Jason lograra sacar a ese pobre diablo del país sin empeorar la situación.

Giro sobre las baldosas de mármol del baño luminoso de Callum y alzo el rostro para atrapar el sol que se cuela por la claraboya. Las motas de luz se filtran por la piel y siento que casi puedo inhalarlas. El corazón se me llena de helio y mi voz pesca una canción del mismo universo. Me llega casi completa, los versos desplegándose a medida que los tarareo. No es raro que las canciones me lleguen así, pero lo inusual es el tono de esta. Es tan ligera y alegre como yo ahora. Jamás encajaría en mi catálogo actual; ni siquiera serviría para ese hipotético tercer álbum con sus cursis baladas felices de amor. Tiene algo único. Vintage. Intuyo que a la gente le gustará.

Me arden los dedos y, aunque debería secarme el pelo antes de quedar con Mia y Renee, bajo casi volando las escaleras en busca de la guitarra. La melodía se despliega con la misma gracia que la letra; ambas se entretejen y se elevan mutuamente. La toco un par de

veces y enseguida la grabo en el móvil, no vaya a olvidar nada antes de pisar un estudio.

Salgo de casa con diez minutos de retraso y me peleo conmigo misma para no cruzar la ciudad a toda pastilla en el coche, capaz de pasar de cero a cien en menos de tres segundos. Casi parece sacrílego llevarlo despacio; me limito a ir apenas cinco por encima del límite, pero no me arriesgaría a un accidente por nada. No en el coche de Callum; no con el pasado de Callum.

Mia y Renee me reciben fieles a su estilo habitual cuando aparezco diez minutos tarde y con el pelo todavía húmedo.

—Presume, chica —suelta Mia, repasándome de arriba abajo.

Renee alza la vista al cielo. —Ni se te ocurra —murmura, lanzando la súplica a quienquiera que esté ahí arriba.

—*No lo he hecho* —la tranquilizo—. Me he liado escribiendo una canción. Creo que os va a gustar; es diferente. De repente la escucho en mi cabeza interpretada por el cuarteto al completo: un ligero *backbeat* de Joanne, la fuerza de los teclados de Renee, la voz más rasposa de Mia quitándole empalago a la letra, su bajo aportándole peso. No se parece a nada que *The Belles* haya escrito o tocado, pero funcionará. Lo sé.

Llegamos tarde a la cita con Jimmy. Lo veo dentro de su bar, la cabeza ladeada, preguntándose por qué demonios seguimos plantadas en la acera. Pero no puedo evitarlo. Tengo que ponerles la canción ahora mismo.

—Oh —exclama Mia, sobresaltada en cuanto saco el móvil—. ¿Esto va en serio?

—Va muy en serio. —Subo el volumen al máximo y se lo entrego a Renee—. Imaginadla como una canción de *Belles*.

Hasta hace un segundo Renee miraba a otra parte, incómoda con la muy plausible posibilidad de que hubiese llegado tarde por estar

trajinando con su hermano. Ahora, sin embargo, sus ojos se clavan en los míos, intensos, firmes. —¿Una canción de *Belles*? —repite, con un matiz sutil que no alcanzo a descifrar.

—Sí, así me la imagino —le explico lo que acaba de aparecer en mi cabeza. No sé si está cabreada, intrigada o ambas cosas. Sus ojos no se apartan de los míos, algo parecido a la cautela bailando tras el velo que, inexplicablemente, acaba de caer.

Mia, sin embargo, se muestra más directa de lo habitual.

—Quinn, ¿esto lo ves como un tema que grabemos nosotras como *The Belles*, o como uno que toquemos las cuatro y luego cueles en tu próximo álbum, con un puñado de desconocidos de fondo?

A través del cristal percibo la creciente perplejidad de Jimmy. ¿Por qué no entramos? ¿Por qué el cuerpo de Renee se ha vuelto tan rígido, inclinándose casi para alejarse? Yo también estoy perpleja.

—No lo sé; ni siquiera he pensado tan lejos. Quiero decir… no depende solo de mí.

Sus rostros se endurecen al unísono.

—¿Puede que dependa de Jason?

—No. Depende de todas nosotras, ¿no? —Las observo con más atención. Por fin veo lo que temía ver hace siete años, cuando Jason Cain me ofreció un contrato solo a mí: dolor, traición, pena. No es reciente; ha enmohecido, se ha endurecido con el tiempo. Es un absceso que se instaló en lo hondo de nuestra amistad, casi imperceptible hasta que miras lo suficiente.

Intento recordar a la Quinn de dieciocho años. ¿Hasta qué punto miró? La respuesta llega fácil: casi nada. Aseguró, desafiante, que no aceptaría el trato—o todas o ninguna—y luego evitó mirar sus caras por miedo a que vieran el dolor en la suya. Dejó que la convencieran de que estaba bien, de que debía aceptarlo sin reservas. Y luego las dejó atrás.

—Depende de nosotras —susurro, mientras la vergüenza me aprieta el cuello como un torniquete. Me cuesta sostener la mirada de mis amigas, pero lo logro. Poco a poco, Renee me la devuelve. Mia ladea la cabeza, evaluando si esta vez digo la verdad o si escondo otra excusa para hacer lo que me dé la gana, aunque no las incluya.

De pronto deseo grabar esta canción como *The Belles* más que he querido grabar nada en muchísimo tiempo. Una oleada de energía me atraviesa y me devuelve a la época en que grababa mi primer álbum, cuando Jason parecía convencido de que todo lo que ofrecía valía. Antes de que el éxito de aquel *one single* derribara las vallas y él decidiera que *eso* era lo único que debía ofrecer: más de eso, menos del resto de mí.

—Pues si depende de nosotras —gruñe Mia con esa voz rasposa que sé que quedará perfecta en este tema—, yo digo que nos pertenece.

—A todas —musita Renee.

Sé que compartir la canción con otras tres personas significa que ya no será solo mía. Reivindicarán partes, cambiarán trozos, reordenarán otros. Tendré que pelear con tres mujeres muy formidables para mantener intacto lo que más me importa. Pero, lejos de hacerme recular, la idea me lanza otra descarga de energía. Estoy preparada para el reto. Será incómodo y conflictivo a veces, pero todo lo que hacemos es mejor juntas. Jason consiguió convencerme de lo contrario y he pasado varios años viviendo esa mentira, intentando recuperar una magia que nunca se había ido: se había quedado aquí, donde pertenece.

—A todas —coincido.

—Pues joder —ríe Mia—, supongo que alguien tendrá que decirle a Joanne que la banda vuelve a estar junta.

—Será su regalo de cumpleaños —dice Renee con una leve sonrisa —. Porque es jodidamente difícil comprarle algo.

—¿Hacemos otro póster promo? —pregunto mientras por fin nos giramos para entrar en el bar de Jimmy.

—Sí, a menos que quieras fingir que tienes dieciocho para siempre.

Niego con la cabeza. Hubo un tiempo en que pensaba que ser joven, tonta y libre era la única manera de vivir. Ahora no cambiaría las ataduras de mis amigas por nada.

Por primera vez, atisbo una luz tenue en la oscuridad que era el futuro de Callum y mío.

Por primera vez, pienso que quizá, *quizá*, no estemos tan condenados después de todo.

CAPÍTULO 24

CALLUM



Quinn me espera en el porche delantero cuando llego a casa. Lleva una camiseta de manga larga finísima que no abriga ni un suspiro contra el frente frío que acaba de colarse en el pueblo, y sus labios están helados cuando se impulsa hacia mí y los presiona sobre los míos.

—Estás congelada —murmuro, deslizándome las manos arriba y abajo por sus brazos para generar algo de calor.

—Estoy *emocionada*. —Se aprieta contra mí y, en sus ojos, un resplandor ámbar derrite el gris acerado del atardecer—. ¿Adivina qué hemos decidido?

Entrelazo los brazos en torno a su cintura y la acerco aún más. Las puntas de su melena larga y flameante me cosquillean las muñecas.

—¿*Nosotras* siendo…?

—Las chicas y yo. Bueno, menos Joanne, pero solo porque aún no se lo hemos contado. Se apuntará fijo. —No tiembla tanto como vibra de pura emoción—. Dios, te lo voy a contar, no puedo esperar. Las—

—*The Belles* vuelven a juntarse —la interrumpo.

Los labios de Quinn se entreabren, sorprendidos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya te lo contó Renee?

—Renee no necesitaba contármelo. Reunir a la banda es lo único que podría ponerte así de entusiasmada. —Enredo distraídamente un dedo en las puntas de su melena color fuego. El corazón se me acelera y la mente se me llena de preguntas: ¿qué significa esto para ella? ¿Para su carrera? ¿Para *nosotros*? A estas alturas las cuatro no van a hacer las maletas y mudarse a Los Ángeles. Renee acaba de comprar una casa; el marido de Joanne es el veterinario favorito del pueblo; la abuela de Mia está delicada. Ya no tienen dieciocho.

Abro la boca para preguntar, pero las palabras no salen. Ahora mismo sostengo la reluciente posibilidad de que Quinn *no* planee irse en cuanto todo vuelva a estar bien. Voy a aferrarme a ella todo lo que pueda. Ya habrá tiempo para que ella la destroce, si quiere, pero yo no pienso hacerlo.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta, buscándome la mirada con impaciencia.

—Me parece jodidamente genial —gruño antes de sellar su boca con la mía, intentando que no note cuánto deseo retenerla—. Renee debe de estar como una cabra.

Quinn se queda completamente inmóvil.

—Callum, cuando me fui…

Soy consciente de que seguimos fuera, en el crepúsculo gélido; sé que mis padres están dentro, que Noah nos espera, pero toda mi atención se reduce a un único punto diminuto. *Cuando me fui*. ¿Qué va a preguntar?

—…¿Renee estaba enfadada?

Su cuerpo se tensa, como si se preparara para un golpe. Se lo digo lo más suave posible, pero tengo que decirle la verdad.

—Estaba destrozada. —No le contaré las horas que mi hermana pasó llorando en su habitación, tratando de ahogar los sollozos bajo rock a todo volumen. Seguro que sabía que la oíamos; si no, ¿por qué mis padres lo habrían permitido? Y cuando el disco de Quinn llegó al número uno… le dolió tanto como la emocionó. Siempre ha tenido una relación complicada con la forma en que Quinn se marchó, pero la quería demasiado para mostrarlo.

Quinn se estremece, como si leyera toda la verdad en mis ojos.

Intento darle contexto.

—Lo entendió. *Quería* que te fueras a hacer lo tuyo, pero perder a *The Belles* fue un golpe enorme.

—Nunca lo dejó ver.

Me encojo de hombros. Mi hermana no es estoica con casi nada, pero con aquello lo fue: se tragó el dolor y la pérdida porque quería a Quinn. En su momento la admiré de forma casi distante; ahora me pregunto si yo podría ser tan fuerte si Quinn decide marcharse otra vez.

—Te quiere —digo innecesariamente, y lo que realmente quiero decir es *te quiero*.

—Si me lo hubiera dicho, quizá…

—Sí, quizá, pero lo deseabas, Quinn. No tienes que pedir perdón por eso.

—¿No?

Creo que no.

—¿Y si hubieras rechazado la oferta de Jason y *The Belles* no hubieran pasado del escenario de Jimmy?

Veo desfilar esa vida entera por su cabeza. Sus ojos se ablandan, pero la comisura de su boca se tuerce hacia abajo.

—No creo que hubiera sido feliz.

—Pues eso. Tienes que hacer lo que te dicte el corazón, aunque dejes gente atrás, aunque les hagas daño.

Me pregunto si percibe cómo la voz se me oscurece y la mandíbula se me tensa. Ya no hablo de *The Belles*; ni siquiera le hablo a Quinn, no de verdad: es una lección que intento grabarme a fuego.

Puede que se quede.

Pero si no, tendré que dejarla marchar.

Cuando despertamos la mañana del cumpleaños de Joanne, llueve a cántaros. Es el tipo de tormenta que solo vemos cada cinco años, de esas en las que parece que un gigante se ha plantado fuera para lanzar cubos de agua contra las ventanas.

—Oh —murmura Quinn con satisfacción mientras descorre las cortinas del dormitorio y levanta la persiana de madera. Está completamente desnuda; su larga melena roja cae por su espalda blanca y delgada, vibrante como una llamarada contra la mancha gris del mundo exterior.

—No la abras —protesto, alarmado, cuando sus dedos se deslizan bajo el pestillo—. Vamos a inundar la casa.

Ignorándome, Quinn se arrodilla y entreabre la ventana apenas un par de milímetros, lo justo para que alguna salpicadura cruce la mosquitera. Aspira hondo y luego gira el rostro por encima del hombro para sonreírme.

—Me encanta la lluvia.

Me incorporo sobre un codo para mirarla.

—Lo recuerdo. —La primera vez que me di cuenta, incómodamente, de que Quinn Collins ya no era una cría fue cuando ella tenía dieciséis. Volvía del instituto bajo una lluvia que no era tan fuerte como esta, pero tampoco la que quieres al lado de la carretera. Yo iba a visitar a mis padres cuando la vi. Su pelo rojo le caía pegado a la espalda; la camiseta ancha de grupo se le ceñía a unos pechos que hasta entonces no había advertido. Cuando me detuve a su lado y le ordené que subiera, se rió y negó con la cabeza. *Me encanta la lluvia*. Si hubiera sido Renee o cualquiera de las otras, las habría atosigado hasta que entrasen; no era seguro. Pero la forma en que Quinn se veía —sus ojos más claros de lo que los había visto nunca, la ropa pegada a su cuerpo esbelto y curvilíneo— *ella* parecía peligrosa. Al menos para un abogado de veintiséis años recién prometido.

—Ven aquí —murmuro con voz espesa, regresando al presente.

Quinn oye el cambio de mi tono. Una sonrisa ladina asoma en sus labios. Se gira despacio y empieza a gatear de vuelta a la cama. Un relámpago ilumina el cielo tras ella, aclarándolo brevemente. Se detiene al borde y se sienta, ladeando la cabeza de forma juguetona.

—Vamos, Callum. Tienes que venir a mitad de camino.

—Métete en la maldita cama, Quinn.

—No, ven tú aquí.

Intrigado, me incorporo y me deslizo hasta el borde. Ella se echa hacia atrás lo justo para que yo coloque las piernas a cada lado y luego se asiente en mi regazo. La caricia de su pelo sedoso sobre mi muslo y la cercanía de mi polla a su cintura estrecha me ponen aún más duro.

Lanzándome otra mirada traviesa, empieza a deslizar la lengua arriba y abajo por el tronco, lamiéndolo como si fuera un helado.

—Joder —murmuro involuntariamente, enredando los dedos en su pelo. Soy cuidadoso de no empujar ni tirar, pero necesito tocarla. Con la otra mano busco sus pechos, pellizcando y girando sus pezones entre el pulgar y el índice como le gusta.

Quinn gime y se arquea hacia mi mano; luego la punta de mi polla desaparece entre sus labios carnosos. Me sostiene la mirada mientras desciende despacio, tragándose toda la longitud hasta que siento la corona contra el fondo de su garganta. Recojo su pelo en una coleta y echo la cabeza hacia atrás, luchando por no caer rendido al placer. Quiero que esto dure. Acaricio sus tetas hasta que ese simple roce casi me hace venirme, y termino aferrando la otra mano a las sábanas.

—Joder, yo… —trago la confesión que pugna por salir y rebusco otras palabras en mi cerebro embotado. No encuentro nada coherente mientras ella sigue trabajando mi polla con esa boquita pequeña y sus preciosos ojos grises clavados en los míos.

Justo cuando creo que voy a perder el control, Quinn se aparta y se arrastra hasta mi regazo. Con la destreza de una gimnasta, rodea mi cintura con las piernas y se desliza sobre mi polla. Se agarra a mis hombros para equilibrarse, brincando arriba y abajo, mitad risas, mitad gemidos. Paso los brazos alrededor de su espalda baja para protegerla y la dejo marcar el ritmo. La cabeza me da vueltas mientras sus pechos rebotan contra mi pecho; sus risas desaparecen y se transforman en jadeos cuando el orgasmo la alcanza. Mantengo el control, deseando que tome su placer de mí como quiera. Solo cuando siento su clímax ondular en su cuerpo aprieto mi agarre y empiezo a embestir hacia arriba, corriéndome casi al instante. Apenas puedo sostener su cuerpo sin fuerzas mientras la mía se vacía.

Nos deslizamos hasta el suelo, las extremidades aún entrelazadas. Mi brazo le sirve de almohada; su pierna permanece enganchada sobre mi muslo. Nos miramos, exhaustos y satisfechos, pero, como siempre, hambrientos de más.

CAPÍTULO 25

QUINN



Dos horas antes de la fiesta de Joanne, la lluvia por fin afloja. Pasa de diluvio a un suave repiqueteo; en el radar, la tormenta se reduce a una manchita verde que gira dentro del remolino rojo. Aprovecho la tregua: guardo la guitarra en su estuche rígido e impermeable y rebusco en el armario de los abrigos hasta dar con un chubasquero. Es de Callum, negro y enorme, pero bastará para que no me empape.

En la planta baja, Callum y Noah han colonizado la mesa de desayuno con un *set* de LEGO que parece demasiado avanzado para un crío de seis años. Mientras bajo por la escalera trasera que desemboca directamente en la cocina, Callum sujeta el manual brillante con una mano y, con la otra, va apartando las diminutas piezas desperdigadas.

—Puede que se les haya olvidado incluirla.

—¿Qué pieza? —pregunto, situándome detrás de él.

Gira medio cuerpo y frunce el ceño, consciente de que, claramente, pienso marcharme; pero, antes de que pueda decir nada, Noah le arrebata el manual de entre los dedos.

—Esta —dice, señalando una pieza plana, negra, en forma de L.

Apoyo las manos en los hombros de Callum y me inclino sobre la mesa hasta localizarla medio oculta bajo otra pieza. La tomo y se la entrego a Noah, que me dedica una sonrisa agradecida.

Callum no está tan agradecido. Los músculos bajo mis palmas se sienten duros, tensos como cables de acero.

—¿Te vas a algún sitio?

Intento aflojar aquella rigidez con un pequeño masaje, pero es como presionar granito. Desisto y voy a por mis botas. No traje botas de agua en el vuelo de ida ni me he molestado en comprar unas desde que llegué, así que tendrán que servir las normales.

—Tengo que llegar pronto a Jimmy's para reunirme con el técnico de sonido —digo al volver por el pasillo—. Hay una pausa en la lluvia y he pensado aprovecharla para decorar un poco.

Callum se levanta de la mesa.

—Te llevo.

Suelto una risita, convencida por un instante de que bromea, pero enseguida me doy cuenta de que no: se palpa el bolsillo como si las llaves del coche ya estuvieran allí.

—Callum, no vas a conducirme diez minutos hasta Jimmy's.

—No es nada. Vamos en la furgoneta.

Miro por encima de su hombro a Noah, que apenas nos presta atención. Trata de descifrar el siguiente paso del *LEGO*, pero las instrucciones son demasiado complicadas. Arrastro a Callum unos pasos pasillo abajo y le rodeo la cintura con las manos.

—Eh —susurro—. Quédate aquí y monta este *LEGO* con tu hijo. Son apenas ocho kilómetros. Estaré bien.

La mirada de Callum se estrecha. Tengo la sensación de que, aunque me mira, no me ve.

—Está lloviendo, Quinn.

Guardo silencio un instante. No necesito preguntar si llovía el día que Emma tuvo el accidente; la respuesta está grabada en las líneas tensas de su boca y en la hendidura entre sus cejas.

—Estaré bien —repito. Le planto un beso rápido en los labios y, acto seguido, le escruto los ojos. Necesito encontrar en ellos reconocimiento, la prueba de que sabe que soy yo—Quinn Collins—y no el fantasma de su pasado.

Poco a poco la mirada de Callum se despeja y él asiente. Vuelvo a besarlo y salgo deprisa de la casa; no quiero perder el breve interludio de la tormenta.

La preocupación de Callum me vuelve exageradamente prudente. Conduzco tan despacio y con tanto cuidado que tardo quince minutos en recorrer los ocho kilómetros. Casi dejo escapar aquella ventana de calma, pero alcanzo el voladizo con la guitarra y la bolsa de decoraciones justo antes de que el cielo se abra de nuevo y la lluvia regrese con furia renovada.

La contemplo, agradecida, durante un instante. Dondequiera que caiga, la lluvia mejora las cosas: arropa las ventanas con una manta gris y acogedora, mece mis siestas largas y deja el mundo reluciente, recién lavado. Entro en Jimmy's con una sonrisa satisfecha.

—Bonito chubasquero —dice Renee, pillándome desprevenida. Alzo la vista hacia el escenario y compruebo que ya ha colocado su teclado. Está allí, casi en pose de solista, los dedos suspendidos sobre las teclas.

—Gracias, es de tu hermano —respondo mientras dejo la guitarra y forcejeo con el chubasquero empapado—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Hace tiempo que no toco. Quería recuperar sensaciones.

Cuando me acerco, Renee me tiende la mano para ayudarme a subir. Echo los hombros hacia atrás y recorro el escenario de lado a lado, recordándoles a mis pies cuántos pasos caben allí.

—Te entiendo.

Renee resopla. Con la cabeza agachada sobre las teclas, su larga melena oscura le cae a ambos lados de la cara, ocultando su expresión.

—¿Qué? Te entiendo de verdad.

Levanta la mirada, exasperada.

—Porque… ¿cuánto hace? ¿Un mes desde que tocaste ante un público con todo vendido? —Intenta que suene a broma ligera, pero Renee no sabe bromear en voz baja: la entonación le sale densa, todo cae demasiado pesado. El telón se descorre y vuelvo a ver el dolor.

—Lo siento, Renee —digo, deteniéndome y girando bruscamente hasta quedar frente a frente, a poco más de medio metro—. Siento muchísimo cómo pasó todo.

Rueda los ojos y se cubre la cara con ambas manos.

—Mierda. No. *Lo siento yo*, Quinn. No quiero ser una gilipollas. Me está costando no serlo.

—¿Por qué? ¿Tiene que ver con *The Belles*? —El corazón se me encoge cuando asiente a regañadientes. Tal vez en realidad no quiera resucitar nuestra vieja banda adolescente. A lo mejor Renee ha madurado más de lo que creía y ha seguido adelante. Quizá *yo* sea la única que lo necesita tanto.

—Mira, no tenemos por qué… —la voz se me atraganta, fina, desvaída, casi insincera—. No si no quieres. Sé que ahora eres profesora y… —me quedo sin palabras para asegurarle que está bien. Es lo mejor que puedo ofrecer: mi forma, totalmente insuficiente, de devolverle la gracia que me concedió cuando me

dejó marchar hace siete años. También la dejaré ir si eso es lo que quiere. Pero la deseo desesperadamente a mi lado en este escenario, y no puedo disimularlo.

—Quinn, el problema es que lo deseo *demasiado*.

Alivio y confusión se persiguen en mi pecho. No la sigo.

Renee suspira hondo y empieza a tocar una melodía sin sentido con una mano mientras busca palabras.

—Creo —empieza titubeante— que, para poder decirte que sí, que estaba bien, que siguieras adelante, tuve que crear una realidad en la que *The Belles* no era importante para mí. Y ahora que quizá volvamos a grabar juntas…

—Vamos a grabar juntas *seguro*. —Lo impondré con la misma voluntad con que hice triunfar mi primer álbum.

—…esa realidad se está resquebrajando —continúa Renee, como si no hubiera dicho nada—. Y ahora estoy cabreada, aunque antes no lo estuviera. Estaba triste, pero en aquella realidad… estaba bien.

Asiento. No lo capto del todo, pero entiendo que Renee tuvo que amputarse un brazo para soltar su sueño y que, ahora que vuelve a estar a su alcance, el miembro le está creciendo de nuevo y duele una barbaridad. Lo verbalizo por ella y vuelve a poner los ojos en blanco.

—*Sí*, Quinn. Exactamente eso. Gracias por reescribir mis pensamientos.

Esa riña sí que me resulta familiar: competir por la mejor letra. Algo dentro de mí se relaja.

—Entonces lo hacemos, ¿no?

—Lo hacemos.

Sonrío y doy una vuelta completa al escenario; el alivio hace latir mi corazón con fuerza. Renee vuelve a practicar mientras coloco la

guitarra, compruebo que está afinada y empiezo a colgar los carteles que compramos: imágenes brillantes de artistas hermosos y muertos que no llegaron a los veintisiete. A medida que cuelgo cada póster, miro a los ojos del retratado. ¿Sabían, cuando les hicieron esa foto, que les quedaba tan poco? Algunos parecen saberlo; otros lucen felizmente ingenuos. Se me parte el alma. La brillantez tiene un precio altísimo. De adolescente lo romantizaba. Ahora agradezco no llevar dentro ese fuego devorador que los consumió demasiado pronto. Prefiero cumplir veintiocho a ser inmortal.

De pronto, la cara de Noah se cuela en mi mente. Mis dedos se quedan quietos sobre los bordes de Janis Joplin mientras lo veo, riendo con un dibujo animado, la boquita fruncida de concentración mientras se inclina sobre su guitarra. A veces es el vivo retrato de su padre y otras, el de Emma. Quiero verlo crecer. No solo en fotos; quiero estar allí.

Pasmada, clavo la vista en los ojos de Janis. ¿Quiero ser *mamá*?

—Eh, ¿estás bien? —La voz de Renee rompe mi trance. Oigo el golpe sordo de sus botas al saltar del escenario y luego sus pasos acercándose—. Llevas mirándola fijamente un buen rato. —Agita la mano entre el póster y mi cara. Me giro hacia ella con la lengua pesada dentro de la boca.

—Renee, creo que estoy enamorada de Callum.

Se le caen las comisuras de los labios.

—Pues joder, Quinn. Juraría que prometiste no hacer eso.

—No —niego con la cabeza—. Prometí no hacer que él se enamorara de mí. Y no sé si lo está.

Es mentira piadosa. Le oí aquella noche. Me dije que no significaba nada, solo el ardor del momento. Pero estoy casi segura de que Callum también me quiere.

Me estudia largo rato; su expresión es inusualmente seria.

—Tienes que estar *segura*, QC. Absolutamente segura. No puedes marcharte sin más. Él no se parece a los otros tíos con los que has estado.

—No se parece en nada —coincido—. Es mil veces mejor.

—Y tiene un crío.

—Un crío al que quiero —añado. Examino a Renee con más atención; parece agotada ante la idea de que me enamore de su hermano. Un pinchazo de dolor se instala en mi pecho—. Puedo hacerlo, Renee.

—¿Hacer qué? —se ríe: un sonido seco, irónico—. ¿Dejar Los Ángeles? ¿Convertirte en una Waterford Wife?

—*Sí*. Bueno, no lo segundo. Pero podría ser… —la palabra *real* me viene a la cabeza. Vuelvo a pensar en todas aquellas caras de Quinn Collins que imaginé como portadas de disco. Imágenes. Ilusiones. Puedo ser mi yo real en *The Belles* y puedo ser mi yo real con Callum.

—Podrías ser su última oportunidad —dice Renee. No suena contenta—. No sabes cómo ha estado desde que murió Emma, Quinn. Se cerró. Se convirtió en un maldito robot, intentando que nada volviera a herirlo. Estaba a punto de casarse con una pija del lado bueno del pueblo que quedara bien en la foto familiar y morirse amargado. Y entonces apareciste tú.

—¿Y eso no es bueno? —pregunto, confundida.

—Podría ser *genial*. Si estás segura.

—Lo estoy, Renee. —Me acerco para que vea la convicción brillar en mis ojos.

Renee no quiere mirarme, pero me planto hasta que se ve obligada. Pone los ojos en blanco con fastidio y luego me clava la mirada. Lo que ve la hace apoyarme las manos en los hombros como si quisiera zarandearme y, al final, me abraza.

—Eres *tan* imbécil —murmura en mi pelo.

—Lo sé. Pero le quiero de verdad.

—Solo asegúrate. Es lo único que pido.

CAPÍTULO 26

CALLUM



Yo no culpo a la lluvia del accidente de Emma. El camión de reparto que se saltó la señal de stop no se despistó por culpa de las gotas. Tampoco fue la lluvia la que nos impidió frenar—la verdad es que nadie lo intentó. A Emma le tocaba cruzar aquella intersección de cuatro vías. El conductor, absorto en el GPS, ignoraba por completo que debía detenerse. La lluvia no fue más que el telón gris del peor día de mi vida, y desde entonces la aborrezco. Cuando todo acabó, no olí la clásica tierra mojada; olí a muerte.

Quinn tarda quince largos minutos en escribirme para decirme que ha llegado a Jimmy's, que todo va bien. Cada uno de esos minutos incrementa la tensión en mis hombros hasta que tengo que ir a por una aspirina para aplacar el inicio de un dolor de cabeza. Cuando bajo de nuevo, Noah está abriendo la última bolsa de piezas de Lego. Su Casa del Árbol de Donkey Kong está casi construida.

Me quedo de pie, observándolo un minuto, tan asombrado como siempre de lo mucho que ha crecido. A veces me parece que fue ayer cuando Emma y yo nos turnábamos para levantarnos de madrugada y acunarlo—aquella miniatura de ser humano—dando vueltas por la casa hasta que volvía a rendirse al sueño. Al contemplarlo ahora, me invade la misma serenidad cálida que sentí junto a la tumba de Emma. Por primera vez en mucho tiempo, el tamborileo de la lluvia contra los cristales deja de irritarme.

Noah y yo terminamos de montar su set de Lego justo antes de empezar a arreglarnos para la fiesta. Lleva puesta una camisa de manga corta con botones, monísima, y una corbata estrecha, muy *hipster*, elegida por Quinn. No parece demasiado convencido mientras le abrocho el cuello y ajusto el nudo, pero tampoco protesta ni intenta quitársela. Por su parte, Quinn me compró una camisa—su forma velada de decirme que aparque la ropa de trabajo y me afloje un poco.

Me paso la camisa por la cabeza y caigo en la cuenta de que es la primera vez en cinco años que visto algo que haya escogido otra persona. Ese simple gesto hace que lo mío con Quinn parezca, quizá, definitivo. Pero enseguida me asalta la duda de si solo me agarro a un clavo ardiendo, intentando levantar un cimiento endeble para convencerme de que podría quedarse para siempre.

Quiere tocar con su antigua banda.

Me ha comprado una camisa.

«Contrólate», murmuro a mi reflejo en el espejo, y salimos.

No había vuelto a Jimmy's desde la noche en que Renee y Quinn se graduaron del instituto y celebramos aquí su fiesta. Ya corría el rumor de que unos tipos de A&R habían visto a *The Belles* en YouTube y venían a escucharlas. Identifiqué a Jason Cain al instante: era la única persona a la que no conocía.

Estaba sentado en la barra, bebiendo una Coca-Cola. Emma y yo nos acomodamos a su lado y pedimos lo mismo, pero jamás nos dirigió la palabra. Incluso entonces solo tenía ojos para Quinn, ya instalada en el escenario: explosiva y hermosa, con su melena indómita, sus ojos hipnóticos y su voz ahumada. Sostenía la guitarra como si hubiera nacido con la correa al hombro, y yo apenas recuerdo un instante en que no la tuviera al alcance.

Emma y yo ya éramos inmunes a Quinn, y nos interesaba más Jason. Todavía no era famoso. Trabajaba para una agencia pequeña

que luego acabaría dirigiendo. Tenía a dos artistas en desarrollo: uno llegó a tener carrera y el otro no. Creíamos que tendría nuestra edad, pero parecía esforzarse por aparentar menos.

—No creo que me haya caído bien —comentó Emma más tarde, mientras conducíamos de vuelta a Waterford Village. Su voz era suave, y aquella crítica era lo más duro que la había oído decir—. No parece muy amable.

Solté una pequeña carcajada. Para entonces yo ya trabajaba con su padre en LA y sabía lo poco que se valoraba la amabilidad en la industria del entretenimiento.

—No, pero si quieren la más mínima posibilidad de triunfar, no necesitan precisamente un mánager simpático.

—Es algo más que eso; me da mala espina.

Yo no me había formado gran opinión de él. Mantuvo los ojos clavados en el escenario, la boca plana, inexpresiva. A los quince minutos se bajó de nuevo las gafas de sol sobre los ojos, aunque ya era de noche, y se marchó.

Aquella noche en Jimmy's cambió la vida de Quinn. Lo que Emma y yo no sabíamos entonces era que la nuestra también estaba a punto de dar un giro. Menos mal que aquella noche solo bebimos refrescos, porque una semana después nos enteramos de que esperábamos a Noah. Y ahora, siete años más tarde, lo traigo a Jimmy's por primera vez desde que era un garbancito en la barriga de su madre.

Se lo cuento a Noah por el camino y le encanta; le fascina cualquier historia que tenga que ver con él y con su madre.

Al entrar, Noah se queda exageradamente impresionado por la humilde fachada de Jimmy's.

—Guau —se le escapa, y los ojos se le agrandan al ver a sus tías preparando el escenario.

—¡Noah! —Quinn se levanta de detrás de la batería de Joanne—. ¡Sube! Ven a probar. —Me sonríe por encima de su cabeza, claramente feliz de volver al escenario, su lugar. Le devuelvo la sonrisa, pero una punzada me atraviesa el pecho. Siempre ha sido demasiado brillante y hermosa para limitarse a un sitio como este. Se merece el Madison Square Garden.

Me acerco a la barra, donde Jimmy —un tipo corpulento, con una melena oscura impresionante y la costumbre de no abrocharse jamás los tres primeros botones de la camisa— me saluda como a un viejo amigo al que creía perdido.

—¡Callum Evans! —ruge, rodeando la barra y envolviéndome en un abrazo de oso que casi me despega del suelo—. ¡No te veía desde que eras un crío!

Me río y le devuelvo el abrazo.

—Me viste cuando tenía veintiocho, Jimmy. Estuve en su fiesta de graduación.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo —me suelta de nuevo en el suelo y palmotea mis hombros—. Yo me acuerdo del pequeño Callum Evans del barrio, el que me cortaba el césped por diez pavos.

Recuerdo vagamente a un Jimmy más joven y delgado que fue mi primer cliente cuando cortaba jardines; la segadora casi pesaba más que yo y solía dejar el césped demasiado al ras. Él siempre decía que estaba genial y luego me enseñaba a subir la cuchilla. Sé que desde entonces ha pasado malos momentos: el bar se ha tambaleado, su mujer se ha marchado. Aun así, conserva esa gran sonrisa.

—La tarifa sigue siendo la misma, Jimmy.

Suelta una carcajada y su gran barriga tiembla.

—Me han dicho que sí ha cambiado, abogado estrella. —Me da una palmada en la espalda y está a punto de añadir algo más, pero la

campanilla de la puerta suena, anunciando nuevas llegadas. Ambos miramos y vemos entrar a Moira Collins. Lleva una falda larga y vaporosa, el dobladillo cuidadosamente anudado y sujeto con una mano para que no arrastre por los charcos que se forman en el viejo aparcamiento, que pide a gritos reasfaltado.

Su cabello, largo y de un rojo desvaído —una versión atenuada de la melena de Quinn—, está húmedo y se ondula. Sus ojos, idénticos a los de su hija, se iluminan cuando se posan en Jimmy y en mí. Suelta el dobladillo, alisa la falda y se acerca.

—Hola, Moira —saluda Jimmy con un tono completamente distinto al que ha usado conmigo.

Al ver la expresión de Jimmy, saludo también a Moira y me excuso alegando que tengo que apartar a Noah. En realidad, Noah no estorba en absoluto: está como en casa tras la batería de Joanne. Apenas alcanza a ver por encima de la caja y los platos lo empequeñecen, pero se le ve feliz.

—Ni se te ocurra enganchar a este crío a la batería, Joanne —le advierto al acercarme.

—Bah, tu casa es lo bastante grande —sonríe—. Ni lo oirás.

—Acondiciona uno de los cuartos del sótano —añade Quinn, uniéndose a la broma. Me saca casi treinta centímetros desde su posición en el escenario. Me pasa un brazo por los hombros y baja la cabeza hasta rozar la mía. Es un gesto casual e íntimo, y a nadie allí le sorprende vernos así. Yo le rodeo la cintura.

—Tu madre acaba de llegar. Está con Jimmy en la barra.

Quinn gira el cuello para buscarla. Sé que ve lo mismo que yo porque se queda muy quieta y el saludo estruendoso que asomaba se le atasca en la garganta.

—Oh —murmura—. Esto sí que es interesante.

—¿Qué es interesante? —pregunta Renee, y entonces ella también lo ve.

—Parece que la señora Collins podría volver al viejo barrio —bromea Mia—. Esta vez como señora de Jimmy.

—Eso es pasarse un poco —responde Quinn con sequedad, apartando la mirada de su madre—. Además, ¿cómo demonios no sabemos el apellido de Jimmy?

Todo el mundo se encoge de hombros. Lleva tanto tiempo siendo Jimmy de *Jimmy's* que no necesita apellido.

—Se lo preguntaremos a tu madre luego —ironiza Mia.

Todos se ríen. Noah bordea la batería para averiguar de qué se ríen tanto. El brazo delgado de Quinn sigue anclado a mi cuello cuando la campanilla vuelve a sonar. Me giro para ver quién entra, esperando encontrarme a algún vecino de toda la vida.

En su lugar, veo a Jason Cain.

CAPÍTULO 27

QUINN



Un chispazo eléctrico recorre mi cuerpo. El cosquilleo prende en las yemas de los dedos y, sin pensarlo, clavo las uñas en las palmas. La corriente asciende por los brazos, estalla en mi pecho y me roba un latido.

—Callum, Jason está aquí —susurro—, y todos los viejos miedos regresan de golpe, tan corrosivos y tangibles que casi me cuesta creer que alguna vez los olvidé. ¿De verdad he vivido casi sin preocupaciones estas últimas semanas? ¿De verdad imaginé que simplemente desaparecería?

—Lo veo —murmura Callum, grave—. Quédate aquí.

Pero Jason no piensa quedarse al otro lado del local. Antes de que Callum dé un solo paso, se pavonea hasta el escenario, se baja lentamente las gafas de sol y sentencia:

—Hola, Quinn. Cuánto tiempo.

—Eso es porque te advertí que te mantuvieras bien lejos de mí, joder —respondo, agradecida de que mi voz salga clara y firme aunque por dentro siga temblando de puro impacto.

—Y yo te dije lo mismo —añade Callum mientras su brazo, de acero, me rodea la cintura.

—Y si no lo entendiste las dos primeras veces, estaremos encantadas de repetírtelo —ladra Renee mientras Joanne y Mia avanzan con ella hasta el borde del escenario.

Jason ha pasado de largo junto a Moira y Jimmy, que se han quedado boquiabiertos, pero ahora ambos se acercan por detrás.

—Podemos enchufar la PA si quieres oírlo bien alto —ofrece Jimmy. Jamás le había visto el gesto tan torcido: el ceño hundido y la boca convertida en un mohín. Es como ver a tu osito de peluche favorito fruncir las cejas; desconcertante, sí, pero nada intimidante.

Y hace falta mucho para intimidar a Jason Cain. Da un giro completo, se recrea en las expresiones airadas de todos y sonríe como un reptil que absorbe el calor de la roca.

—Me habría encantado mantenerme bien lejos, Quinn, pero estás a punto de incumplir tu contrato.

—Su *contrato viejo* —gruñe Callum, voz baja y furiosa que contrasta con el tono radiante de Jason—. El que hemos renegociado. El nuevo no le prohíbe con quién actuar.

—Te adelantas —la sonrisa perenne de Jason parece tatuada en su cara—. Aún no he firmado el nuevo, así que el antiguo sigue vigente. Y ese sí impone límites.

Miro a Callum, aferrándome a la esperanza de que saque un as de la manga. Veo cómo lo intenta; la frustración escribe surcos en su ceño y profundos paréntesis alrededor de su boca.

—Fírmalo ahora mismo, entonces —espeta Callum de pronto—, aunque incluso yo alcanzo a oír la desesperación que se esconde detrás.

Jason niega despacio con la cabeza, saboreando el momento como si fuese un vino caro.

—Imposible, abogado. Verás, he hecho buenas apuestas últimamente; mi situación ya no está tan apurada como hace unas

semanas. Tengo un poco de aire y, ¿sabes qué he decidido?

Todos lo miran con semblante pétreo.

Su risa, grave y desacompasada, rasga el silencio.

—He decidido que mi chica es demasiado valiosa para revendértela. No, quiero su tercer álbum y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta. —Entonces me clava la mirada y su voz se vuelve un susurro —. Estoy dispuesto a guiarte en cada paso.

—Nadie sabe de qué coño hablas —espeta Renee en voz alta—. Pero a nadie le importa. Te largas de aquí.

—A Quinn sí le importa. —Me sostiene la mirada; se siente como un hierro candente. Mi camiseta de banda parece calcinarse al instante y la piel se desprende en láminas chamuscadas mientras un atizador incandescente se abre paso entre mis costillas.

—Fírmalo —susurro—. Te pagaré lo que haga falta.

—Ni de coña —suelta Callum, colocándose por completo entre Jason y mí.

—Ella ni siquiera lo tiene —dice Jason, desviando su mirada lasciva a Callum—. Y tú no tienes lo que quiero, abogado.

—Existen otras vías para romper ese contrato.

—Claro… si quieres hundir su carrera.

Callum no tiene réplica. No sé a qué vías se refería exactamente, pero Jason sí, y por la reacción de Callum queda claro que tiene razón: dañarían mi carrera. Los tendones del cuello de Callum se marcan, rojos y feos. De pronto me doy cuenta de Noah, plantado entre Renee y yo, los puñitos apretados y la barbilla alzada. El corazón se me pliega en dos: adoración por este niño que se enfrenta a una serpiente y dolor porque tenga que presenciar esto. Callum se ha desvivido por protegerlo toda su vida y ahora lo tiene, de lleno, atrapado en mi desastre.

Tengo que alejar a Jason de aquí, pero ¿cómo?

Los contornos difusos de una artimaña se dibujan en mi mente desesperada. Le diré a Jason que me iré con él, pero que debo seguirle en mi propio coche. Podremos renegociar el contrato en privado. Él pensará que significa algo que no es, y yo no le sacaré de su error. Al menos todavía. Ganaré tiempo suficiente para idear un plan.

Aun en mi niebla mental sé que no es un buen plan, pero es lo único que tengo ahora mismo.

Trago con fuerza y apoyo la mano sobre el hombro de Callum.

—Esto es entre tú y yo, Jason —digo con claridad—. Aquí no es el lugar.

Bajo la mirada, deseando que piense que me ha superado, que me ha adelantado, que ya no tengo pelea. Cuando asiente, me vuelvo y empiezo a guardar mi guitarra.

—*No* es solo entre tú y él —estalla Callum; está cayendo en el teatro que monto para Jason y no puedo corregirle.

Se lo explicaré más tarde. Ahora solo necesito sacar a Jason de aquí. Salto del escenario.

—¿Quinn? —la voz de Renee se quiebra, confusa—. ¿Qué haces?

—Arreglar esto de una vez por todas. —Rescato las llaves del coche del bolsillo trasero y sostengo la mirada de Jason—. Vamos. Conozco un sitio.

—Espero que no sea la casita del abogado en el 10908 de Waterford Street —dice Jason con una sonrisa, justo cuando Noah jadea al reconocer su dirección.

—No lo es —respondo deprisa. Desearía con todas mis fuerzas poder comunicarme con Callum, que me taladra la sien con unos ojos airados e incrédulos, pero no hay manera. Tendrá que confiar en mí.

Empiezo a seguir a Jason hacia la salida cuando, de pronto, una banda de acero se cierra sobre mi antebrazo. Miro, sobresaltada, y descubro los dedos de Callum.

—Callum, tengo que hacerlo —musito, tan equilibradamente como puedo, intentando decirle con los ojos que estaré bien, que encontraré la forma. Detrás de él, sobre el escenario, Noah observa con los ojos muy abiertos. Ya no finge ser duro; está asustado. Se me parte el corazón. Nunca debí traer mi lío hasta su puerta. Solo es un niño.

—Callum, suéltame —repito con más firmeza, mientras él continúa mirándome con una intensidad ardiente que me pone la piel en llamas. Ni siquiera ha reaccionado cuando Jason ha recitado su dirección. ¿Qué está pasando?

Entonces su mirada se desliza más allá de mí; supongo que sigue a Jason, pero se queda fija en la ventana. La lluvia azota el aparcamiento con tal fuerza que convierte el aire en una densa niebla gris.

—No —susurra con una voz que apenas reconozco.

Siento cómo cada vértebra de mi columna se tensa, apilándose una sobre otra hasta que me enderezo por completo. Da igual quién lo pronuncie: después de años permitiendo que me dirijan, que me digan que no puedo, cada «no» alimenta un fuego lento en mi vientre.

—Sí —murmuro entre dientes—. Y luego, más bajo todavía, *Confía en mí*.

No sé si no me ha oído o si su respuesta es un no rotundo y mudo, pero su agarre no afloja. Cuando intento tirar del brazo, su mirada vacía se clava en la mía, aunque no me ve: mira al pasado. Un frío y nauseabundo pesar me inunda al comprender que no ve solo el pasado; ve a Emma. ¿Ha sido a ella a quien ha intentado salvar todo este tiempo?

—QC —murmura Renee, impotente.

—Quinn —llama Jason desde la puerta. La ha abierto de un empujón y ahora el estruendo de la tormenta se cuela dentro, junto con el olor fresco y terroso del ozono mezclado con basura mojada.

Me quedo mirando a Callum, buscando una chispa que demuestre que me reconoce. Por un instante creo verla, pero un trueno revienta sobre nuestras cabezas y la lluvia redobla su furia. Un relámpago baña el bar en luz blanca y, en ese segundo, lo pierdo.

Huyo, aparto a Jason y corro hacia el aparcamiento, ignorando la lluvia que me cala hasta los huesos. Oigo a alguien gritar mi nombre, pero la voz se ahoga bajo el aguacero. Mientras arranco y conduzco—demasiado deprisa para este tiempo—intento descifrar de quién era ese grito. Luego me doy cuenta de que ya no importa.

Los dos querían que fuera alguien que no soy.

CAPÍTULO 28

CALLUM



La cuchillada roja de los pilotos traseros rasga la bruma de plomo que envuelve el aparcamiento del bar de Jimmy y me saca de golpe del trance. Echo a correr, pero ya es demasiado tarde; Quinn se ha ido. Ni siquiera intento adivinar hacia qué lado giró al salir —aunque me cubra los ojos de la lluvia, la visibilidad es pésima—. Es como si la tormenta misma se la hubiera tragado.

Pero aún no ha engullido a Jason, al menos por ahora. Escucho sus maldiciones mientras corre bajo la lluvia hacia su reluciente deportivo rojo. Salgo tras él y lo alcanzo justo cuando tira de la puerta para abrirla.

—Hijo de puta —escupo mientras le agarro del cuello.

—No creo que huya de mí, abogado —me grita por encima del aguacero.

Me empuja con fuerza, rompiendo el agarre que tenía en la solapa de su chaqueta de cuero. Ciego por algo más que la lluvia, agacho la cabeza y cargo contra él, pero antes de alcanzarlo una avalancha de gente se abalanza sobre nosotros. Unas manos me sujetan los brazos y me arrastran hacia atrás. Una mole —la silueta de Jimmy— se interpone entre los dos. Forcejeo, incapaz de pensar en otra cosa que no sea ponerle las manos encima a Jason Cain.

—¡Eso es agresión y lesiones! —me grita Renee al oído.

—Aún no —le grito, furioso por su intromisión. Sé que no es solo ella; la sujeto por el hombro, pero siento al menos seis manos clavándose en mis brazos. Distingo a Joanne por el rabillo del ojo y, un segundo después, aparece mi madre, a quien ni siquiera había visto llegar.

—Te van a *inhabilitar* —vocifera en mi otro oído—. ¿Cómo crees que ayudará eso a Quinn?

—Quinn no querría que hicieras esto —susurra Moira, apareciendo delante de mí. Ya no intenta salvar el dobladillo de su falda larga; la tiene empapada hasta las rodillas. Se inclina para que solo yo pueda oírla—. Ella te quiere, Callum. Debe de haberse ido para protegerte.

—*Yo* tenía que protegerla *a ella* —gruño—. Y lo haré. En cuanto me libre de quienes me sujetan, me aseguraré de que nunca vuelva a sufrir daño. Pero incluso mientras las imágenes furiosas de lo que haría con Jason Cain se suceden en mi mente, de pronto veo la cara de Emma.

La realidad me golpea como un mazazo.

La horda que me rodea aprovecha mi confusión para arrastrarme aún más atrás. Jimmy y varios hombres del barrio de toda la vida forman un muro entre Jason y mí, pero vuelvo a ver un tajo rojo abrirse paso en el gris cuando él cierra de un portazo. Estoy casi seguro de que me regala una sonrisa triunfal a través del cristal empapado justo antes de rugir y desaparecer.

—¡Lo habéis dejado escapar! —grito furioso mientras me arrastran hacia atrás—. ¡Irá a por Quinn!

—No la alcanzará —asegura Moira, ya bajo el voladizo, mientras se aparta el pelo mojado de los ojos.

Las manos que me retenían, por fin, me sueltan. Me giro hacia las madres agrupadas junto a Moira, hombro con hombro. Estoy tan enfadado que apenas veo con claridad. El shock de haber visto el rostro de Emma superpuesto al caos imaginado de mi encontronazo

con Jason todavía rebota dentro de mi pecho. Siento como si todas las emociones de mi vida inundaran de golpe mi torrente sanguíneo.

—Eso no puedes saberlo —le grito a Moira.

Ella me devuelve la mirada con una compasión que brilla tras las gotas que le resbalan de la nariz. Esa misma compasión se refleja en las demás. Renee y las otras se han colocado a mis costados. Toda la gente que debería proteger a Quinn de Jason está aquí, protegiéndome de mí mismo. Como si yo fuera el que necesita ayuda.

—No sé adónde va. No sé si tiene un plan. Pero conozco a mi hija —dice Moira, su voz apenas audible sobre la lluvia que golpea el techo del voladizo—. Ya no quiere huir. Está intentando arreglar esto. *Confía en ella.*

Abro la boca, pero antes de que mi lengua forme réplica, un crujido metálico rasga el aire, imponiéndose al bramido de la lluvia. El corazón se me detiene. Todo el mundo gira hacia el origen del ruido, entornando los ojos para intentar ver a través del paisaje gris y duro.

—¿Ha sido un trueno? —grita Renee.

—No —respondo con certeza insoportable—. Ha sido un coche.

Echo a correr. Oigo otras zancadas chapoteando cerca, pero no vuelvo la cabeza para ver quién es; solo puedo ver a Quinn. Antes siquiera de alcanzar el borde del aparcamiento distingo, a lo lejos, una mancha roja que me dice que es el coche de Jason, no el Tesla. Tengo apenas un segundo para sentir cómo las costillas se me aflojan de alivio antes de comprender la gravedad del momento: su deportivo está aplastado contra el enorme cartel de ladrillo que anuncia *The Shops at Belmont*, un rival imposible para un vehículo tan bajo.

—Llama al 911 —le grito a Renee, pegada a mis talones. Me lanzo primero al lado del conductor. Jason está hecho un guiñapo en el

asiento, con el coche contorsionado a su alrededor. Tiene la cara hundida en el airbag y no sé si respira. Tiro de la puerta, pero está tan retorcida que jamás volverá a abrirse. Golpeo la ventanilla con el puño, esperando que la telaraña del centro se expanda y libere el cristal. Resiste, pero el cuerpo de Jason se estremece. Gira la cabeza de lado; su rostro es un amasijo sangriento tras el vidrio resquebrajado.

—Callum, creo que huelo gasolina —dice Renee a mi lado, con voz inquietantemente serena. Sigue con el móvil en la mano, conectada al 911.

Maldigo y rodeo el coche. El daño no es tan grave allí; quizá consiga abrir esa puerta. Cuando Renee me sigue, la fulmino con la mirada y vuelvo a maldecir.

—Apártate, idiota —escupo; ya huelo la gasolina—. Si el sistema eléctrico hace un corto, explotará y ni esta lluvia podrá con las llamas.

—Primero tú —insiste. Me agarra del brazo e intenta tirarme hacia atrás, pero me sacudo—. Es solo Jason —grita, como si necesitara recordármelo.

Lo sé. Y, en frío, sé que dejarlo morir resolvería muchos problemas. Pero no puedo. Llevo demasiados años maldito por la duda de si habría podido salvar a Emma de haber estado allí.

Pues aquí estoy, joder, y no voy a dar media vuelta.

—Él haría una hoguera contigo para asar nubes —grita Renee—. ¡Callum, podrías morir! ¡Piensa en Noah!

Eso me hace dudar, pero antes de decidir, una figura enorme toma forma bajo la lluvia: Jimmy, empapado. Me aparta de un hombrazo y forcejea con la puerta del pasajero; luego sacude la cabeza.

—Atrás, Renee —grito por última vez y sigo a Jimmy al lado del conductor. Se ha quitado la camisa de cuadros y, con la camiseta

blanca pegada al cuerpo, envuelve la tela empapada alrededor del puño para golpear la ventanilla hasta que el cristal cede y cae sobre Jason.

—Ayúdame a arrancar la puerta —ruge mientras limpia los fragmentos restantes.

Aferro el borde recién abierto, ignorando los minúsculos trozos de vidrio que se me clavan en la palma. Al principio creo que no servirá; ni siquiera la fuerza combinada de Jimmy y la mía basta para arrancar la puerta. Pateo la bisagra, intentando romper la unión. Los ojos de Jason se cierran otra vez. Me pregunto si estamos arriesgando la vida por un cadáver, pero aun así no puedo irme.

Al fin, con un alarido que supera incluso la lluvia, la puerta se desprende del marco. El hedor a sangre y goma quemada compite con el de la gasolina, atascándome las fosas nasales mientras forcejeo con el cinturón. Cuando al fin lo libero, me quedo paralizado. Todo el poder que rodeó a Jason durante años ha desaparecido: solo queda un cuerpo roto y vulnerable. Dejarlo en el coche es una sentencia de muerte, pero sacarlo podría dañarlo aún más. Giro hacia Jimmy.

—Hazlo —grita, entendiendo mi dilema—. Mejor paralítico que hecho cenizas.

La franqueza de Jimmy es lo que necesito. Giro el cuerpo de Jason; su cabeza se desploma sobre mi hombro mientras le rodeo la cintura y empiezo a arrastrarlo. Solo un gemido ahogado desde lo hondo de su garganta indica que sigue vivo.

Jimmy intenta ayudar, pero no hay mucho que pueda hacer. Jason y yo estamos atrapados en un abrazo macabro; su sangre empapa mi ropa. La chaqueta de cuero resbala y tengo que encajarlo más alto para no perder agarre mientras avanzo por la cuneta.

—Aquí —dice Jimmy cuando hemos avanzado unos diez metros—. Aquí estaremos bien. —Me ayuda a tumbar a Jason, pero un

gorgoteo enfermo en su garganta nos obliga a alzarle la cabeza a toda prisa. Sus ojos se abren un segundo y luego se vacían, girando hacia atrás.

No puedo respirar. Sé que es Jason quien yace en el suelo, pero ¿habrá sufrido Emma así también?

—¡Vas a estar bien! —le grito—. Ya vienen, están casi aquí.

Por suerte, un destello rojo atraviesa el cielo gris, seguido del aullido de las sirenas de una ambulancia que se lanza carretera abajo. Jimmy se incorpora para hacerles señas y, antes de que lo asimile, los paramédicos ya rodean a Jason. Dos de ellos me apartan, sin saber si la sangre que me embadurna es suya o mía.

—Es suya —insisto, pero al mirarme descubro las palmas laceradas y los cortes diagonales en mis vaqueros, recuerdo de cuando me arrodillé sobre el vidrio. Las manos de Jimmy están peor, tan hechas trizas que el sanitario pide otra ambulancia.

Mientras suben a Jason a la camilla y lo introducen en la ambulancia, Mia, Joanne y las madres me rodean. Manos cálidas se posan en mis hombros y en mi espalda, guiándome de regreso al bar de Jimmy, donde Noah me espera con mis padres.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta mi padre, abarcando la escena con la mirada, los ojos dilatados de incredulidad. Llegó después de que corriésemos hacia el estruendo del choque. La enormidad de explicarlo todo —la llegada de Jason, sus amenazas, la partida inexplicable de Quinn— me supera. Me desplomo en una silla con un golpe sordo, escondo la cabeza empapada entre mis palmas ardientes y digo la verdad:

—No tengo ni puta idea.

Pero sé que ya nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 29

QUINN



No puedo creer lo fácil que ha sido sacudirme de encima a Jason. Cuando compruebo que su deportivo rojo ya no mastica mi parachoques trasero, levanto el pie del acelerador y, a cada latido de mi corazón, escruto el retrovisor en busca de esa mancha carmesí. Como no asoma, doy una última vuelta al pueblo para asegurarme y, por fin, pongo rumbo a Waterford Village.

Callum no está en casa cuando irrumpo en el garaje —la plaza donde aparca el monovolumen yace vacía—. Me apresuro a entrar y meto mis cosas en una bolsa. Me muevo tan rápido como cuando abandoné LA hace un mes, pero esta vez el corazón me pesa cien veces más. Se me clava en la garganta como una roca imposible de tragar o escupir. Permanezco alerta por si la puerta del garaje se abre, señal de su llegada, pero la casa continúa en silencio, salvo por el golpeteo de la lluvia en el tejado: una percusión de fondo para mi miseria.

El Uber que solicito tarda quince minutos en llegar, lo que me deja diez eternos para deambular por la casa. En teoría reviso que no me olvido nada —sé de sobra que no—; en realidad estoy despidiéndome. Adiós a la biblioteca donde besé a Callum por primera vez. Adiós a la cama en la que pasamos tantas noches inolvidables. Adiós a la cocina donde Callum preparaba tortitas los sábados por la mañana y a la mesa donde ayudaba a Noah con los deberes.

Cuando por fin llega el Uber, salgo por la puerta principal con la certeza de que podría ser la última vez. *Venga, ya has pasado por esto antes*, me sermoneo mientras las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas. *Tienes que hacerlo. No puedes quedarte aquí.*

Lo sé: o atraigo al lobo hasta la puerta o, simplemente, me limito a cambiar de jaula dorada. El recuerdo de la mirada vacía de Callum, de la forma en que intentó controlarme, me espolea lo suficiente para cruzar corriendo el césped y deslizarme dentro del Uber.

—¿Se encuentra bien, señora? —pregunta el conductor, estudiándome por el retrovisor. El asiento trasero está forrado de plástico; seguramente esperaba a una pasajera empapada, no a una que llora. Rebusca en la guantera, encuentra un paquetito de pañuelos y me lo tiende.

—Estoy bien —respondo con una voz entrecortada que me delata. Intento secarme la cara con la manga, pero está empapada. Me rindo, tomo los pañuelos, me sueno con estrépito y apoyo la cabeza contra el respaldo plastificado. Mientras el Uber gira y se incorpora a la carretera principal que lleva a la estación de autobuses, cierro los ojos con fuerza y presiono el puño contra la boca para impedir que los sollozos se escapen entre mis dientes apretados.

Regreso directamente a mi casa en LA porque no sé qué más hacer. Tarde o temprano tendré que enfrentarme a Jason, y me encontrará vaya donde vaya; mejor hacerlo en mi propio terreno, mi bungalow en las colinas. Adoro aquella casa de tres dormitorios y dos baños, construida en los años veinte y apenas modernizada. La compré con veinte años, cuando mi primer disco se volvió platino, y pensé que moriría entre sus paredes.

Ahora, sin embargo, ni sus habitaciones acogedoras ni la vista de infarto consiguen aliviar el zarpazo que me desgarra el pecho. Cuando cruzo el umbral, la ropa está medio seca, tiesa contra mi

piel. Me cuelo bajo la ducha revestida de azulejos antes siquiera de que el agua alcance la temperatura perfecta y me quedo allí, abrasándome, hasta que el chorro se vuelve gélido. Solo entonces salgo y me seco por primera vez en horas.

Me pongo mis pantalones de chándal más cómodos, una sudadera gigante de Callum que le robé, y me enrosco en mantas sobre el sofá. Se siente bien estar caliente y seca, pero todo lo demás se siente mal. Un halo de miseria me envuelve, me presiona, me roba el aliento. Sin darme cuenta, las lágrimas resbalan por mis mejillas. Permanezco así, inmóvil, mientras el sol se hunde en el cañón tras el borde de mi piscina infinita y arrastra la oscuridad consigo. En menos de una hora, el ocaso se disuelve en un negro absoluto. Espero a que llegue el miedo, la paranoia de que, incluso ahora, Jason esté subiendo por mi camino privado, dispuesto a rematar aquello de lo que huí.

Y, aun así, la bruma de dolor, tristeza y pérdida me anestesia hasta no sentir nada.

Con desgana, me levanto y, con las mantas aún alrededor, compruebo todas las cerraduras. Es solo algo que hacer. Por fin dejo de tener miedo. Que venga Jason. He terminado de correr y esconderme. Quiero mi vida de vuelta. Tras inspeccionar la casa, me hundo de nuevo en los cojines del sofá y espero tanto tiempo que acabo durmiéndome allí.

Cuando me despierto, el sol se cuela a raudales por la puerta corredera de cristal, más brillante que nunca. Los pájaros entonan su cantinela aguda —la misma que siempre me hace abrir los ojos al amanecer— y, al mismo tiempo, suena el timbre de la entrada.

Ya está. Me desenredo de las mantas y avanzo hacia la puerta principal, convencida de que encontraré a Jason burlándose de mí tras la mirilla. En cambio, lo que veo es a Renee.

Abro la puerta, desorientada, como si hubiera salido de la sala de cine a por palomitas y al regresar me hubiera colado en otra

película. No esperaba ver la cara de mi mejor amiga; estaba preparada para el enfrentamiento final con mi capullo de mánager.

—¿No es día de colegio? —pregunto en cuanto termino de abrir.

Renee me mira con lástima.

—No, es domingo. —Entra sin necesidad de invitación; ha estado aquí mil veces, aunque no tantas en los últimos años.

—Cierto, domingo. —Me aparto el pelo de la cara mientras proceso la información. La fiesta fue el sábado, ayer mismo, pero parece de otra vida.

Renee cruza los brazos y me estudia con los labios fruncidos.

—¿Qué? —pregunto, cohibida—. ¿Tengo pinta de mierda?

—Sí, pero esa no es la razón de esta cara —dibuja un círculo en el aire alrededor de la suya—.

—¿Es porque no me he cepillado el pelo después de…?

—Quinn jodida Collins —me interrumpe—. No he venido a hablar de tu pelo.

Bajo las manos, renunciando a desenredarme.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunto en voz baja.

—¿Que por qué estoy aquí? —repite—. Pues mira, QC, por un par de razones. Una: quería saber cómo estabas. Te largaste en medio de un puto *diluvio* y no has contestado ni a llamadas ni a mensajes desde que saliste quemando rueda del aparcamiento al doble del límite de velocidad.

—Se me apagó el móvil. —Me abrazo a mí misma y desearía no haber dejado las mantas. No estoy orgullosa de cómo me fui; tomé riesgos innecesarios al ir tan rápido.

Renee se toma la molestia de mirar a su alrededor.

—¿Y no tienes ningún cargador en toda esta casa?

—No quería enfrentarme a Jason —murmuro, segura de que captará la verdad apenas disfrazada.

—¿Ah, sí? ¿Y con mi hermano? ¿Piensas enfrentarte a él?

Cierro los ojos; la miseria me palpita en las sienes como una migraña salvaje.

—No. —Me doy la vuelta y camino hacia el salón. Quiero poner distancia, pero debería saber que es imposible. Ella va pegada, su desaprobación es tan fuerte que parece una tercera persona en la habitación.

—Te lo dije, QC. Te *dije* que no te la jugaras con él. ¿Y qué hiciste?

—No lo hice —me defiendo, dejándome caer en el sofá y echándome la manta sobre las piernas.

Renee se desploma en el otro cojín antes de que pueda estirar las piernas. Intento calzarle los pies de todos modos, pero ella me los aparta.

—Ni lo sueñes. Estoy demasiado cabreada para aguantar tus pies helados. Diez minutos antes de que salieras disparada te dije que estuvieras a salvo y tú: «sí, sí, segurísima». Y luego desapareces, joder.

—Renee, no me fui porque quisiera —digo, encogiendo las piernas. Hemos discutido mil veces, pero esta pelea se siente distinta. Está furiosa, y con razón. He herido a su hermano. Sigo hiriéndolo ahora. Cada minuto que pasa sin llamarlo es otra astilla bajo las uñas de nuestra amistad.

—Entonces ¿por qué te fuiste?

Me masajeo las sienes y fijo la mirada más allá de ella, en la superficie brillante, casi de diamante, de la piscina del patio. Intento

reconstruir cada paso mental que me ha traído hasta aquí, pero todos se difuminan; no me guiaba la cabeza sino el corazón.

—Al principio solo quería alejar a Jason de Callum y de Noah —digo despacio—. Pero luego… Callum… —niego con la cabeza, incapaz de ponerlo en palabras—. No me veía a mí, Renee. Veía a Emma cuando intentó detenerme.

Renee abre la boca para replicar, pero la corto.

—No, Renee. Sé cuándo puede verme y cuándo no. *Entonces no podía*.

Se muerde las mejillas, frunce los labios y me observa como si fuera un pasaje particularmente difícil de una partitura.

—¿Le culpas? —pregunta por fin—. Emma murió en un accidente de coche bajo la lluvia.

—Lo sé. Lo recuerdo. Yo… —dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos—. No —digo al fin, contemplando la oscuridad de mis párpados—. No le culpo. Pero no puedo vivir mi vida en función de su muerte. Me dijo *no*, como si fuera una niña. Y no puedo estar con alguien que intenta controlarme. No después de Jason.

Otra persona habría soltado aquello de que solo intentaba protegerme, pero no Renee. Es tan ferozmente independiente como yo. Guardamos silencio largo rato, pensando. No quiere entender, pero lo hace.

—Eh —murmura despacio—. Hablando de Jason…

Abro los ojos de golpe y alzo la cabeza.

—¿Qué pasa con él? ¿Me he equivocado al calcular? ¿Se ha quedado en Belmont o en Waterford acosando a mis amigos y a mi familia?

—Puede que esté muerto.

CAPÍTULO 30

CALLUM



Esa noche llamo al hospital, pero nadie sabe decirme nada sobre el estado de Jason. A la mañana siguiente, le pido a mis padres que se queden con Noah y conduzco hasta allí. No sé por qué voy; quizá solo intento distraerme del recuerdo de los ojos de Quinn, anegados por una traición que ninguno de los dos entendía, cuando se soltó de mi brazo y se lanzó a la tormenta.

Me sorprende encontrar a una mujer mayor sentada junto a su cama. Tiene el pelo blanco y los mismos ojos oscuros que él, pero sin su malicia. Se queda tan sorprendida de verme como yo de verla. Me evalúa de arriba abajo con una rápida mirada y afirma con seguridad:

—Tú no trabajas en la industria.

—No, soy… —me lo pienso. Decir que soy abogado es la forma más rápida de que me inviten a marcharme. Fingir que soy amigo sería una mentira tan grande que ni siquiera puedo tragarla—. Soy quien lo sacó del coche.

—Ah. Entonces te lo agradezco. Soy su abuela.

Asiento y señalo la silla que hay al otro lado de la cama.

—¿Le importa?

Ella agita su mano, blanca, delgada y nudosa, invitándome a ocupar el asiento.

—Siéntate. No imagino que reciba muchas más visitas.

Así que su abuela sabe cómo es. Me acomodo en la silla, todavía preguntándome qué demonios hago aquí. Ella me mira como si tuviera la misma pregunta. Como no ofrezco explicación, al final pregunta:

—¿Eres solo un buen samaritano, señor…?

—Callum. Y no —respondo. Incómodo, me paso las manos por la barba de dos días; el vello me raspa las palmas. Hace mucho que no rompo mi rígida rutina de ducha y afeitado antes de salir de casa. Tal vez debería haberlo hecho: me habría dado tiempo a comprender que venir al hospital era una idea estúpida. ¿Cómo se le dice a esta mujer que su nieto estaba aterrorizando a la mujer que amo cuando tuvo el accidente? El pensamiento de Quinn me clava algo agudo y desagradable entre las costillas. Me aparto de él y me aferro a una mentira fácil—. Estaba renegociando un contrato con Jason. Había venido a… eh… hablar de condiciones.

Su mirada se afila.

—No eres muy buen mentiroso para ser abogado.

Sonrío con cansancio.

—Los buenos abogados no mienten.

Bufa.

—Entonces nunca he conocido a uno bueno.

La observo con más atención. Por fuera desprende una elegancia discreta, pero sospecho que bajo ese jersey de diseño hay astillas antiguas clavadas en los hombros. A veces yo me siento igual: como si el barniz de la riqueza se hubiera desgastado y mis orígenes humildes asomaran por las grietas. Antes detestaba esas fisuras,

pero ahora me dan igual. Quinn procede de esas mismas raíces y las luce con orgullo. Quiero parecerme más a ella.

La quiero a ella.

—¿Qué dicen los médicos? —pregunto, obligándome a volver a Jason.

El rostro de su abuela se suaviza.

—Que ha tenido suerte. Siempre la tiene.

—Me alegro. —Y lo digo en serio: no por Jason, sino por ella. Sé lo que es perder a alguien que amas. Creí que sentiría amargura, que me dolería que Jason hubiera tenido suerte cuando Emma no la tuvo. En lugar de eso, regresa esa extraña sensación de paz. Exhalo, agradecido. No me había dado cuenta de cuánto de mi vida estaba atado al miedo, la rabia y a una determinación casi dañina de no revivir aquel dolor. Ahora que esas ataduras empiezan a aflojarse, respiro mejor. Vivo mejor.

Solo tengo que recuperar a Quinn. Me pongo en pie de golpe. ¿Qué demonios hago al lado de la cama de Jason Cain cuando debería estar persiguiendo a la mujer que amo?

—¿Te vas tan pronto? —pregunta la abuela de Jason, nada sorprendida.

—Tengo que irme. —Y es verdad. No puedo pasar ni un minuto más en este hospital.

—¿Le digo que has pasado por aquí? —pregunta con perspicacia, clavándome de nuevo esa mirada imperturbable.

Me lo pienso un segundo y respondo:

—No. —No le importará a alguien como Jason. Aunque, milagrosamente, recordara que lo saqué del coche, no cambiaría nada. Hará lo que quiera con el contrato de Quinn.

—Se lo diré igualmente —decide—. Debe saberlo.

No lo discuto. Me despido de ella y me alejo de ese mastodonte gris a la mayor velocidad que me permite el corazón. Incluso rompo mi norma de no superar los límites. Conduzco en piloto automático varios minutos, hasta que caigo en la cuenta de que ya estoy en la autopista, rumbo al sur. Rumbo a Quinn.

La he llamado tantas veces en el último día que sé que no va a contestar, así que llamo a Renee.

—Necesito tu ayuda —digo cuando descuelga—. Tengo que encontrar a Quinn.

—Voy por delante de ti, hermanito.

—¿Estás con ella? ¿Dónde está?

—En casa. Acabo de darle la noticia sobre Jason.

—¿Cómo se lo ha tomado?

Una pausa.

—No lo sé. No actúa como ella misma.

—Voy de camino.

Renee duda otra vez.

—No sé si es buena idea, Callum. Ella cree… y no digo que tenga razón, pero cree que aún no has superado la muerte de Emma. Piensa que a veces ves a Emma en lugar de verla a ella.

—Sé lo que piensa —digo con dureza—. Y tiene razón.

El silencio se alarga al otro lado de la línea. Por fin, Renee dice con pesadez:

—Entonces no deberías venir. No hasta que arregles eso. Ve a ver a alguien que pueda ayudarte.

—Creo que ya lo he hecho. Esta mañana he ido a ver a Jason al hospital.

Renee suelta un sonido a medio camino entre un graznido y una maldición.

—No me refería precisamente a ese «alguien». Quería decir…

—Lo sé —la interrumpo—. Pero te digo que ha pasado algo mientras estaba allí. La he soltado.

Pausa larga y luego:

—¿Soltaste a Emma mientras estabas sentado junto a un despojo como Jason Cain? —pregunta, escéptica—. No soy terapeuta, pero no suena muy lógico.

—Su abuela también estaba allí. Quizá tuvo algo que ver, no lo sé —empiezo a quedarme sin paciencia—. El caso es que necesito ver a Quinn. Mándame su dirección por mensaje.

Puedo sentir la reticencia de mi hermana mientras lucha entre la lealtad a su mejor amiga y la lealtad a su hermano. Por primera vez, la balanza se inclina a mi favor. Me envía la dirección.

—Dile que voy —añado mientras introduzco la dirección en el GPS—. Pero dile que, si no quiere abrirme, volveré más tarde. No tiene que escabullirse. No soy Jason Cain.

—Lo sabe, Callum.

Pienso en lo fuerte que la sujeté, en cómo el impulso de impedir que se marchara aplastó a la razón.

—No sé si lo sabe. Pero lo sabrá —me aseguraré de ello.

—Callum —la voz de Renee se suaviza—. Puede que no baste. Igual que tú has tenido que enfrentarte a la muerte de Emma, Quinn debe enfrentarse a toda la mierda que pasó con Jason. *Todavía* pasa, teniendo en cuenta que sigue vivo.

—Voy a sacarla de eso.

—Seguro. Pero ahora mismo, sentirse atrapada es su peor pesadilla. Y puede que no vea la diferencia entre compromiso y encierro. —Hace una pausa, dejándome digerir su significado. Como no digo nada, suelta el aire y añade—: Solo digo que no entres corriendo con un anillo de diamantes y promesas de para siempre, ¿vale?

—Te oigo —respondo. Y es verdad, pero nada va a impedirme encontrar a Quinn. Y, pese a todos los obstáculos y motivos por los que lo nuestro podría no funcionar nunca, voy a decirle lo que siento y lo que quiero. Y si me rompe el corazón… bueno, es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Ella lo vale.

CAPÍTULO 31

QUINN



Callum está de camino y cada fibra de mi cuerpo me grita que salga por la puerta trasera, cruce el jardín de mi vecino ermitaño y me agazape en su porche lateral hasta que llegue un Uber que me lleve bien lejos.

Lo sé, es una completa locura.

Sé que es una locura.

Callum *no* es Jason. Según Renee, ni siquiera Jason es ya Jason. Podría estar muerto, o casi. Su abuela está con él. Mi corazón se debate entre la esperanza y el horror. ¿Cómo me he convertido en alguien que desea la muerte de una persona? Pero entonces el recuerdo de sus manos rodeando mis muñecas cuando intenté alejarme de él se vuelve corpóreo. El sabor acre y metálico del miedo al fondo de la lengua sabe a sangre y vómito. Casi había olvidado ese sabor hasta que Callum me agarró del brazo y no me soltó.

Callum, el hombre que nunca, jamás, me haría daño.

Callum quizá ame a Emma a través de mí, utilizándome de una forma demasiado parecida a la que Jason empleó conmigo. Entró en *Jimmy's* hace siete años, me miró y vio a otra persona —la mujer en la que podría convertirme si le permitía moldearme—. No volveré a

dejar que nadie me moldee ni que me diga lo que puedo o no puedo hacer.

Renee se marchó justo después de pasarse un rato, sospechosamente largo, en el baño; salió para decirme que su hermano venía en camino. Estuve a punto de suplicarle que se quedara, pero se negó.

—No pienso quedarme para ver cómo os reconciliáis y os coméis la boca delante de mí.

—Por favor, Renee.

Se detuvo y me miró, súbitamente seria.

—La verdad es que no puedo quedarme para esto. Entiendo si vas a romperle el corazón, pero no puedo presenciarlo, ¿vale? Le quiero tanto como te quiero a ti. Haz lo que tengas que hacer, solo que no delante de mí.

—Te necesito, Renee.

—No, Quinn. Puedes hacerlo.

Después de encontrar las llaves del coche —que yo había escondido en la despensa—, me plantó un beso en la mejilla y puso rumbo de nuevo a Belmont Springs.

Ojalá pudiera irme con ella. He querido este bungalow durante tanto tiempo, pero nunca llegó a sentirse como un hogar. Y ahora, de pronto, me resulta demasiado pequeño. Cuando Callum atraviese esa puerta, ocupará cada rincón y se llevará todo el oxígeno.

El pulso se me dispara y, cuando suena el inevitable golpe en la puerta, doy un brinco. Mientras avanzo hacia ella, destellos de las veces que Jason se presentó sin invitación me asaltan. Abro y casi espero verlo dando ya un paso al interior, acorralándome, imponiendo su presencia.

En su lugar, está Callum. Lleva las manos hundidas en los bolsillos y una expresión cautelosa en el rostro. Sus ojos verdes, ágiles, me registran de un vistazo.

—Estás blanca como una sábana.

—No eres tú. —Agarro el pomo y me apoyo contra la puerta. Verlo me hace tanto bien que duele, y ese dolor me asusta.

—No es *solo* por mí —corrige con gravedad. Distingo la tensión en su mandíbula, el temblor contenido en los músculos de sus brazos, pese a su esfuerzo por parecer tranquilo. Quiere entrar y arreglarlo todo, pero se contiene.

Apoyo la frente contra la puerta, aún aferrada al pomo redondo. No estoy lista para dejarlo pasar, pero su sola presencia calma mis nervios en carne viva. Permanece sobre el felpudo, al otro lado del umbral, como si no estuviera seguro de ser bienvenido, como si se marchara al menor gesto de rechazo.

—¿Y si no quiero dejarte entrar? —lo desafío.

—Entonces esperaré aquí fuera.

—¿Y si quiero que te vayas?

—Entonces me iré. Pero no me quedaré lejos, Quinn; volveré cada día hasta que estés lista para dejarme entrar.

—¿Y si nunca estoy lista?

Un destello de dolor cruza sus ojos, pero su rostro se mantiene sereno.

—Entonces no sé qué haré, porque estoy enamorado de ti.

Es la segunda vez que lo oigo hablar de amor, pero esta vez no puedo fingir que sus palabras no sean verdad. Me ama. Yo lo amo. Entonces, ¿por qué demonios es tan difícil? Mientras mis pensamientos dan vueltas buscando dónde posarse, me quedo mirando los caros zapatos de Callum, las puntas alineadas con el

borde del felpudo. No cruzará esa línea a menos que yo se lo permita.

Él *no* es Jason. Siento esa certeza anclarse en mi pecho, en mis huesos. Callum nunca me atrapará como lo hizo Jason. Extrañamente, las lágrimas me asaltan. No sé a qué se deben; quizá a que al fin comprendo lo hondo que las garras de Jason se clavaron en mi alma y en mi mente. Había visto con toda claridad cómo el duelo sin resolver de Callum condicionaba su vida, pero ni siquiera había sido capaz de reconocer el mío.

—Eh —susurra Callum—, ¿y eso?

Veo que desea tocarme, pero mantiene las manos en los bolsillos. No cruzará el umbral hasta que lo invite.

—Solo… estoy ordenando las cosas —balbuceo, secándome las mejillas antes de soltar un suspiro tembloroso—. Pasa.

Callum espera a que me haga a un lado y abra del todo antes de entrar.

Lo conduzco al salón y señalo el sofá. Se sienta sin protestar, y yo me acomodo en el sillón frente a él.

—Yo también estoy enamorada de ti —confieso, limpiándome nuevas lágrimas—. Mientras venía por el pasillo decidí que no tenía sentido fingir; es la verdad y tienes que saberla. Pero estoy asustada… no, estoy *aterrada*, Callum.

Los músculos de Callum se tensan, como si quisiera hacer algo pero no supiera qué.

—¿De mí?

—De todo —murmuro, clavando la vista en mis manos en lugar de en él—. A veces siento que no me amas de verdad a *mí*, sino que me ves como alguien a quien puedes proteger porque no pudiste protegerla a ella —termino, negándonos la vía fácil.

Callum se sobresalta al oírlo, pero niega con fuerza.

—No te confundo con Emma, Quinn. En absoluto. Sí, pensaba en ella cuando no quería que salieras en la tormenta, pero no se trataba *de* ella. Se trata de ti. Aparte de Noah, te has convertido en la persona más importante de mi vida. No quiero perderte.

La coraza que había crecido en torno a mi corazón se resquebraja un poco.

—Hay otras formas de perder a alguien aparte de un accidente de coche bajo la lluvia, Callum —susurro tan suave como puedo—. Puedes perderlo si lo aprietas demasiado fuerte. —Me levanto y me siento a su lado en el sofá; él se vuelve hacia mí, nuestras rodillas casi rozándose.

—Lo sé —Callum me mira fijamente—. Ya lo hice con Noah, y también contigo. Pero estoy aprendiendo. Te quiero, Quinn. Todo lo que de ti pueda tener.

La manera en que pronuncia esa última frase, con un timbre hueco y un poso de tristeza en la mirada, me obliga a mirarlo más de cerca. ¿Qué quiere decir con *todo lo que de ti pueda tener*? ¿Cree que podría darle menos que todo a la persona que amo? Y, mientras lo observo, comprendo que sí.

—Callum —musito, esforzándome por mantener la voz firme; jamás he estado tan expuesta—. Estoy enamorada de ti. Puedes tener *todo* de mí. Solo no intentes controlarme. Nunca. No puedo vivir así otra vez.

Emociones que no alcanzo a descifrar se arremolinan en su expresión mientras sostiene mi mirada.

—Jamás intentaría controlarte. En cuanto a tu carrera… nunca te pediría que te quedaras en Waterford Village.

—Bien, porque eso nunca ocurriría. —Lo rodeo con los brazos para amortiguar el impacto de mis palabras—. Pero si de verdad me amas

a mí, entonces tienes todo de mí, Callum.

Sus ojos verdes se clavan en los míos y se iluminan.

—¿Lo dices de verdad?

—¿De verdad me amas a *mí*?

—Con todo lo que tengo.

La honestidad simple y frontal de su voz me atraviesa directamente el corazón y desarma el último pedazo de mi armadura. Le creo. Confío en él.

—Yo también te amo con todo lo que soy —susurro, con la voz temblorosa. Callum, por fin, me toca: la yema de sus dedos acaricia mi rostro, lo enmarca un instante y, enseguida, su boca se abalanza sobre la mía. Las chispas que saltan son aún más brillantes que aquella primera vez, una lluvia que vuelve mi sangre purpurina y alumbra el largo y sinuoso camino que hemos recorrido para encontrarnos.

Nos queda un millón de cosas por resolver. Para empezar, dónde viviremos. Quiero criar a Noah en un barrio donde la gente se cuide, no dependa de patrullas contratadas; quiero que tenga bosques salvajes y una casa en un árbol. Quiero que tenga Belmont Springs. También flota la ominosa cuestión de Jason Cain, pero, por primera vez, las posibles respuestas no me asustan. Callum estará a mi lado, protegiéndome como siempre, dejándome volar.

Lo beso y sé que, por fin, estoy en casa.

EPÍLOGO

QUINN — SEIS MESES DESPUÉS



Una tarde cualquiera, Noah y yo estamos en su habitación devanándonos los sesos para averiguar cómo empaquetar sus piezas de Lego, cuando Callum llega, inesperadamente, antes de lo previsto.

—No creo que debamos meterlos en cajas —digo justo cuando se abre la puerta principal—. Mejor los cargamos directamente en el coche y nos los llevamos.

El resto de la habitación de Noah ya está embalado en cajas de cartón. El colchón descansa en el suelo y el somier lo están montando ahora mismo en su nueva habitación, al otro lado de la ciudad; Jimmy y el padre de Callum se lo llevaron esta misma mañana.

—¿Hay alguien en casa? —resuena la voz de Callum desde el pie de la escalera.

—¡Estamos arriba! —le contesto. Y a Noah le añado—: Quizá tu padre tenga una idea mejor.

Sus pasos suben rápidos y ligeros; en cuanto aparece en el marco de la puerta, el corazón se me eleva. Sonríe como si acabara de encontrar el boleto ganador de la lotería. Se detiene junto a Noah, le despeina el pelo y luego me envuelve con los brazos, alzándome.

—Guau —suspiro, rodeándole el cuello con los brazos para equilibrarme—. ¿Buen día en el trabajo?

Callum ha abierto recientemente su propio bufete en el pueblo. Las jornadas son igual de largas que en Los Ángeles, pero disfruta más el trabajo y solo acepta casos que de verdad le importan. Eso lo hace feliz, aunque rara vez lo pone tan exultante.

—Tengo buenas noticias.

Noah lo mira con suspicacia. La última vez que tuvimos buenas noticias le contamos que nos mudábamos a Belmont Springs. Siendo Callum como es, compró la casa más grande de la manzana, la que fue la vivienda modelo hace cincuenta años cuando se construyó el barrio. También ha planeado una reforma extensa para mejorar las medidas de seguridad, dentro y fuera. A Noah no le entusiasmó la idea de abandonar el único hogar que ha conocido nunca, pero lo sobornamos con la cercanía a la tía Renee. Tampoco le hace daño que la casa dé al bosque y que un sendero salga directamente de nuestro jardín hasta el lago. Ahora ya lo acepta, pero no está dispuesto a más sorpresas nuestras.

Sin embargo, Callum solo me mira a mí, con una satisfacción visceral, como si acabara de ganar una pelea a puño limpio que casi hubiese noqueado a ambos contendientes.

—Lo ha firmado —susurro, casi sin atreverme a creérmelo.

—El hijo de puta lo ha firmado —confirma Callum, bajando la voz hasta un susurro que, aun así, Noah alcanza a oír.

—¡Bote de los tacos! —berrea contento y sale corriendo a buscarlo.

A solas, Callum y yo nos quedamos mirándonos, el aire zumbando con la magnitud de lo que acaba de ocurrir. En silencio, me tiende una tarjeta blanca. La reconozco al instante: es de Jason. La abro y descubro su habitual caligrafía críptica y cursiva: *Una vida por otra vida*.

—Así que Jason hace algo decente por primera vez en *su* maldita vida —murmuro mientras sostengo la tarjeta y la releo.

Cien emociones distintas me atraviesan al darme cuenta de lo que significa.

No tengo que grabar un tercer álbum en el que no creo.

No tengo que hacer más actuaciones privadas para multimillonarios en los que no confío.

No tengo que volver a ver a Jason Cain nunca más.

Los ojos de Callum permanecen tan firmes como siempre, esperando averiguar qué necesito de él. Sonrío para que sepa que la respuesta es *nada*. No necesito consuelo y no voy a sufrir un colapso tardío por el estrés de estos últimos años. Me siento exactamente como soy… libre.

Lo rodeo con los brazos y lo beso antes de que Noah vuelva a subir de un salto. Un beso prolongado que le dice que luego le mostraré lo agradecida que estoy. Al final, no ha sido su mente brillante lo que me ha sacado del apuro. Ha sido su magnífico corazón. Jason Cain lo habría dejado morir si los papeles se hubieran invertido, sin duda. Pero, aun sabiéndolo, Callum sangró para salvarle la vida. Algo así no pasa desapercibido, ni siquiera para alguien tan reptiliano como Jason. Ese tipo de buena acción no se queda en una sola rotación; sigue girando.

—Puedes volver a juntar a *The Belles* —dice Callum cuando por fin rompemos el beso.

¡SÍ! —grita Noah, irrumpiendo de nuevo en la habitación con el bote de los tacos que hicimos el día que me mudé oficialmente. Me lo tiende y yo saco un billete de un dólar del bolsillo trasero; he empezado a llevarlos encima porque, inevitablemente, se me escapará algún taco.

—¿Por qué estás tan emocionado, peque? —se ríe Callum mientras Noah salta a nuestro alrededor.

—¡Porque quiero ser una Belle!

Callum y yo nos miramos. Él arquea las cejas; mi expresión es de culpabilidad.

—Puede que le dijera que podría tocar con nosotras de vez en cuando.

—¿*Quizá*?

—Vale, le dije que definitivamente podría —antes de que la mirada inquisitiva de Callum se oscurezca en un ceño fruncido, añado—: Si se come las verduras.

Luego me escapo a la otra habitación para llamar a Joanne, Mia y Renee. Quedamos en vernos al día siguiente en Jimmy's, cuando salgan del trabajo.

Me sorprende descubrir que estoy nerviosa; Callum, en cambio, no lo está.

—Te acabas de librar por los pelos de un contrato —señala, después de acostar a Noah— y ahora te lanzas de cabeza a otro.

—Sí, pero este es con mis mejores amigas.

—Da igual. —Me besa—. Tienes problemas de compromiso, Quinn.

—¿Ah, sí? —alzo las cejas y echo un vistazo a mi alrededor—. Ahora mismo parezco bastante domesticada, ¿no?

Mi guitarra descansa en la esquina de su dormitorio. Mi ropa cuelga en su armario. Duermo en su cama cada noche. En breve viviremos en *nuestra* casa, pagada a medias, y aun así —desde donde estoy sentada— ya me he lanzado de cabeza al compromiso.

—Eso es distinto —Callum me sienta en su regazo—. No tenemos contrato. Podrías irte cuando quisieras.

Rodeo su cuello con mis brazos y llevo mi boca a la suya para un beso largo y profundo.

—Ni de coña —murmuro contra sus labios.

Lo que Callum y yo tenemos me ata más que cualquier contrato que pudiera firmar. Odio pasar el día lejos de él. La idea de dejarlo alguna vez me resulta tan atractiva como arrancarme la piel. Y dejar a Noah es igual de impensable. Ellos dos son mi vida… y lo que Callum no sabe es que viene una nueva vida en camino. Una que nos unirá irrevocablemente.

Sonrío contra sus labios. Aún no he averiguado cómo decírselo. Unas letras me cosquillean en la parte de atrás del cerebro, pero todavía no se han convertido en un estribillo, ni en un verso, ni en nada reconocible. Abrazo el secreto muy fuerte mientras lo beso y dejo que fermente. Cuando llegue el momento, la canción vendrá y sabré cómo decírselo.

Al día siguiente me reúno con Renee, Mia y Joanne en Jimmy's, y nos lleva apenas tres minutos ponernos de acuerdo en que la banda vuelve a estar junta.

—¡Hacedlo oficial! —ordena Jimmy.

Vuelve a la oficina y regresa con una hoja de impresora en blanco y un bolígrafo. La planta sobre la barra y, una tras otra, firmamos. Le envío una foto a Callum: *¿Quién tiene ahora problemas de compromiso?* escribo debajo. Más tarde, se reirá y dirá que es el contrato menos oficial que ha visto en su vida. Pero yo lo sé: es un compromiso con mis amigas que nunca romperé. Tanto si la banda lo peta y todos —Callum y Noah incluidos— nos vamos de gira, como si nunca salimos del escenario que Jimmy nos construyó hace ocho años, estaremos juntas.

En las semanas siguientes, la vida se vuelve mejor de lo que jamás habría imaginado. Callum, Noah y yo nos mudamos a nuestra nueva

casa. Hemos llegado a un acuerdo sobre la cantidad de seguridad que Callum puede instalar. El modelo estándar está bien; detectores de movimiento que crucen las habitaciones de la planta baja con haces rojos estrechos, no. En su lugar, adoptamos un perro para añadir otra capa de seguridad, y eso fue definitivo para Noah. La última de sus reticencias a abandonar el único hogar que ha conocido se evapora cuando aparece nuestro nuevo pastor alemán —al que Callum llama Brinks, como el sistema de seguridad—.

Me encanta estar de vuelta en Belmont Springs, con Renee a la vuelta de la esquina y Mia y Joanne a diez minutos a pie. Montamos nuestra sala de ensayo en el sótano —Callum lo insonorizó durante las reformas— y tres noches por semana, sin falta, nos reunimos allí. Es como si todos nuestros sueños del instituto se hubieran hecho realidad de una forma que nunca previmos. Para nosotras ya no se trata del resultado final. No sabemos adónde llegará *The Belles*, y no importa. Lo que importa es que estamos juntas y hacemos música.

Y a veces, de noche, después de que ellas se marchan y Callum duerme, bajo allí sola y dejo que me lleguen las letras. Una canción de renacimiento y nueva vida. No decía abiertamente, *eh, ¡vas a ser papá!*, pero el mensaje estaba ahí si escuchabas con atención, y Callum siempre lo hace. Sonoramente, no encaja con ninguna canción que haya escrito antes. Es casi folk, dulce, caprichosa y llena de esperanza. Pero está bien. Esta canción no está destinada a un álbum. Está destinada a nosotros.

La guardo muy cerca del corazón, esperando el momento adecuado para tocársela a Callum. Trabaja tan duro en su nuevo despacho que no quería ponérsela cuando estuviera medio dormido al final de la noche. Por fin, una mañana de sábado, nos despertamos antes que Noah y sé que ha llegado el momento.

—Oye —susurro, cogiendo el móvil de la mesilla y rodando hacia él —. Quiero que escuches una canción que he escrito.

Estaba bostezando y frotándose el sueño de los ojos, pero ahora se centra por completo en mí. Algo en mi voz le advierte que no se

trata de una canción cualquiera de *The Belles*. Mantengo el móvil entre los dos, a volumen bajo, y busco el archivo MP3. Sin apartar la vista de su rostro, la reproduzco.

Callum siempre escucha mis canciones nuevas con seriedad, como si luego fuese a testificar sobre lo que ha oído. Sonríe al oír los ritmos suaves y la manera en que mi voz se derrama, más dulce que rasgada por una vez.

—Suena como una nana —murmura entre versos.

—Sigue escuchando.

Cuando la canción llega al puente, los ojos verdes de Callum se clavan en los míos, con una pregunta formándose en ellos. Cuando la canción termina, me hace un gesto para que la vuelva a poner. Lo hago, con una pequeña sonrisa formándose en mis labios. La ha oído, pero como buen abogado, vuelve a por más pruebas.

Después de que la canción acabe por segunda vez, Callum se incorpora sobre un antebrazo y me mira desde arriba.

—Quinn, ¿esta canción significa lo que creo que significa?

La sonrisa que intentaba contener se expande por mi cara.

—No sé, ¿qué crees que significa?

Su mirada baja a mi vientre, aún plano bajo la suave camiseta de Black Sabbath con la que duermo. Aun así levanto el dobladillo y presiono su mano contra mi abdomen. La respiración de Callum cambia, se acorta. La alegría está enroscada, pero espera la confirmación antes de permitirse sentirla.

—Vas a ser papá otra vez —susurro, incapaz de contenerlo.

Todo el rostro de Callum cambia. Pensaba que conocía todas sus expresiones, pero esta nunca la había visto. Sus ojos adquieren un nuevo tono de verde mientras contempla mi vientre. Su sonrisa casi le rompe esa cara tan guapa que tiene.

—Estás embarazada —susurra.

—Unos dos meses, creo —le acaricio la cara con la mano—. Ya estaba feliz al descubrir que estaba embarazada, pero su reacción lo hace aún más dulce. En su día temí la idea —lo que haría con mi carrera, cómo reaccionaría Jason—. Ahora lo es todo para mí. Otro lazo entre Callum y yo. Un hermano para el niño al que amo como si fuera mío. Una nueva Belle.

Cuando me besa, siento su feroz alegría y orgullo colarse en mí.

—¿Sabes lo que significa esto? —murmura contra mis labios.

—¿Que va a haber un bebé?

Se ríe por lo bajo.

—Sí. Y una boda. Quiero casarme contigo, Quinn Collins, y ya no acepto un *todavía no* como respuesta.

Callum ya había mencionado el matrimonio antes y yo siempre lo había aplazado. Pero con la desaparición de Jason de mi vida y la llegada de esta nueva vida, siento cómo las viejas reservas se desprenden.

—Vale —susurro.

Me preparo para ese miedo que me aprisiona el pecho y que ha acompañado otros acuerdos vinculantes en mi vida, pero esto es tan fácil como aceptar estar en una banda con mis mejores amigas. Mejor aún, porque estoy aceptando estar con el amor de mi vida el resto de mi vida. Es tan natural como respirar.

Callum me acomoda bajo él, pero pongo mis dedos sobre sus labios antes de que pueda besarme de nuevo.

—Con una condición.

Sus ojos verdes chispean con exasperación, pero espera con paciencia.

—Quiero construir una casa en el árbol para nuestros hijos.

Ya la veo en uno de los árboles al borde de nuestra parcela. Tan segura como pueda construirla Callum, pero lo bastante libre para que puedan soñar en ella como yo pude hacerlo.

Noto que Callum está a punto de decirme que ni hablar, que debería conformarme con una casita a ras de suelo con su propio mini sistema de seguridad. Sus labios se entreabren bajo mis dedos y luego se cierran mientras lo medita. Ha mejorado mucho dejando que Noah sea un niño estos últimos meses, pero ¿es esto demasiado para él? ¿Desencadenará todos sus miedos y preocupaciones, igual que los compromisos desencadenaron los míos? Contengo la respiración, esperando averiguarlo.

—¿Quieres una casa en el árbol en lugar de un anillo? —dice al fin, y percibo la aceptación en su tono resignado.

—Oh, no, quiero las dos cosas —le aseguro—. Lo quiero todo.

—Lo tienes —susurra, y cuando me besa esta vez, sé que todos mis sueños se han hecho realidad.

ENAMORARSE DE LA NIÑERA (VISTA PREVIA)



CAPÍTULO 1

CAT



Estoy atrapada en el atasco eterno de la Route 7 en plena hora punta; me sacudo los últimos restos de purpurina del antebrazo y compruebo mi reflejo en el retrovisor cada vez que el semáforo se pone en rojo. Los viernes conduzco directamente desde la guardería *Little Tykes* en Vienna hasta mi turno detrás de la barra en Great Falls, y no quiero que mis compañeros tengan que arrancarme pegatinas del pelo otra vez.

Solo alcanzo a ver un trocito de mi cara en el retrovisor, lo justo para comprobar que el rímel que me puse a las siete se ha cuarteado y que exhibo una auténtica cara de puro agotamiento. No aparento más de mis veintiséis, pero estoy pálida y demacrada, como si sobre mis hombros pesaran muchos más. Por suerte, este tráfico absurdo me regala el tiempo suficiente para retocarme el eyeliner y recogerme el pelo en una coleta alta que, al menos en teoría, resulta alegre. Y, cómo no, también me deja margen para obsesionarme con el dinero. Esta noche tengo que hacer caja: el alquiler vence en dos días. Mi compañera de piso y mejor amiga, Alyssa, seguramente podría prestarme lo que me falta, pero me da reparo pedírselo. Otra vez.

Giro por una carretera estrecha y serpenteante flanqueada de mansiones y me pregunto cómo será tener ese tipo de dinero. No se trata solo de estar desahogado, como mis padres en la casita que compraron hace treinta años, sino de tener tantísimo dinero que tu

entrada sea prácticamente una calle y tu casa se levante sobre una parcela del tamaño de un campo de fútbol. No alcanzo a imaginarlo. Ni siquiera estoy segura de querer vivir en un sitio tan gigantesco como para extraviar a alguien dentro, pero dejar de preocuparme por el alquiler, las facturas o la compra sería estupendo. Tener lo suficiente para cenar fuera de vez en cuando o, quién sabe, irme de vacaciones.

—Pero tú elegiste esto —me recuerdo en voz alta—. Podrías estar ahora mismo en Chicago con Devon.

Como siempre, el recuerdo de mi exnovio me provoca sentimientos encontrados. Le echo de menos —o más bien echo de menos la idea de él—, pero al mismo tiempo me siento enormemente aliviada de no estar en Chicago con él. Me ofrece todo lo que puedo desear si me mudo con él: ganaría mucho dinero, dice. Yo podría trabajar si quiero o centrarme en escribir. ¿Me da miedo mudarme con él porque solo llevamos un año saliendo? ¿Necesito un compromiso? Podríamos ir a la joyería en ese mismo momento.

Estuve tentada, muchísimo. Pero nunca habría funcionado: simplemente no le quería lo suficiente. Así que me quedé, combiné dos trabajos y escribí a ratos entre uno y otro.

—Yo elegí esto —repito, esta vez con más ánimo. Es mejor estar cansada, llena de purpurina y sin un duro que con la persona equivocada. De eso estoy segura. Demasiados amigos se habían aferrado a sus parejas como a botes salvavidas al empezar el último curso de la uni, convenciéndose de que eran lo único que les impedía hundirse. Cuatro años después siguen atrapados en relaciones que deberían haber durado un fin de semana, y a algunos cuesta reconocerlos.

Cuando entro en el restaurante y veo a Alyssa detrás de la barra, me siento casi eufórica.

—Hola, solecito —saluda al ver mi sonrisa radiante—. ¿Buen día con los peques?

—Sí, claro, todos lo son.

Suelta una carcajada, como si yo bromeara, y luego intenta contenerse. —Sigo sin creerme que te *guste* cambiar pañales ni que los bebés te regurgiten encima todo el día —dice, negando con la cabeza—. Y luego vienes aquí para que los borrachos te vomiten encima.

Echo un vistazo alrededor, agradeciendo que la barra esté casi vacía a las cuatro y media. Eso me permite relajarme un minuto mientras Alyssa prepara la estación. —La única borracha que me ha vomitado encima eres tú —le recuerdo, subiéndome al taburete y flexionando los pies dentro de mis zapatillas negras antideslizantes—. Y te quiero, pero prefiero *mil veces* cuidar de bebés que de ti.

Alyssa pone una mueca, pero no discute. Tampoco se molesta en señalar que los cuidados han sido mutuos. En diez años de amistad nos hemos turnado para llevar a la otra sana y salva a casa. Con suerte, pasaremos los próximos diez haciendo lo mismo y, después, quizá encontremos hombres fabulosos, nos casemos, tengamos hijos y hagamos todo ese rollo.

—¿Cómo está Parker? —pregunto, con la esperanza de que me diga que por fin ha cortado con él. Era la mayor amenaza para mi sueño de envejecer —y seguir siendo inmaduras— con mi mejor amiga. Era un tipo estirado, formal y, básicamente, cualquier otro adjetivo aburrido que se te ocurra. Si fuera por él, Alyssa ni siquiera trabajaría aquí conmigo. Al fin y al cabo, me recordaba constantemente, ella no necesitaba el dinero. Había estudiado Informática, como él.

—Parker está… —duda Alyssa. Cuando Tom, nuestro otro barman, apareció cargando dos cubos gigantes de hielo de la cocina, ella se apresuró a ayudarle. El estrépito del hielo hace imposible que conteste a mi pregunta, pero yo aguardo. Hay algo en ese *Parker está…* que me deja un nudo raro en el estómago.

—¿Parker está qué? —pregunto en cuanto Tom vuelve a la cocina con los cubos—. ¿Se muda?

—Ehmm. —Alyssa se coloca un mechón detrás de la oreja y empieza a alinear las botellas—. En realidad sí que se muda.

No llego a dar palmas de alegría, pero la satisfacción debe de notárseme en la cara. Alyssa lo ve en los espejos que cubren la pared y frunce el ceño. —Va a comprarse un piso en Reston.

—Oh —digo, decepcionada. Reston no está lo bastante lejos. Alyssa y yo tenemos un adosado en el centro de Herndon, así que, en realidad, se muda más cerca. Al menos cuando vivía en Arlington había media hora de autopista entre nosotros.

—Y… —continúa Alyssa, acelerando como para soltarlo de golpe—, voyavivirmeconél.

—¿Perdona? —me llevo la mano a la oreja.

—Me voy a vivir con él. —Alyssa se gira para encararme, los brazos cruzados a la defensiva.

Me quedo mirándola, boquiabierta. No parecía que estuviera bromeando. Alyssa no era de hacer bromas, y menos con algo tan serio, pero aun así me costaba creérmelo. —¿Parker? —verifiqué—. ¿El tipo que, según tú, se preocupa más por su cartera de acciones que por ti?

—Estaba bromeando.

Sabía que no. Llevaba tres Truly's cuando me lo confesó y, aunque Alyssa lloraba tanto como bromeaba, aquella vez le brillaban los ojos. Otro secreto de aquella noche me vino a la cabeza y me aferré a él con esperanza. —También dijiste que era malo en la cama.

—Dije que era técnico.

—Dijiste *egoísta*. Pero, aunque seguía discutiendo, sabía que no servía de nada. Parker marcaba todas las casillas de Alyssa: buena

familia, título Ivy League, seis cifras de sueldo y más de metro ochenta. Nada de lo que yo dijera la haría ver que su lista de requisitos estaba equivocada. No podía ganar y, si seguía intentándolo, podía perder a mi mejor amiga.

La observé limpiar la barra con furia, aunque ya estaba impoluta. Parker tenía razón: ella no necesitaba este trabajo. Seguía aquí porque yo seguía. Porque *yo* necesitaba el dinero para pagar mi mitad del alquiler. De pronto me asaltó un pensamiento terrible: si Alyssa se iba con Parker, ¿con quién iba a vivir yo?

—Te ayudaré a encontrar a alguien —dijo Alyssa, aún enfadada, cuando lo mencioné un par de minutos después—. O supongo que podría preguntarle a Parker si…

—Ni hablar. —Levanté las manos—. No hay forma de que él acepte y, además, no pienso ser vuestra sujetavelas residente.

Francamente, no se me ocurría nada peor. Parker y Alyssa eran madrugadores llenos de energía, de los que se levantan y se calzan las zapatillas de correr en cuanto abren los ojos, luego vuelven a casa y se hacen batidos a la indecente hora de las siete. En las pocas mañanas que podía dormir, me gustaba quedarme en la cama lo máximo posible y desayunar hidratos refinados.

Lo de la "extraña pareja" funcionaba entre Alyssa y yo. Cada una se guardaba sus juicios para sí.

Con Parker no funcionaría.

—Ya me las apañaré —dije, intentando recuperar mi antiguo optimismo—. Quizá pueda permitirme un sitio para mí sola.

Alyssa se limitó a mirarme, dudando si señalar que no había forma de que me lo pudiera permitir. Parker no se habría detenido a pensarlo: habría cogido un bloc y un bolígrafo, habría hecho las cuentas allí mismo y me habría enseñado cómo terminaría con un déficit de trescientos dólares —o lo que fuera— cada mes. Y luego

soltaría: "Quizá no sea la decisión más inteligente, Cat", con ese tono casi condescendiente que detesto.

—Puede —dijo Alyssa con amabilidad, y luego asintió hacia algo a mi espalda—. Ha llegado el papá buenorro. ¿Lo acomodas tú o voy yo?

Me giro sobre el taburete y veo entrar a un hombre alto enfundado en un traje carísimo, acompañado de una niña de unos siete años. Mira alrededor con aire imperioso, como si esperara que alguien corriera a atenderle. Cojo una carta y un *pack* infantil y me acerco, aunque todavía no he fichado.

—Hola —saludé al papá buenorro con una sonrisa—. ¿Su mesa de siempre?

Él asiente con un gesto y añade: —No te he preguntado cuánto tardarías, McMann; te *he dicho* que tenía que estar listo antes del cierre de hoy.

No necesitaba mirar para saber que llevaba el auricular Bluetooth puesto. Siempre lo llevaba. No siempre estaba hablando, pero siempre estaba ahí, listo para interrumpir lo que fuera que su hija dijera. Cambié la sonrisa hacia ella y, de forma impulsiva, le tendí la mano. Era unos años mayor que los niños de Little Tykes, pero me la agarró igual de entusiasmada, iluminándosele la cara.

Las cejas del papá buenorro se alzaron mientras la conducía a la mesa delante de él, balanceando nuestras manos enlazadas, pero lo único que dijo fue: —Entonces parece que vas a trabajar el sábado.

Después de acomodarlos, voy a la cocina para buscar yo misma la leche con chocolate de la niña. Cuando regreso, el papá buenorro sigue echándole la bronca a McMann y ella intenta abrir su *pack* de tres ceras. Exasperada, dejo la leche y la ayudo.

—¿Necesitas algo más? —pregunté cuando colocó las tres ceras junto al menú para colorear. Me sonríe dulcemente y empieza a decir algo, pero, de golpe, el papá buenorro suelta: —Que esté listo,

McMann—, y, casi sin respirar, añade—: Disculpe, ¿usted es nuestra camarera?

Los he sentado una docena de veces en el último año para luego desaparecer de nuevo tras la barra, pero está claro que él no me recuerda. —No —respondo con mi mejor sonrisa—, pero puedo tomarles nota y pasársela a su camarero si ya lo tienen claro.

No puedo evitar fijarme en que luce un Rolex y que su llavero exhibe una T futurista. Seguro que ese hombre es propietario de una de las mansiones que pueblan Great Falls y McLean. Probablemente extravía a su hija durante días en el laberinto de salas de cine y cocinas de chef.

—Un Manhattan —pidió escuetamente, y de inmediato volvió a dirigirse a McMann.

Cambio la sonrisa hacia su hija y me arrodillo junto a la mesa para no imponérmele. —¿Y tú? —insisto—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Está bien —dice él, exasperado, aunque no sé si se dirige a mí o a McMann.

—Estoy bien —repite ella, bajando la voz como si me confiara un secreto.

—Voy a volver a la barra, pero vigilaré tu leche con chocolate y me aseguraré de que no se quede vacía —le prometo.

—Solo se le permite una, pero puedes vigilar mi Manhattan —interviene el papá buenorro. Aún se oye un zumbido leve en su auricular, señal de que continúa escuchando a McMann, pero sus ojos están puestos en mí. Un leve ceño fruncido le tensa el rostro anguloso, las cejas oscuras formando una V sobre unos ojos verde botella. No parecía enfadado, exactamente, sino muy intenso.

—Así lo haré. —Me pongo en pie y le guiño un ojo a la niña. Ella se esfuerza por devolverme el gesto. El papá buenorro frunce aún más el ceño y gira la cabeza hacia la ventana antes de decir: —Te he

escuchado, McMann, pero me importa una mie… miércoles. Sí, estoy con Lily. Tengo que colgar, pero esta noche volveré a llamar.

Me marcho sintiéndome mal por su hija. Mis padres hacían noches de cine los viernes con palomitas y Milk Duds. Nos turnábamos para elegir la película. Tengo la impresión de que sus viernes son muy distintos.

—Guau —comenta Alyssa cuando me reúno con ella detrás de la barra—. Es la conversación más larga que he visto mantener a alguien con el papá buenorro. ¿Le has pedido el número?

Pongo los ojos en blanco. —Ha estado al teléfono todo el rato. Siento pena por su cría.

—La que lo siente soy yo por no ser su esposa —murmura Alyssa, clavando los ojos en la nuca de él con una intensidad que jamás le he visto dedicar a Parker.

Me echo a reír, una burbuja de esperanza hinchándose en mi pecho. Si Alyssa dice esas cosas, seguro que, en el fondo, no quiere irse con Parker. Pero, al segundo, su sonrisa se desvanece y sus palabras pinchan mi burbuja.

—Quizá deberías preguntarle al papá buenorro si tiene una casa de invitados que puedas alquilar.

CAPÍTULO 2

DAVID



McMann me saca de quicio, pero ya no consigo concentrarme en él. No con esa maldita camarera—o *hostess*, o *bartender*, lo que sea—clavándome la mirada por hablar por teléfono.

—Que lo tengas listo, McMann —gruño entre dientes, lo bastante alto para que las cejas de Lily se disparen. Antes de que pueda responder, cuelgo la llamada y me quito el auricular Bluetooth. Resulta extraño, como si me faltara algo. —Perdona, Lils, ya he terminado de trabajar.

Mi hija abre aún más sus ojos verde oscuro —lo único que ha heredado de mí— y se toma la molestia de alargar la mano, girarme la muñeca y clavar la vista en la esfera de mi reloj. Sé que no puede leer la hora desde su ángulo invertido, pero capto la indirecta. Son, sin duda, más de las cuatro y media, y ese es mi límite los viernes. Se supone que ni siquiera debo mirar el correo hasta que se mete en la cama a las ocho y media.

—¿Qué tal si pedimos otra leche con chocolate? —propongo.

—¿Y qué tal si pedimos *dos* leches con chocolate?

—¿Y si tomamos una segunda leche con chocolate y compartimos el brownie de postre?

La sonrisa de Lily se extiende por todo el rostro: dos partes dulzura, una parte suficiencia. Una expresión calcada a la de su madre, estuviera donde estuviera.

—Trato hecho —dice, soltándome la muñeca y tendiendo la mano.

Sellamos el pacto con un apretón y, acto seguido, Lily agita la mano con entusiasmo hacia la barra antes de recostarse, satisfecha. Ya ha conseguido llamar la atención de una de las camareras. No puedo ver quién se acerca, pero espero que no sea la más bajita, la de la larga melena castaño dorado y ojos azul intenso; siempre lleva una mancha de pintura o purpurina en alguna parte. Prefiero a la otra, la pelirroja que parece saberse la ley fiscal de memoria y que no intenta hacerse amiga de mi hija.

Pero, como casi todo hoy, no tengo suerte. La chispeante aparece; su coleta saltarina se balancea mientras se lleva las manos a la cintura e inclina la cabeza para sonreír a Lily.

—Creía que solo podías tomar una —dice mientras retira el vaso vacío de leche con chocolate.

—He negociado —replica Lily.

—Chica lista.

Molesto, sin saber muy bien por qué, suelto:

—Si no eres nuestra camarera, ¿por qué eres la única que se ha acercado desde que nos sentamos hace casi diez minutos?

Eso le borra la sonrisa juguetona de la cara. Mira por encima del hombro hacia la cocina, donde la camarera que nos relevó al sentarnos se ríe a carcajadas con el encargado, como si hubiera olvidado que tiene una mesa—o incluso un trabajo.

—Yo… ¿sabes qué? Puedo ser vuestra camarera. De verdad, lo siento muchísimo. —Saca la libreta del bolsillo del delantal y hace chasquear el bolígrafo—. ¿Qué les traigo?

Estoy a punto de decir *al encargado*, pero me topo con los ojos de Lily y cedo. Puede que este sitio, con sus cabinas de vinilo rojo, sus bebidas aguadas y su decoración hortera, no me guste, pero es su restaurante favorito. Y yo hago cualquier cosa por mi hija.

Al volver a casa después de cenar, la señora Barnes nos espera en la puerta. Como siempre, sonríe, y la sonrisa se le ensancha en cuanto ve a Lily. Lleva con nosotros desde que Lily nació y ha sido más madre para ella de lo que mi exmujer lo fue jamás.

Por eso, más tarde, cuando Lily ya está acostada y la señora Barnes toma asiento frente a mí en el despacho, al principio no me preocupo. Ni siquiera me alarmo cuando dice:

—Señor King, me parte el corazón, pero tengo que presentar mi renuncia.

De hecho, me río. Pero al levantar la vista del ordenador y ver la cara de la señora Barnes, se me hiela la sangre: tiene los ojos llenos de lágrimas y los labios fruncidos por el esfuerzo de contenerlas.

—¿Espera, habla en serio? —pregunto mientras cierro la tapa del portátil.

Ella asiente.

—Pero… ¿*por qué*?

Mientras se recompone lo suficiente para volver a hablar, exprimo el cerebro en busca de una razón. Sé que no puede tener nada que ver con Lily: se adoran mutuamente. Y dudo que sea por el sueldo; le pago muy por encima de la media para una niñera interna.

—¿Trabajo demasiado otra vez? —pregunto, aferrándome a la única queja que ha expresado en todos estos años—. ¿Te estoy cargando con demasiada responsabilidad? ¿Es eso?

—No —respondió la señora Barnes, y luego se corrigió—. Quiero decir, sí, trabajas demasiado. Pero sabes que quiero a Lily como si fuera mi hija.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Quieres un aumento? —Vuelvo a abrir el portátil y localizo su contrato. Le tocaba revisión por coste de vida de todos modos, y si tenía que sumarle otros diez mil dólares a su salario, lo haría.

—No es cuestión de dinero, señor King —ahora la señora Barnes suena incluso ofendida. Sus ojos seguían húmedos, pero mantenía la barbilla alta y la espalda rígida—. Me voy a mudar a California.

Estoy a punto de reír de nuevo. Quizá todo sea una broma larga y muy discreta. ¿Quién demonios quiere mudarse a California? Sufren un desastre natural distinto cada dos semanas, por no hablar del inevitable Big One. Pero entonces recuerdo que la hija de la señora Barnes *quiere* vivir allí. De hecho, *vive* allí, si no recuerdo mal, como guionista. Y acaba de tener un bebé.

Gimo en voz alta cuando la realidad me golpea por fin. No es una broma ni una táctica de negociación. La señora Barnes se muda de verdad a California. Voy a perderla. Nunca he suplicado a una mujer que se quede en mi vida, ni siquiera a mi exmujer, pero inspiro hondo, dispuesto a hacerlo ahora.

—Señora Barnes, por favor. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerla de que se quede? Esto va a destrozarle el corazón a Lily.

No lo digo para manipularla. Es un hecho. Unos años atrás mi hija había soportado la deserción de su madre con un aplomo sorprendente. Preguntó por ella casi todos los días durante seis meses, lloró unas cuantas veces y después pareció olvidar que su madre hubiera existido fuera del marco de su iPad. Le atribuía a la señora Barnes el mérito de haberla ayudado a superarlo.

La señora Barnes sabe, igual que yo, que Lily no llevará tan bien esta nueva deserción. Sus lágrimas por fin rompen la barrera y se

deslizan por sus mejillas. Le tiemblan los hombros, la nariz se le enrojece, y coge la caja de pañuelos de mi mesa.

—Volveré a verla todo el tiempo —juró—. Pero mi hija me necesita, señor King. He estado cuidando a los hijos de otras personas durante los últimos veinte años, y ahora ha llegado el momento de cuidar al suyo.

No puedo rebatir eso, por más que quiera. Y, de estar en el lugar de la hija de la señora Barnes, yo también la reclamaría. No se podía encontrar a nadie mejor para cuidar de un niño. Jamás conseguiría reemplazarla.

La señora Barnes me dice que me ayudará a encontrar a alguien que ocupe su puesto. Le contesto que será imposible, pero que puede intentarlo si quiere.

—Encontraré a alguien —aseguró con determinación, secándose las últimas lágrimas—. De todas formas, Lily necesita a alguien joven. Alguien que pueda ayudarla a desenvolverse socialmente y que tenga suficiente energía para seguirle el ritmo ahora que está en segundo. No a una vieja como yo.

—Yo quiero a una señora mayor exactamente como usted —la corrijo. No me atrae la idea de que alguna veinteañera descerebrada cuide de Lily. Quiero a alguien sólido, formal, con aire de abuela.

—Necesita una figura materna —la señora Barnes se pone en pie, asintiendo como si se diera la razón a sí misma.

Desde luego, no me está dando la razón a mí. Ni siquiera parece oírme cuando repito, esta vez en voz más alta:

—No quiero a alguien joven. Lily *tiene* una madre.

La señora Barnes jamás ha pronunciado una mala palabra sobre mi ex. Simplemente había recogido el testigo cuando Chloe se marchó, pasando de trabajar a tiempo completo a instalarse en casa como si ese hubiera sido el plan desde el principio. Solo la había oído

murmurar una vez, mientras Lily dormía sobre su regazo: «¿Quién podría abandonar a un tesoro como tú?». Ahora la señora Barnes olfatea y dice con repentina seriedad:

—Señor King, Lily va a necesitarle más que nunca cuando yo me mude a California.

—¿A mí? —repito, frunciendo el ceño—. Ya me tiene.

La señora Barnes me lanza una mirada inusitadamente severa, como si yo fuera Lily y le estuviera diciendo que, desde luego, no me he comido ninguna galleta y no tengo ni idea de cómo me he manchado la cara de chocolate. Reprimo el impulso de pasarme la mano por la boca para borrar posibles pruebas. Soy un hombre adulto, joder. Pago el sueldo de esa mujer. No puede intimidarme.

—Va a necesitar más de usted —sentencia la señora Barnes—. Tiene que convertirse en su prioridad.

—Es mi prioridad —espeto. No hay nadie en el planeta más importante para mí que mi hija. Me parto el lomo trabajando para darle la vida que se merece.

La mirada de la señora Barnes no se ablanda.

—Lily no necesita que ganes otro bonus de un millón de dólares, David. Necesita que le hagas el desayuno por la mañana y que la ayudes con los deberes después de cenar.

—Puedo hacer las dos cosas.

—Quizá. Pero si tuvieras que elegir… —dejó la frase en el aire con intención.

—Entonces, obviamente, la elegiré a ella. —Aún sentía el chasquido en mi tono, y me impresionó la capacidad de la señora Barnes para sostenerme la mirada. Con ese tono de voz he hecho apartar la vista a más de una docena de tipos curtidos.

—Más te vale —dice al fin, y sale de la habitación con paso firme.

La sigo con la mirada, preguntándome si acabo de perder un duelo de miradas por primera vez en mi vida. Después, de mala gana, su mensaje empieza a calarme hondo.

¿*Había* elegido siempre a Lily?

Lo medito durante un minuto incómodo y luego aparto la idea. Claro que la había elegido siempre. Lo logro asegurándome de que tenga a la mejor maldita niñera del país, y ahora me ocuparé de que tenga a la segunda mejor.

Otra figura agradable, con aire de abuelita, como la señora Barnes.

CAPÍTULO 3

CAT



El sábado por la mañana me siento a la mesa del comedor con una hoja de Excel abierta en el portátil y la calculadora del móvil en la mano, y me doy cuenta de que estoy jodida. No necesito que Parker me lo diga: no hay forma de cuadrar los números.

Si me mudo sola con los trabajos que tengo ahora, tendré que trabajar al menos diez horas más a la semana. Y aún más en los meses de invierno, cuando el bar se queda prácticamente vacío. Si encuentro nueva compañera de piso, tendría que ser alguien al azar de Craigslist, así que al presupuesto habría que sumarle la posibilidad de que me asesinen. Si vuelvo a casa de mis padres, tendré que empeñar mi dignidad. Y si sigo el consejo de mi madre y me hago profesora de una vez… bueno, mismo precio. Además, probablemente seguiría necesitando el turno de camarera de bar para llegar a fin de mes.

Derrotada, empujo el portátil hacia atrás y dejo caer la frente sobre la mesa. Alyssa me encuentra así veinte minutos después, cuando sale de su habitación. Agradezco que Parker no se quedara a dormir anoche. Si apareciera con su sonrisita autosuficiente de *soy-una-persona-matutina*, tendría que matarlo, y desde luego no podría permitirme un buen abogado.

Aun así, levanto la cabeza para gruñir: —¿Cómo? ¿Sin Parker? Pensaba que ahora erais inseparables.

Alyssa pone los ojos en blanco y me da un toquecito en la frente al pasar. —Estás despierta demasiado pronto, Cat.

Se detiene para mirar lo que hago en el portátil y se le tuercen las comisuras de los labios. —¿En serio eso es todo lo que ganas en Tiny Tykes?

—Little Tykes —corrijo—, y sí. Eso es.

—Es… —Alyssa busca la forma más amable de decirlo mientras saca la batidora del armario.

—Calderilla, lo sé.

Vuelvo a dejar la cabeza sobre la mesa de aglomerado de IKEA que compramos cuando las dos éramos pobres. Antes de que la carrera de Alyssa se tradujera en seis cifras y magníficas prestaciones, y la mía derivara en… ni siquiera lo sé. ¿Satisfacción?

No puedo permitirme vivir sola en el norte de Virginia a base de satisfacción.

Escucho el *brrr* violento de la batidora de Alyssa mientras tritura fresas, hielo y proteína de suero hasta convertirlo en algo que parece un batido pero sabe a tiza. Siento la vibración en la mesa y me rechinan los dientes.

—¿Por qué demonios me dejaste estudiar Bellas Artes? —protesto en cuanto apaga la máquina.

—Eh… porque eres una adulta que toma sus propias decisiones y yo no soy tu madre —Alyssa vierte la papilla en un vaso alto, le pone una pajita reutilizable y se sienta a la mesa—. ¿Cuánto tiempo llevas en Little Tykes? ¿Una eternidad?

—Trabajo en *Little* Tykes desde segundo de carrera —la corrijo—. ¿Por qué?

Me intriga, porque Alyssa no lanza preguntas al azar; está físicamente incapacitada para el *small talk*. Yo soy la que se queda

charlando con los clientes habituales del bar.

—Mi jefe y su mujer tienen una niñera interna, y no sé exactamente cuánto le pagan, pero sospecho que es más que *eso* —Alyssa gira el portátil para volver a comprobar y frunce la nariz ante mi tarifa por hora—. Además, conduce su coche y ellos pagan la gasolina y el seguro. Y vive con ellos.

—Vale, pero ¿no está a su disposición las veinticuatro horas del día, siete días a la semana?

Alyssa niega con la cabeza. —No, tiene un contrato que especifica su horario y cuándo está fuera de servicio. Si intentan hacerla trabajar más, lo comunica a la agencia y ellos pagan una multa enorme.

Me muerdo el labio inferior, intrigada. Si me pagaran lo mismo que en Little Tykes, pero sin tener que pagar alquiler, podría dejar el bar y tendría *mucho* más tiempo para escribir. Y si, además, pudiera conducir su coche, podría vender el mío antes de que exhalara su último suspiro en la Route 7.

—Esto es interesante —admito por fin mientras las cejas de Alyssa se alzan, expectantes.

—Es *muy* interesante —me corrige—. Le preguntaré a mi jefe con qué agencia contrataron a la niñera.

—Vale, pero aunque consiga un trabajo así, no puedes llamarme niñera —me estremezco. La palabra me evoca a una anciana encorvada con cofia blanca—. Y tampoco dejes que Parker me llame niñera.

—Le diré a Parker que eres *au pair*.

—¿Cuál es la diferencia?

Alyssa se encoge de hombros mientras escribe a su jefe. —Una palabra es francesa.

Pongo los ojos en blanco. —No le digas nada a Parker. O dile que he decidido vivir en la calle a modo de protesta.

Alyssa deja el móvil y me lanza una mirada. —No vas a estar así durante todo lo que nos quede de convivencia, ¿verdad?

—¿Todo el tiempo que vivamos juntas? —repito, alzando las cejas—. Voy a estar así *años*, Lys. Seguiré quejándome cuando lea mi discurso de dama de honor en tu boda.

Se ríe a su pesar, pero sigue frunciendo el ceño. —En serio. Quiero que tú y Parker seáis amigos.

Estoy a punto de soltar otra broma, pero algo en su tono me frena. Creo que Alyssa ha aceptado que nunca seremos un trío, como ha ocurrido otras veces cuando una tiene pareja seria y la otra no. Siempre había parecido conforme con que nos lleváramos bien sin prometer una gran amistad. Ahora, sin embargo, parece preocupada.

—No estoy segura de que seamos amigos —digo con cautela—, pero sí amigables. Con eso basta, ¿no? O sea, no es que vayas a casarte con él… ¿verdad?

Alyssa me mira como si fuera tonta. —Cat, me voy a vivir con él.

Una sensación extraña y plomiza se instala en mi estómago. —Vale, pero, o sea, no vais a comprar el piso entre los dos, ¿no?

—No, pero… —Alyssa inclina el vaso para que los restos rosados y viscosos de su batido se deslicen a un lado—. Sigo *mudándome* con él.

—Y si todo va bien, yo me mudaré con alguna familia rica al azar que no sabe cuidar de sus hijos —alzo las manos—. No es un compromiso de por vida.

Un silencio incómodo se instala entre nosotras. Alyssa mira con disgusto su batido y yo la miro a ella, dudosa, y en ese vacío la verdad retumba demasiado fuerte como para ignorarla.

—Oh, Dios. —Vuelvo a apoyar la frente en la mesa—. Vosotros *dos os vais a casar*, ¿no? Esto es la prueba, ¿verdad?

—No lo llamaría una prueba —responde con rigidez—. Tiene sentido asegurarnos de que podemos convivir antes de comprometernos.

—Práctico Parker —murmuro contra la mesa.

—Odio que le llames así.

Levanto la cabeza; me escuece la frente por el golpe contra el aglomerado. Quiero preguntarle a Alyssa si sigue pensando que Parker quiere más a su cartera de acciones que a ella o cómo puede comprometerse a una vida de sexo del montón, pero siento que chocamos contra un muro inamovible. Si la presiono, se apartará.

—Lo siento —digo al final, de mala gana.

Alyssa alza la vista de su vaso para atravesarme con la mirada. —¿Exactamente por qué?

—Por favor, no me obligues a decirlo.

Se le tensan los labios.

—Vale. —Suspiro y suelto una ristra de disculpas—. Siento haberle llamado Práctico Parker. Siento haberlo llamado una prueba. Siento que yo…

—Gruñiste de esa forma horrible cuando dijiste: '*vosotros dos os vais a casar*, ¿no?' —me recuerda Alyssa.

—Gruñí de esa forma horrible —repito dócilmente. Luego alargo el brazo sobre la mesa y le cojo la mano—. De verdad lo siento. Eres mi mejor amiga. Apoyo cualquier— *no digas errores* —decisión que tomes.

—Tomo buenas decisiones —murmura Alyssa, todavía poco dispuesta a perdonar y olvidar.

—Mucho mejores que yo —admito, señalando con la barbilla el portátil—. Mira mi vida, sin ir más lejos.

Alyssa se ablanda, como sé que hará. —Esa no es tu vida, Cat. Es solo… el lugar en el que estás ahora.

—Sí: arruinada.

El móvil vibra sobre la mesa y Alyssa aparta su mano de la mía para leer el mensaje. —Es de mi jefe —dice, mostrándomelo—. Me envía el nombre de la agencia y un enlace a su página. ¿La miramos?

—¿Por qué no? —suspiro, reactivando el portátil—. ¿Qué tengo que perder?

Consiguelo aqui

¡POR FAVOR NO OLVIDES DEJAR UN COMENTARIO!



Muchas gracias por leer mi novela.

Como nueva autora independiente, significa mucho para mí recibir comentarios de mis lectores. Si pudieras tomarte el tiempo de dejar una opinión cuando termines de leer, te lo agradecería mucho. Leer los correos electrónicos y las críticas sobre mi historia de parte de ustedes significa todo para mí.
Gracias de nuevo.

SOBRE LA AUTORA



Annie J. Rose es una autora de romance contemporáneo a quien le encanta dar vida a todas tus fantasías. Escribe ardientes historias de romance con finales felices.

Nació y creció en Nueva Zelanda, y a menudo pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo historias en su balcón. Es farmacéutica de día, escritora de indecencias por la noche.

Para cualquier pregunta o inquietud, por favor contáctame en: spanish@anniejrose.com

Suscríbete a mi boletín de noticias AQUÍ